JOSÉ AGUIRRE ACHÁ

DE LOS ANDES AL AMAZONAS

RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE

SEGUNDA EDICION

ANOTADA Y AMPLIADA POR EL AUTOR

BOLIVIA

EDITORIAL "RENACIMIENTO" - LA PAZ, PLAZA MURILLO

1927

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

DEDICATORIA

Al General

Ismael Montes

Presidente de la República
en 1904 - 1909
y en 1913-1917,

quien, siendo coronel y en su calidad de Ministro de la Guerra, comandó en 1900 las fuerzas pacificadoras del Acre.

Su consecuente amigo,

El autor

La Paz, 1927.

3,200 leguas, a pié, a caballo, en canoas tripuladas por salvajes, en botes de remo y en pequeños y grandes vapores.

INTRODUCCION

Agotada como se halla la primera edición del libro de memorias que don José Aguirre Achá escribió en 1902 sobre su viaje al Amazonas y la campaña del Acre, no sólo hemos obtenido la licencia necesaria para publicar esta segunda edición profusamente ilustrada, sino que, en vista de la gran demanda de la obra y del creciente interés que ella ha despertado en el extranjero, el autor ha creído conveniente ampliarla, mediante notas de actualidad que permiten apreciar los progresos realizados por el país en los últimos veinticinco años, y completarla con una descripción suscinta de las posteriores expediciones, para presentar así, en su aspecto múltiple y conjunto, aquel heroico aunque estéril esfuerzo de la patria boliviana.

Los Editores.

Octubre, 1927. —

PROLOGO

*Frescos aun los laureles conquistados por nuestros héroes del Acre, aparece el libro "*De los Andes al Amazonas*", para conservarlos inmarcesibles mientras haya espíritus que aplaudan las acciones que impulsa el más noble de los sentimientos de sociabilidad — el amor a la Patria.*

Partes oficiales que la generalidad de las personas no conoce; hojas de periódicos consignando ligeras y aisladas informaciones; relaciones de viva voz de los heroicos actores de esa campaña, que la imaginación del pueblo desfigura con frecuencia, variando la exactitud de los sucesos con el transcurso del tiempo; tales eran los únicos datos que se tenían sobre los importantes acontecimientos de que han sido teatro las selvas seculares de nuestro territorio septentrional, al concluír el siglo XIX.

Era preciso que quedasen, por decirlo así, grabados y en delicado relieve por un testigo presencial y actor a la vez en aquellos sucesos, así como Ercilla lo hizo con la conquista de Chile.

Narración ingenua en que palpita el sentimiento de la patria, exposición clara de los sucesos, imparcialidad en los juicios y justicia en la apreciación de los personajes que figuran en ellos, ta-

les son las cualidades que creemos encontrar en este libro, no cegándonos el afecto que su autor ha sabido inspirarnos desde su infancia.

Gloria nacional llena de los rasgos más generosos, esfuerzo que ha revelado las más altas virtudes del soldado boliviano, tal significa la campaña del Acre, que ha traido a la memoria las atrevidas expediciones españolas del siglo XVI. Y esto, a raíz de una conmoción que agitó a la República; era que el pais, enervado antes, había recobrado su dignidad y su fuerza.

Pocos Estados entre los de la América Latina, han llevado, desde su fundación, una existencia más trabajosa que Bolivia. Asediada por el occidente desde 1842, con motivo de los ricos yacimientos de guano que despertaron la avidez del pueblo chileno, se ha visto hace veintidós años desposeída de su litoral, única salida que la naturaleza le brindara al comercio del mundo. Por el oriente, ocupado militarmente Puerto Pacheco, en las orillas del Paraguay, hace diez años. Y ahora que el precioso árbol de la goma ofrece campo inmenso de explotación y de riqueza en las regiones del N. O., los pueblos limítrofes arguyendo derechos de propiedad, no obstante la claridad de los títulos bolivianos desde los tiempos coloniales, discuten esos títulos tan concluyentes allí como en los territorios del Gran Chaco Oriental y en el desierto de Atacama.

De más de 68,000 leguas cuadradas con que contaba su territorio antes de 1867, ha venido a quedar reducido casi a las dos terceras partes, a contar desde aquel año, por los diversos tratados de límites que sucesivamente han sido celebrados.

Quizá las leyes que preceden al desenvolvimiento de las sociedades, le prometen un porvenir tan precioso como el de Suiza en el continente europeo, — nación igualmente trabajada en los siglos anteriores, y que hoy entre los valles que circundan las cimas de los Alpes, brinda al pensamiento y al esfuerzo, amplio campo de libertad, siendo su existencia una necesidad de equilibrio para los Estados que hoy la rodean.

Pero el territorio boliviano, que apesar de sus desmembraciones es más grande que la mayor parte de los Estados europeos, ofrece a la industria y a la civilización los más variados climas y maravillosas riquezas, prontas a brotar al impulso de la inteligencia y del trabajo. En galana frase dice, con este motivo, un escritor moderno, que si alguna vez se cambiasen por un extraño cataclismo las condiciones de vida de los demás paises de la tierra, Bolivia podría ofrecer, en compendio, todos los climas del mundo y todos los productos útiles al hombre.

Desde el sabio naturalista D. Tadeo Haenke, que especializó sus estudios sobre nuestro territorio en las postrimerías del siglo XVIII, y, mucho más, desde las que hizo el ilustre viajero Alcides D'Orbigny, no hay un solo hombre de ciencia de cuantos han visitado el pais, que no haya admirado su exuberancia en los tres reinos de la naturaleza. Sin embargo, ante el mundo comercial e industrial, pasaban desapercibidas estas riquezas, hasta que nuevos éxitos en el laboreo de las minas de la región andina han hecho conocer su importancia y su verdadera procedencia, así como la del cauchú, *que hasta hace poco tiempo se la creía exclusivamente brasileña.*

A ello debe, sin duda, que hoy en día, empresas de consideración, tanto en América como en EE. UU. de la América del Norte, confiando en la seriedad y acierto de la actual administración, comprometen sus capitales, ora para la explotación de las regiones del Noroeste, desde el Yavary hasta el Madre de Dios; ora para igual objeto en el territorio de Caupolicán, rico en oro, en piedras preciosas y en productos vegetales; ora, en fin, para llevar al extranjero las producciones de las fértiles llanuras de los departamentos de Tarija y Santa Cruz.

Providencial ha sido que este impulso extranjero coincida con los esfuerzos felices del pueblo boliviano para conservar su soberanía en las apartadas márgenes del Acre.

"De los Andes al Amazonas" *describe con primorosa exac-*

titud la parte norte y central de la República, pudiendo decirse que se ven los parajes que el autor recorre en la altiplanicie, en las vertientes orientales de la cordillera y en las extensas llanuras surcadas por los caudalosos afluentes del Amazonas. Como Alarcón, como Edmundo D'Amicis, instruye agradando y deja el recuerdo vivo del pais que visita. Bajo este aspecto contribuirá igualmente a que nuestros pueblos mediterráneos sean debidamente apreciados afuera, sin exageración ni desdén.

A mediados del siglo XVI fueron por vez primera reconocidas las llanuras bañadas por el Madre de Dios o Amarumayo, debido a las expediciones de Diego Alemán, Luján, el cura Cabello y otros procedentes de la Audiencia de Charcas. Fué también entonces cuando los padres franciscanos de La Paz comenzaron sus primeras conquistas en el territorio de Caupolicán, reconocido como parte de dicha audiencia por diversas disposiciones de la Corona de España.

Desde aquella época, en el trascurso de tres siglos, permanecieron envueltas en el misterio, las otras regiones surcadas por el Acre, el Purús, el Juruá, el Yaco y otros ríos, hasta el Yavary, límite tradicional con las repúblicas del Perú y del Brasil. Sólo a partir de 1860, las exploraciones de Urbano de Encarnacao, de Chandless, de Labrea, precedido por Mercier, boliviano, del padre Armentia, del general José Manuel Pando, del coronel Muñoz y otros, fijaron la verdadera hidrografía del pais y revelaron las portentosas riquezas que encerraba.

Estaba reservado a los gloriosos expedicionarios de 1900 el pleno conocimiento de la porción comprendida entre el Madre de Dios, el Orton y el Acre.

Mas, quedan todavía al norte cuantiosas riquezas correspondientes a Bolivia, cuyos ingresos aspira a consolidar nuestro gobierno mediante el feliz arreglo con "The Bolivian Syndicate", a mérito de su perfecto derecho de soberanía y en los límites de la Constitución Política del Estado. Los pequeños intereses del momento que dentro y fuera de la república se agitan, con estudiados

temores, no podrán impedir este impulso de vida y de bienestar. Pocos años más y a las líneas férreas que avanzan de Jujuy y el Alto Paraguay, responderán la línea nacional de Guaqui y los grandes medios de comunicación del Acre y Caupolicán.

Está en el dominio de lo posible que una vez realizados los compromisos de "L' Africaine" y "The Bolivian Syndicate" las extensas llanuras del sudeste y del oriente, allí donde se producen a porfía el algodón, el tabaco, la caña de azúcar, el cacao y el café, sean el asiento de poblaciones de orígen latino; que las del noroeste, tierras de la sifonia elástica, lo sean de poblaciones anglo-sajonas o de otro orígen; y que en el centro de ambas se radique la de fuente nacional, en las tierras bañadas por los ríos Beni, Mamoré e Iténez, donde en tiempo no remoto se reunieron numerosas tribus al abrigo de la Orden de Jesuítas, satisfechas y contentas con su régimen teocrático y diezmadas hoy día, conservando apenas escasos restos de sus antiguas industrias.

El atrevido emigrante de los departamentos centrales, con cuyo sudor se han explotado en grande escala las salitreras de la costa del Pacífico, encontraría en aquellas fértiles regiones un campo más propicio a su industria y a su actividad, arrancando de aquel suelo sus maravillosas producciones.

Pero, aun cuando no se produjese ese movimiento colonizador tal cual ambiciona el patriotismo impaciente, sería bastante el incremento comercial interno, mediante fáciles vías de comunicación, para que se fortaleciesen las relaciones de los departamentos entre sí, robusteciendo la unidad de la nación, y para que con el auxilio del capital extranjero se abriese paso el comercio exterior hacia el Atlántico por las grandes vías fluviales del Amazonas y del Plata.

En orden al fortalecimiento de los vínculos nacionales, grande ha sido la influencia del peligro común que produjera la revolución separatista iniciada por aventureros españoles. Los pueblos todos de la República han puesto a competencia su contingente de sangre para la reconquista de la soberanía. Nobles acciones llevadas hasta el sacrificio heroico y que con tanto brillo consignan las pá-

*ginas del libro "*De los Andes al Amazonas*", manifiestan la generosa emulación de unos y otros en servicio de la Patria, la disciplina irreprochable de las fuerzas militares, su resignación admirable apesar de las fatigas y ante las inclemencias del clima, el valor delante del enemigo; y todo esto compartido con plausible fraternidad. La victoria debía coronar lo que edificaba la voluntad común y uniforme.*

Cumple a este propósito recordar que el que estas líneas escribe, cuando tuvo el honor de insinuar ante la Junta de Gobierno, en julio del año 1899 la necesidad de enviar una expedición sobre el Acre, halló ocasión de apreciar el acendrado patriotismo con que las fuerzas del Centro concurrieron a la pacificación de aquel territorio. Contaba la ciudad de Cochabamba con 300 hombres sobre las armas. La Junta de Gobierno ordenó la marcha de un piquete de 50 únicamente, por esta vez primera. Cuando se trató de designarlos, reunidos como estaban, los trescientos pidieron a una voz marchar en la expedición. Se les habló en el sentido que la Junta ordenaba y así fué más fácil escoger a los más vigorosos de entre ellos, con la intervención del cirujano del Cuerpo. Concurrieron éstos, en efecto, con la primera avanzada que bajo las órdenes del Delegado Dr. Andrés S. Muñoz, puso la planta en Puerto Acre (antes Puerto Alonso.)

Debemos, asimismo, un acto de justicia al Delegado Dr. José Paravicini, que con tal carácter, bajo el gobierno del Dr. Severo Fernández Alonso, fué el primero en organizar allí la administración boliviana en 1899, después de grandes esfuerzos para vencer las dificultades que se oponían a su expedición. El país conoce el interesante informe que de sus actos ha publicado en seguida.

A tan señalado esfuerzo, han correspondido con creces los del Delegado Extraordinario y Vicepresidente de la República Sr. Lucio Pérez Velasco, y los del Ministro de la Guerra en Comisión Dr. Ismael Montes, que a poco del arribo al Acre del Delegado Dr. Muñoz, concurrieron con admirable oportunidad en los momentos más

preciosos, para evitar la desmembración de nuestro territorio en el Noroeste.

Esas selvas, antes impenetrables, guardan hoy día, a la sombra de sus gigantescas frondas, los restos queridos de muchos de nuestros valientes compatriotas, cuyos nombres ha grabado el libro que continúa.

*Podríamos decir que el autor de este libro, señor José Aguirre Achá, ha proseguido la labor de su inolvidable padre el autor de "*JUAN DE LA ROSA*", quien tan magistralmente supo apreciar la participación del Alto Perú en la obra de la emancipación americana.*

Cochabamba, abril de 1902.

ANIBAL CAPRILES. (*)

(*) Profesor, publicista notable, representante nacional, ministro de estado en varias ocasiones, y encargado de la Presidencia de la República en 1903.

EL LIBRO
"DE LOS ANDES AL AMAZONAS"
(RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE)

Juicio del Presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, referente a la primera edición

El río Aquiry o Acre, principal tributario del Purús que es uno de los más importantes afluentes meridionales del Amazonas, fué descubierto en 1865 por nuestro condecorado con medalla de oro, William Chandless, quien exploró completamente su curso hasta donde era navegable, y dió una interesantísima información relativa a sus márgenes. Fijó veinte puntos por observaciones astronómicas y levantó un detallado mapa del río (véase "R. G. S. Journal", vol. XXXVI, p. 119). Mr. Chandless informó que los árboles de goma elástica de buen tamaño y calidad eran fácilmente encontrados en aquella región.

Parece que quince años después del descubrimiento realizado por Chandless, numerosos colonos procedentes de la árida provincia brasileña del Ceará, arribaron al Acre y se establecieron en varios puntos para trabajar en la industria de la goma elástica. Pero, como la mayor parte del río está en el lado boliviano de la frontera fijada entre el Brasil y Bolivia en 1867, el diplomático

boliviano don José Paravicini se trasladó al Acre en enero de 1899, en un vapor fluvial, para establecer un puerto que él denominó Puerto Alonso. El río tiene allí 70 yardas de ancho, con impenetrables bosques en sus riberas. En el mes de julio siguiente, los pobladores brasileños declararon su independencia y eligieron un presidente, expulsando a la guarnición boliviana. En enero de 1900, los bolivianos, bajo el comando de un señor Ibarra, llegaron a Puerto Acre; pero fueron rechazados, con su jefe mortalmente herido.

Una expedición más importante fué entonces organizada en Bolivia para restaurar el orden en la región del Acre. Ella consistía en una fuerza militar comandada por el Coronel Ismael Montes, quien partió de La Paz en julio de 1900. El libro que revistamos es una narración de los sucesos y procedimientos de esta expedición, escrita por don José Aguirre Achá, que formó parte de ella. El gobierno brasileño se mantuvo neutral. La marcha fué en gran parte al través de densas selvas, y los bolivianos aparecen venciendo en ella dificultades considerables. Al llegar al río Acre hubo varias acciones de armas y algunas pérdidas de vidas; pero, hacia enero de 1901, la resistencia de los insurgentes brasileños fué doblegada y la paz restablecida. Puerto Acre vino a ser la sede del gobierno delegacional; el bloqueo quedó levantado y la exportación de la goma elástica continuó sin contratiempos. Los bolivianos procedieron muy juiciosamente al imponer de ese modo su soberanía; pues parece que en un próximo futuro, el Acre vendrá a ser un importante centro comercial de la goma elástica.

En el último capítulo se encuentra un interesante relato de la navegación a vapor en el Amazonas y algunos datos estadísticos.

Sir CLEMENTS R. MARKHAM.

(Traducido de "The Geographical Journal", London, November, 1902.)

Barrios centrales de La Paz con el Illimani al fondo

DE LOS ANDES AL AMAZONAS

RECUERDOS DE LA CAMPAÑA DEL ACRE

CAPITULO PRIMERO

La Paz, desde el Alto

Ávido de impresiones nuevas y con el anhelo de servir a la Patria, defendiendo sus más lejanas fronteras, resolví partir.

No dejé de considerar antes los sufrimientos y peligros que iba a arrostrar en la ejecución de mi propósito; pero mi voluntad firme triunfó en la deliberación íntima de encontrados sentimientos.

El Noroeste de la República con sus selvas seculares, sus majestuosos ríos y sus extraños panoramas, con sus peligros y sus goces, hacía mucho tiempo que atraía mi

espíritu cansado de la monótona vida de nuestras ciudades; y, sobre todo, la situación difícil porque atravesaba la región del Acre, agitaba mi corazón señalándome el camino del deber patrio.

El sol poniente del día 30 de abril del año 1900, alumbraba con sus últimos rayos el largo camino que debíamos seguir por la Altiplanicie. Descansábamos en el Alto, después del pesado ascenso que para llegar a él emprendimos desde la ciudad, que bulliciosa y risueña, se extendía a nuestros pies.

Mientras nuestras cabalgaduras vagaban sueltas a poca distancia con los ijares inquietos y la respiración agitada, mi compañero de viaje y yo nos sentamos sobre una piedra, con los codos apoyados en las rodillas y fija la mirada en el hermoso panorama que presenta la cuenca del Chuquiapo abierta por los aluviones al pie de las gigantescas y nevadas cimas de los Andes.

En la elevada ceja, a más de 350 metros sobre el nivel de la ciudad, teniendo a nuestras espaldas la desierta meseta en cuyos horizontes juega el espejismo ante la recelosa mirada del viajero, se destacaban nuestras siluetas solitarias, con el profundo silencio de una meditación melancólica.

La luz crepuscular con un vago tinte violáceo iluminaba el Illimani, que ostentaba su blanco busto dominando el desordenado conjunto de colinas y caprichosos farellones, que se alzan como bastidores de un escenario inmenso, limitando los vallecillos y hondonadas de la profunda y anchurosa cuenca, poblada por 55,000 almas de las que 47,695 corresponden a la ciudad. (*)

(*) Cálculos basados en las estadísticas de consumo e impuestos municipales, en el crecimiento vegetativo e inmigratorio y en el aumento visible de las propiedades urbanas distribuídas en nuevos y populosos barrios, como Sopocachi, Challapampa, Chijini, Miraflores, etc., manifiestan que en los años transcurridos desde 1900. La

¡Qué sublime desorden se presentaba a nuestra vista! Mudo y abandonado campo de batalla en el que dos elementos poderosos de la naturaleza habían medido sus colosales fuerzas: — el fuego, que estremece el corazón del

El Huaina-Potosí

planeta, levantó con ímpetu soberbio hasta las nubes las cimas de los Andes; y el agua fué desmoronando las alturas y abrió hondas gargantas socavando la planicie. El Illimani, el Mururata, el Huaina-Potosí el Condoriri, el Chachacomani, y más allá, casi perdido en el horizonte ne-

---

Paz ha alcanzado una población de 150.000 habitantes, sobre una extensión superficial triple de la anterior y servida por varias líneas de tranvías eléctricos. Debe considerarse también el hecho de que los edificios modernos, tanto por su mayor altura, como por la capacidad mejor estudiada de su ámbito, albergan parcialmente mayor número de habitantes.

buloso, el Illampu, yerguen sus altaneras cabezas envejecidas por la nieve eterna, semejando las atrevidas almenas de una muralla ciclópea; y se abren las profundas grietas por donde se desbordó el mar del Altiplano hacia el oriente, desgarrando las capas sedimentarias de la tierra, hasta descubrir en sus ignotos senos el granito, sobre el que hoy resbalan las espumosas quebradas que alimenta la nieve de las cumbres.

La ciudad, extendida en el espacio más grande que le abren las gredosas prominencias dando cabida a sus populosos barrios, se esfumaba levemente a la sombra proyectada por el Alto, con los rosados techos de sus casas coronadas por los blancos campanarios de los templos.

Las calles rectas en el centro de la población, e irregulares en los alrededores, limitan las manzanas, resaltando el pavimento de las que la cruzan de este a oeste y la multicolor pintura de las casas en las transversales.

Verdes sembradíos y grupos de eucaliptus, matizan las cavidades del valle, y, dentro de la ciudad, ordenadas hileras de árboles diversos, indican la situación del "Parque 16 de Julio", el Prado, la "Avenida 12 de Diciembre", la Calle Ancha y otros lugares de paseo. (*)

Todo este conjunto semeja un tablero de ajedrez destrozado en el fondo cubierto de césped de un ancho barranco.

Separado por pequeña cadena de oteros, se extiende hacia el este el valle de Potopoto (Miraflores), por donde corre el Chuquiaguillo hasta echarse en el Chuquiapo. Risueñas casas de campo diseminadas en él, resaltan en el verdor de las huertas y terrenos de labranza, como ovejas

(*) Los cuatro sitios mencionados, son conocidos ahora con los nombres de Parque Murillo, Avenida 16 de Julio, Avenida Arce y Avenida América.

que pastan en un aprisco natural, rodeado de abrupto cerco.

En el sud se estrecha la cuenca confluyendo ambos ríos para seguir su curso hacia las faldas del Illimani, entre el desordenado laberinto de caprichosos perfiles que, más abajo, abarcan ya una anchurosa extensión, convertidas en azuladas y negruscas serranías.

La Villa de Obrajes ostenta sus agrupadas quintas a poca distancia de la confluencia del Chuquiapo y el Chuquiaguillo, en un claro que se abre a la margen izquierda de la quebrada. Su plaza cubierta de una vegetación espesa, y su única calle, se divisan desde el Alto.

Acá y allá, afectando figuras geométricas irregulares, multitud de cercados y plantaciones diversas bordan los alrededores de la ciudad, que, incrustada en el centro, reposa tranquila, velada por el majestuoso Illimani.

La torre del Loreto (*) donde se encuentra el reloj público, blanquecina y solitaria, domina los edificios que rodean el Parque, y, debido a la irregularidad del terreno, sobresalen los templos con sus campanarios y cúpulas y los altos edificios, con proporciones gigantescas, entre la densa aglomeración de los tejados rojos y azulados.

La Plaza de Toros, coronando la altura gredosa que separa los dos valles, circular y risueña domina los barrios del este, y el establecimiento de la luz eléctrica, lanzando densas columnas de humo por sus chimeneas, se alza a orillas del río, hacia el norte de la población. Allá, en el otro extremo, está la Penitenciaría, imitando un castillo artillado, con su pequeño adarve, sus almenas y torreones.

La catedral en construcción, con la inmensa mole de

(*) Estaba situada donde hoy se alza la cúpula del Palacio Legislativo.

granito blanco que forma su base, resalta junto al verde parque. El templo de los Jesuitas, la Recoleta y más allá San Francisco con su plazoleta llena de materiales de construcción y su puente provisional.

El Palacio de Gobierno que se destaca en la acera meridional de la plaza; el "Hotel Central" y el "Continental" en la del Norte. El teatro y la Merced con sus respectivas plazoletas, a uno y otro lado de la plaza principal. Acá la biblioteca y allá el hospital de varones. Los cuarteles, los edificios públicos, etc. Muy próximo a nosotros el cementerio, aislado y silencioso, con su gran portada de granito, sus mausoleos de mármol y las ordenadas hileras de sus nichos distribuídos en simétricos cuadros.

Las calles "Comercio" y "Mercado", únicas planas de la ciudad y, paralelas a ellas, las de "Ingavi", "Chirinos", el "Recreo" y otras, se distinguen en toda su extensión con sus bonitos edificios.

Acá el barrio de Challapampa con la plaza de San Sebastián y la "Calle Ancha" con sus pequeños arbustos. Allá los barrios de San Francisco, Chocata y San Pedro, que parecen formar una población aparte al otro lado del río.

El Hipódromo, cuya blanca pista resalta en el verde esmeralda de los campos del sud (Sopocachi), se distingue claramente junto con las alegres chacarillas situadas en el camino que a él conduce y en la hermosa avenida "12 de Diciembre" que remata bruscamente en San Jorge, para descender a la quebrada con dirección a la villa de Obrajes.

¡Cuántos recuerdos históricos acudieron a mi mente! Cada una de esas calles altibajas, ha presenciado los más reñidos combates de una guerra fratricida, durante setenta y cinco años, con pocas interrupciones. ¡Cuántas veces los indios han pretendido rendir esta ciudad por

el hambre, sitiándola durante muchos días, o represando las aguas de su río para lanzarlas contra ella como mar que se desborda y arrasa cuanto a su paso encuentra! Allí, en la acera de la plaza que nos da el frente, fué decapitado el inmortal Murillo en 1809, lanzando la profesía célebre, cumplida ya por el Nuevo Mundo ("la tea que he encendido no se apagará jamás"). Cada una de las bocacalles, recuerda las barricadas que construyó en ellas el pueblo, agitado por la política febricitante de nuestra patria, y el Palacio "Quemado" las escenas sangrientas de que ha sido testigo, cuando un tiro de revólver disparado sobre las sienes del antagonista, colocaba al matador en el poder, como lo hizo Melgarejo dando muerte a Belzu el 27 de marzo de 1865 y saliendo al balcón para exclamar ante la multitud atónita: —¡Belzu ha muerto!.... ¿quién vive ahora?....

¡La Paz! ¡Qué sarcasmo encierra tu nombre al recordar la historia! ¡Pueblo soñador y loco, capaz de las hazañas más heroicas! ....

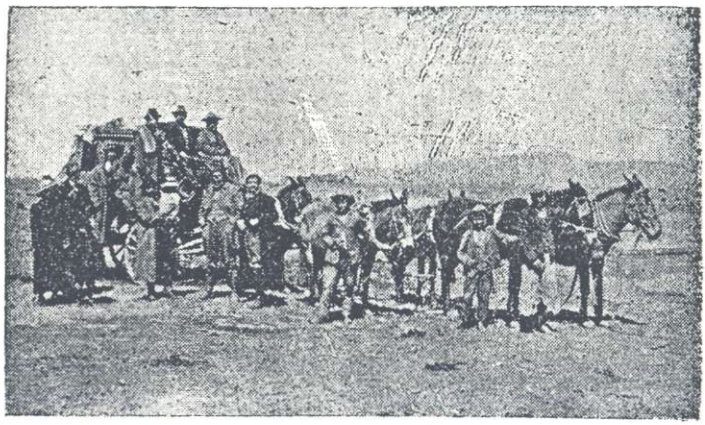
No sé cuánto tiempo duró nuestro mutismo.

Alguna ráfaga de viento trasmitía hasta nuestros oídos el sordo rumor de las aguas del Chuquiapo que serpea dentro de la población, o las apagadas notas de una banda de música que daba la retreta en el Prado. Era día domingo, y mientras las calles permanecían escuetas y tranquilas, un movimiento y bullicio, apenas perceptibles desde el Alto, indicaban que el pueblo se había trasladado a los campos aledaños.

¡Cuán profunda tristeza se apoderó de mi alma en esos instantes! Mis ojos buscaban entre los innumerables techos, el de la casa en que yo había vivido el corto tiempo que permaneciera en La Paz, y, siguiendo rápidamente el curso de algunas calles que tantas veces recorrí, iban

a fijarse en una esquina cuyas elevadas paredes resaltan entre las de las próximas casas. Tal vez un balcón que divisé durante mucho tiempo, hizo latir mi corazón violentamente entreabriéndose mis labios para dar paso a un suspiro que voló en alas del viento!

¡Qué ocultas impresiones encerraba mi pecho! ¡Qué tristes y temerosos pensamientos absorbían mi atención ante el porvenir ignoto! Confieso que por un instante, me estremecí de inquietud, al considerar la resolución que había tomado; pero, poniéndome de pie para cobrar aliento, dirigí la mirada al cielo pretendiendo encontrar en los encendidos celajes de la tarde algún indicio del porvenir mío!...



La mensajería, — antiguo medio de comunicación entre La Paz y Oruro

Mi compañero de viaje permanecía inmóvil aún. Comprendí que él también era presa de los mismos sentimientos, y aproximándome lentamente, dejé caer mi mano sobre su hombro. Nuestras sonrisas melancólicas se

encontraron y la palabra "¿vamos?" sonó al mismo tiempo en nuestros labios.

Pronto en el cielo desaparecieron los arreboles y la noche pobló de sombras la Altiplanicie desierta. Los faroles de la ciudad se encendían rápidamente y en la torre del Loreto sonaron las siete de la noche.

—Adios!— exclamamos al mismo tiempo; y agregó mi compañero al montar a caballo:

—¡Si volveremos los dos!...

El ya no volverá.

Al presente (1927) La Paz goza de todos los progresos de las grandes ciudades modernas: — teatros, museos, bibliotecas, centros de cultura, monumentos, paseos, edificios suntuosos, alcantarillado, pavimentación magnífica, agua potable y abundante luz y calefacción eléctricas, radiotelefonía, etc, etc.

Las carreteras y los caminos de herradura, que eran los únicos medios con que contaba La Paz en 1900, para comunicarse con las poblaciones del exterior y el interior de la República, han sido reemplazados rápidamente por las líneas férreas que convergen en la ciudad y sus vecindades, desde Buenos Aires, Antofagasta, Sucre y Cochabamba, desde Arica y Corocoro, desde Mollendo y el Cuzco y desde Yungas. Innumerables automóviles animan el tráfico urbano y facilitan en el campo los viajes ordinarios y las excursiones de recreo, entre las que los turistas prefieren casi siempre: — una visita a la calurosa cuenca de Sorata, desde la cual puede admirarse en todo su esplendor la gran masa de nieves del Illampu; una expedición para ver los vestigios que guardan el arcano de la civilización prehistórica de Tiahuanacu; o, en fin, una rápida carrera en conexión con el servicio de las embarcaciones del lago Titicaca, para evocar a bordo las sombras de la pareja fundadora de la dinastía incásica, teniendo a la vista las ruínas que se alzan todavía sobre las parduscas laderas de las islas del Sol y de la Luna y que la linfa azul del legendario lago refleja con cariño.

Lago Titicaca. — Uno de los vapores de pasajeros frente a las ruinas de la Isla del Sol

CAPITULO II

Cómo se juzgaba la cuestión del Acre en el interior de la República. — Una disgresión necesaria.

Después de dos horas de silenciosa marcha llegamos aquella noche a la Ventilla, primera posta o, como su nombre lo dice, pequeña venta, a cargo de algunos indígenas para facilitar los medios de movilidad y alimentación al viajero, en las desiertas pampas de la Altiplanicie andina.

Dificil fué seguir el camino por la obscuridad de la noche, en una llanura tan igual y monótona; tal que a la media hora de viaje, se detuvieron repentinamente nuestras cabalgaduras al borde de un precipicio. Era la inmensa grieta que se abre en las proximidades del caserío llamado el Kenko y en cuya profundidad, a semejanza de La Paz, se encuentra el pueblo de Achocalla con su bonita laguna. (*)

(*) En uno de los taludes del barrancal de este mismo sitio, fué encontrado el 15 de junio de 1917 el cadáver del General José Manuel Pando, ex-Presidente de la República, quien, según el ruidoso y célebre proceso seguido con creciente interés nacional, fué víctima de un crimen sin trascendencia política y cuyos vulgares autores han sido ya sentenciados por la justicia ordinaria.

Una vez orientados y en posesión de la vía, que desde este punto es completamente recta, no nos fué costoso llegar a la posta para descansar tranquilos aquella noche, mientras nuestros caballos, con resoplidos constantes, devoraban la cebada que los indígenas pusieron a la puerta de nuestro rústico alojamiento.

En un ángulo de la habitación dormía ya profundamente Baluarte, el otro compañero de viaje, que, a cargo de los equipajes, había salido muy temprano de la ciudad.

Los postillones dispusieron nuestras camas, una frente a otra, sobre dos estrados de adobe próximos a la puerta, mientras nosotros bebíamos de pie una taza de café mal preparada por la indígena que atendía la cocina.

Una mecha, alimentada por un pedazo de cebo ardía con inciertas llamaradas en un tiesto colocado sobre el poyo de barro que nos servía de mesa.

General José Manuel Pando, durante cuya administración presidencial (1899-1904) se llevaron a cabo las expediciones al Acre

Baluarte roncaba como un bendito.

Listos los dos lechos, despedimos a los indios con un ademán. Después de enterarnos de que nuestras bestias

tenían el forraje necesario para el resto de la noche, cerramos la puerta y mientras yo fumaba un cigarrilo, se acostó mi compañero.

El comandante Maximiliano Pérez González, era un joven de 28 años próximamente, apuesto y robusto. Su semblante tostado por el sol, armonizaba con su bigote y barba negros como el ébano. El conjunto de su nariz aguileña, su mirada franca y su boca ligeramente estrechada por un gesto nervioso, daba a su rostro una expresión varonil a la vez que burlona.

Conocedor, como era, de las regiones montañosas de la república, pues había permanecido en diversos puntos de ellas durante dos años, no vacilaba en volver a recorrerlas, gozando de su silenciosa vida y sus interesantes inconvenientes.

El otro personaje era Wenceslao Baluarte, hombre de unos 45 años, alto, flaco y cargado de hombros, con cierto aire de seriedad que parecían reclamar las largas patillas que sobaba constantemente y su afilada nariz dominada por una frente calva y unos ojos inmóviles y centelleantes. Cifraba todo su orgullo en haber servido como sargento 1°. durante la revolución del 15 de enero de 1871 contra el tirano Melgarejo, y en haber hecho la guardia en la prisión de la querida de éste.

Mas adelante veremos los cargos que cupo desempeñar a éstos, como a mis demás compañeros de campaña. Ahora debo recordar la conversación que entablé con el primero, sobre los antecedentes que motivaban nuestro viaje y la situación del Acre según meras presunciones que se hacía en las capitales de la república.

—Mira—me decía Pérez González—no sabes cuánto vamos a gozar en nuestro largo viaje. El Departamento del Beni no es como los que, tratando de hacer resaltar sus pequeñas aventuras y sufrimientos, lo pintan. La

navegación de sus ríos es deliciosa; el cruce de sus selvas encantador; y todo, todo cuanto tiene, encierra tal novedad para los que vamos a él desde la Cordillera, que no dan ganas de abandonarlo nunca. ¡Ya lo verás tú mismo, ya lo verás!

—Juzgo — le decía, lamentando hasta cierto punto su entusiasmo ilusionista —que no todas tus esperanzas las vamos a realizar. Tú sabes bien que no emprendemos un viaje de recreo o de mera curiosidad de turista. Olvidas que, después de haber surcado las inclementes selvas del Beni, debemos pasar al Acre, región ocupada actualmente por fuerzas rebeldes; pues los pobladores de ellas, brasileños, la han declarado independiente, desde hace cerca de un año.

—Pienso yo —me repuso — que a la fecha debe estar todo terminado. El Delegado Nacional Andrés S. Muñoz, ha debido ya llegar al Acre.

—Olvidas que los pobladores de esa región están dispuestos a luchar hasta morir, según sus manifiestos publicados por la prensa del norte del Brasil, y que el Delegado Muñoz no cuenta más que con cincuenta soldados que llevó de La Paz en septiembre del año próximo y otros tantos que marcharon de Cochabamba. Agrega a este número una centena de hombres que ha podido enrolar con inmenso trabajo en esas regiones donde la falta de brazos es lamentable, y comprenderás que las fuerzas con que cuenta la Delegación, son insuficientes.

—No lo creas. El carácter brasileño es exagerado y tímido. Apologistas de sí propios como son, presentan los hechos más sencillos y, por consiguiente, las situaciones con aspecto aterrador y fantástico. Su moneda es la más viva prueba del rimbombo que los caracteriza en sus manifestaciones petulantes. Bástenos recordar la guerra del Paraguay, para juzgar al gran ¡Imperio do Brazil!

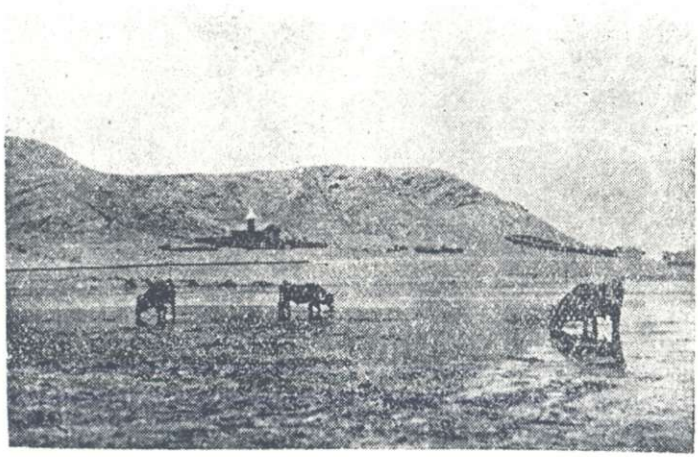
como a un monstruo de aspecto feroz, pero impotente y anémico.

—Así piensa la mayoría del pueblo—repuse yo sonriendo:—pero soy de parecer, sino del todo contrario, por lo menos divergente en ciertas apreciaciones. Me parece que al enemigo, por débil que sea, se debe considerar fuerte y capaz de una victoria, para que, previendo los reveses de una empresa azarosa, se los pueda evitar en la ascención del éxito. Por otra parte, yo no acierto a explicarme el porqué de la timidez atribuída al brasileño. Su sangre es portuguesa, la del navegante más audaz del siglo XVI; su raza la nuestra, la latina. La guerra del Paraguay no puede ser de ninguna manera un precedente para sentar tal juicio; pues, si tenemos en cuenta los miles de vidas que en ella sacrificó el Brasil, sólo por dignidad nacional, convencidos estaremos de nuestro error. El asalto de Humaythá, Curupaythí y otros hechos de armas, nos demuestran que, al frente de un adversario heroico y desesperado, se presentó el Brasil poderoso y respetado. No olvidemos tampoco la actitud del acorazado "Aquidaban" en la revolución republicana de la nación vecina. Es preciso conceder a cada pueblo lo que cada hombre posee, dignidad y poder.

—Ya lo veremos. Yo persisto en mis opiniones y creo que la campaña será más sencilla de lo que la juzgan los que dudan de la revolución separatista misma. Convencidos los colonos del Acre, de que el país envuelto en la última revolución, no podría acudir oportunamente a esas lejanas fronteras, no han vacilado en sublevarse con el propósito de anexarse al Brasil, después de declararse independientes, para salvar lo que bien podríamos llamar la "moral diplomática"; pero hoy que nuestras bayonetas se han abierto paso por los bosques depondrán las armas y volverá ese rico territorio a Boli-

via. Ya ves que hasta ahora no hemos enviado allí más que un Delegado y cuarenta hombres que han desaparecido a consecuencia de las enfermedades. Me refiero a la ocupación que hizo nuestro ministro Paravicini, fundando Puerto Alonso con la aduana boliviana.

—Dices bien—contesté yo.— No dudo que el mayor aliento que tienen los revolucionarios se base en la creencia de que nuestro país no podrá atender esas lejanas fronteras, por lo mismo que cuentan con que la República del Brasil no permitirá la entrada de nuestro ejército por el Amazonas; pero, en todo caso, ellos han debido adquirir armamento y fortificar los puntos del río más accesibles por tierra.



Una hacienda en la Altiplanicie

—Adelante!—exclamó Pérez González, con entusiasmo.— A nuestro primer empuje ya verás como ceden los negros.— Y después de una breve pausa, empezó a desarrollar planes de ataque, ordenando la marcha de un

ejército y tomando las precauciones precisas contra las emboscadas, hasta que, rendido de fatiga, suspendió las cobijas para abrigarse los hombros, y pronunciando una interjección, usada por él muy a menudo, se revolvió en el lecho y ¡santas pascuas!

Difícil me fué conciliar el sueño en el resto de la noche, con los pensamientos que se sucedían en mi imaginación, y, por alejar los más tristes, me esforzaba constantemente por recordar los sucesos del Acre, desde las primeras exploraciones practicadas en él.

El descubrimiento del Río Acre data del año 1860. Manuel Urbano da Encarnacão, hombre atrevido y rústico, llegó a él y lo arribó durante veinte días, juzgándolo un canal natural que ponía en comunicación a uno de los afluentes del Madera con el Purús.

En 1865, en desempeño de una comisión de la Sociedad Geográfica de Londres, el geógrafo Chandless exploró el río Acre en toda su extensión navegable en lanchas de pequeño calado (tres pies poco mas o menos), y según consta de su informe, no existían en ese entonces mas pobladores que los aborígenes.

Los cearenses, la gente más emigrante del Brasil, a causa de las dificultades de vida en su tierra natal, donde por falta de lluvias cada década de años se presenta el hambre con su aterrador aspecto, fueron los primeros pobladores del Acre, penetrando en él desde 1879, atraídos por la goma elástica, única fuente de riqueza explotada hasta hoy en una región que abarca más de 4,700 millas cuadradas, según lo afirma un interesante artículo publicado por "The Daily Cronicle" en 14 de abril de 1900.

La distancia y los desiertos que separan esta región, tanto de los principales centros bolivianos como de los brasileños, la mantuvieron con todo el noroeste de la re-

pública, ignorada de los gobiernos, mientras era explotada por un comercio limitado que monopolizaba el rescate de su producción gomera, con la habilitación de artículos fungibles en su mayor parte.

Desde el tratado de límites de 27 de marzo de 1867, en el que por imperdonable "condescendencia" cedió el gobierno de Melgarejo una extensión igual a la superficie del Portugal, la frontera quedó librada a las interpretaciones de un tratado, sino oscuro, por lo menos poco preciso y claro, como se ve en el apéndice del presente libro.

En cuanto a las exploraciones dirigidas por tierra, desde el interior de la república, merece especial mención la que practicó en 1887 el coronel Antonio R. Pereira Labrea, quien cruzó los bosques que separan las hoyas del Madera y el Purús partiendo de la barraca Maravillas en el Madre de Dios y llegando después de diez y nueve días a la barraca Flor de Oro en el Acre. A ésta siguieron otras que, debidas al descubrimiento de valiosos gomales, pusieron en comunicación el Tahuamanu con el Alto Acre; pero ninguna hasta entonces fué de tan benéficos resultados como las tres que en servicio de la nación efectuó el coronel José Manuel Pando en los años 1894 y 1895 respectivamente. Sus informaciones acerca de la riqueza y porvenir del Nor

José Paravicini, fundador de Puerto Alonso o Puerto Acre

oeste, resolvieron al Gobierno Alonso a fijar su atención sobre esas zonas, enviando a ellas a nuestro ministro plenipotenciario acreditado en Río Janeiro, doctor José Paravicini, quien, no sin grandes dificultades, fundó el puerto y la aduana del Acre y estableció la administración boliviana, con un reducido personal civil y una guarnición de 40 hombres, el 3 de enero de 1899.

La sed de oro del aventurero español Luis Gálvez Rodríguez de Arias, incitó a los sencillos pobladores del Acre, a desconocer los derechos de Bolivia sobre el Noroeste, alegando que por estar poblado por brasileños, era netamente correspondiente al Brasil; al mismo tiempo que algunos hombres públicos y periodistas de mala fe de la república vecina, hacían pública propaganda en contra de Bolivia, afirmando que el gobierno brasileño era víctima de un error en la interpretación del tratado respecto de la línea geodésica Madera—Javary.

Arrojados los pocos bolivianos enfermos que aún quedaban con vida en el puerto, fué proclamada la independencia del Acre en 14 de julio de 1899, organizándose el gabinete y la administración lilliputiense, como lo era el Estado. Al poco tiempo el Presidente Galvez era depuesto y reemplazado en el poder por un rico siringero, Antonio de Souza Braga quien, después de asegurar sus intereses gomeros, devolvió la silla presidencial a Gálvez.

Pedro Kramer, Delegado de Bolivia, muerto en Manaos, víctima de la fiebre amarilla, al dirigirse al Acre (20 Dbre. 1899)

En este estado de cosas,

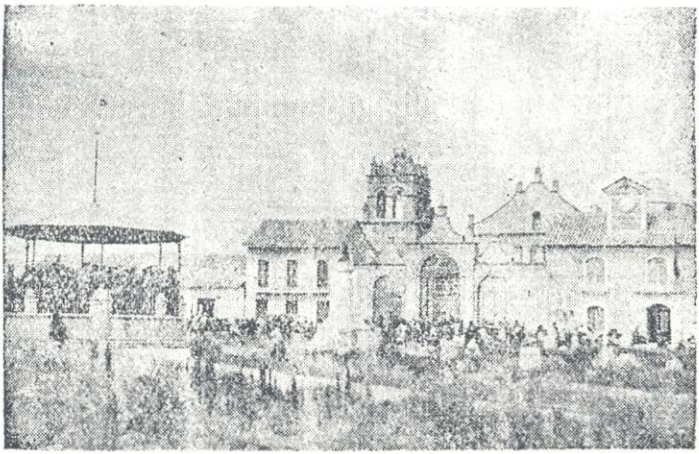
nuestro valiente compatriota don Ladislao Ibarra, en cumplimiento de instrucciones que le fueron impartidas por el Delegado doctor Pedro Kramer, penetró al río Acre a bordo del vapor "Manaus", y, el día 12 de enero de 1900, sin más fuerzas que el ex-correjidor boliviano Antonio Leite Barbosa y nueve trabajadores portugueses, trabó combate con las tropas revolucionarias que en número de 300 guarnecían el Puerto. No hubo otros incidentes desgraciados que la herida recibida por el señor Ibarra que murió al poco tiempo de resultas de élla, y otra que causó también la muerte de uno de los sediciosos.

Luis Salinas Vega, Ministro de Bolivia en Río de Janeiro

Mientras el gobierno del Brasil, a insinuaciones repetidas de nuestro Ministro en Río, don Luis Salinas Vega y con objeto de poner en claro su neutralidad dudosa, enviaba un aviso de guerra para desalojar del Acre a los individuos que, en nombre de él, tomaran las armas contra los derechos de Bolivia, el nuevo gobierno nuestro, tranquilizada la república después de la última guerra civil, nombró en septiembre de 1890, al doctor Andrés S. Muñoz, Delegado en el Territorio de Colonias, poniendo a sus órdenes la fuerza necesaria para el caso de encontrar aún resistencia armada en el Acre. A este mismo propósito, y, en vista de los acontecimientos que se desarrollaban en aquella región, obedecía, como lo veremos más adelante, la marcha de la Delegación Extraordina-

ria encomendada al primer Vice Presidente de la República, quien debía organizar en Cochabamba el cuerpo civil y militar a los que, como empleados, pertenecíamos mis dos compañeros y yo.

La relación detallada de los sucesos posteriores, nos permitirá desarrollar esta somera exposición que, como antecedente, cierra el presente capítulo.



Un pueblo de la Altiplanicie (Viacha)

CAPITULO III

La Altiplanicie. — Las Postas. — El Indio. — Los Pueblos. — Aspecto y condiciones de la región.

Al amanecer del siguiente día, nos despertó al mismo tiempo la voz ronca del teniente Baluarte, que, en mangas de camisa aún, pero sin olvidar sus largas botas de cuero y sus estruendosas espuelas, increpaba a los indios.

Un confuso rumor, en el que se distinguían las voces de los postillones y el sonido irregular de sus pisadas a causa de las ojotas que calzan, nos indicó que el maestro de postas disponía las bestias necesarias para la prosecución de nuestro viaje. Luego apareció una indígena trayendo una olla de barro de la que nos sirvió el té, en unos vasitos de hoja de lata, cuyo color negrusco y numerosas abolladuras acusaban su largo servicio y la influencia que en su aspecto había ejercido la atracción del globo.

A los pocos minutos todo estaba listo y Baluarte, él primero, montó a caballo lanzando una mirada colérica a los tímidos postillones que, apoyados en la pared, con-

talan con desconfianza las monedas recibidas por el servicio de la noche y el flete de los animales que debían trasladarnos a la próxima posta.

Hacía frío a pesar de la estación, y un cierzo helado sacudía las crines de nuestras cabalgaduras tremolando las largas bufandas que nos envolvían el cuello.

El postillón que debía acompañarnos, después de tomar un bocado de hojas de coca y asegurar en el cinturón la bolsa de cuero de la que las había sacado, cojió la soga de una de las bestias y tocando su trompeta de cuerno, salió de la posta, seguido por el resto de los animales de carga e instado por Baluarte a redoblar el paso.

Dejamos trascurrir un cuarto de hora para que se adelantase el equipaje, y Pérez González y yo montamos a caballo, después de encender un cigarrillo, para salir por el ancho portal de la posada a la árida pampa por donde sigue el camino, en plena comarca del indio y del cóndor, del llama y la vicuña.

Postillón de la Altiplanicie

Todas las postas de la Altiplanicie, ya se encuentren en el centro de sus miserables poblaciones o aisladas en medio de sus desiertas llanuras, tienen el mismo aspecto y las mismas condiciones, salvo aquellas que

cuentan con una reducida sección destinada al servicio de la empresa carretera que actúa entre La Paz y Oruro, apartándose constantemente del camino de herradura que seguíamos nosotros.

Paredes bajas, construídas de adobe, en las que se abren portezuelas estrechas y rústicas claraboyas, sin obedecer a orden alguno y, mas bien, consultando la necesidad de introducir un rayo de luz y una corriente de aire en las habitaciones ófricas y húmedas, forman un enorme cuadro de dos a tres mil metros cuadrados, encerrando un gran patio semejante a una plazoleta, muchos cuartuchos destinados al alojamiento, un tugurio que sirve de cocina, negro y reducido como un horno, y algunos depósitos de cebada. Tres o cuatro canchones cercados de tapiales bajos y ruinosos, que albergan a los animales con que cuenta el tambo, posada o venta, rodean la edificación principal por su parte trasera, dejando el frontis libre, con su enorme portal coronado de un arco de adobe. El techo es de paja, con inmensos alares que cubren la parte superior de los muros, y se alza sobre los mojinetes altibajos una que otra crucesita de madera carcomida y despintada por el tiempo.

El "pongo", - indígena que presta el servicio semanal doméstico

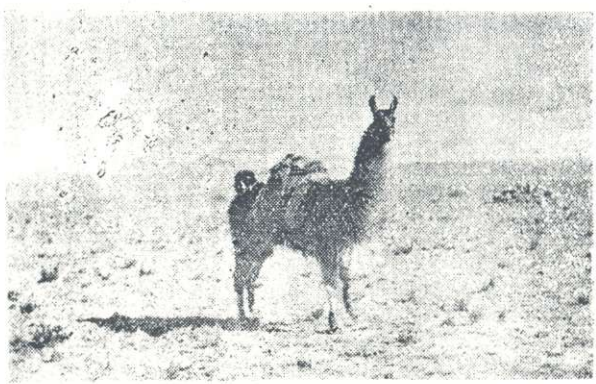
El personal que necesita para el servicio y que se renueva anualmente entre los indios de las comunidades circunvecinas, se compone generalmente del maestro de postas, encargado de la administración, cuatro o cinco postillones destinados a la conducción de acémilas de una a otra posta, cobrando un real por legua recorrida (cinco kilómetros próximamente) y algunas mujeres que atienden la cocina.

El indio es un ser poco menos que incomprensible. Hay en su rostro una expresión de tristeza tan sombría, que parece lamentar la desgraciada condición de su raza o las inclemencias de la región que habita. Su mirada es torva y desconfiada, su nariz ancha y ligeramente encorvada, su ángulo facial un tanto deprimido, sus pómulos salientes, su boca grande y sus labios gruesos y verdinegros por la constante masticación de la coca. Su estatura es baja, su complexión robusta, y notablemente anchos su pecho y espalda. No sé si su aspecto infunde lástima o repugnancia, pero creo que es algo que participa de ambas.

Su traje se compone de una chaqueta de lana, negra y corta; un pantalón de igual color y material, estrecho en los muslos y partido y ancho en su parte inferior, dejando ver el calzoncillo de tocuyo que cubre sus formidas pantorrillas; un poncho de diversos colores rodeado de vistosa flecadura, casi siempre terciado sobre sus hombros; la montera o sombrero de cuero adornado algunas veces con moneditas de plata; las ojotas o sandalias y, finalmente, el inseparable *pututo*, bocina de cuerno colgada de un cordón que le cruza el pecho.

El llama, así como la alpaca que es de la misma especie, proporciona al indio la lana que teje para vestirse y, dado el carácter y condiciones de éste, es imposible

reemplazar tal rumiante que parece un don especial de la Providencia para satisfacer sus necesidades más premiosas; pues, además de su mansedumbre, su fácil crianza y el ningún cuidado que reclama su alimentación, proporciona a su amo abrigo contra los fríos de la cordillera, carne que le alimenta, combustible (*taquia*, estiércol) que arde en su miserable hogar, y medio de transporte para reducidos pesos (23 kilógramos). El indio y el llama han sido creados el uno para el otro y ambos para la Cordillera de los Andes.

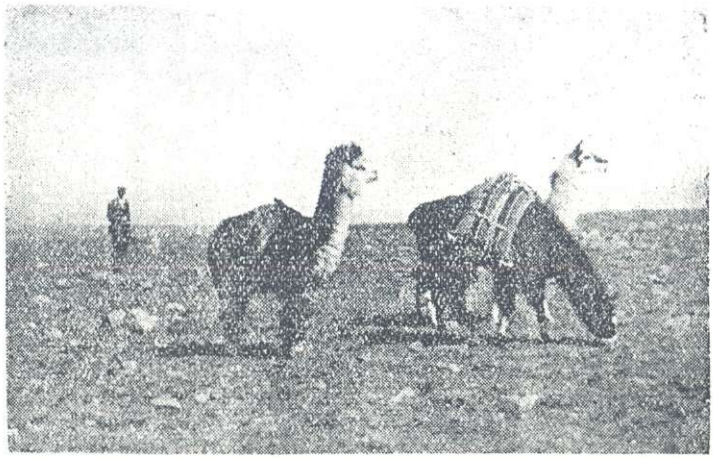


El llama, fiel compañero del indio

Por lo que toca a la morada del aborigen de la Altiplanicie, ella se reduce a una miserable choza de barro cubierta de paja y situada en las cañadas de los cerros que circundan las pampas, a merced de los helados vientos y tempestuosas lluvias de la cordillera.

Eran las 7 de la mañana, cuando, dejando la Ventilla, empezamos a subir una ligera colina por donde seguía el camino. Desde su cima pudimos contemplar por última vez la Cordillera Oriental de los Andes, con sus

atrevidos picos que parecían rasgar los densos nublados con que la noche húmeda los cubre, desapareciendo como gasa desgarrada a los rayos del sol de la mañana.



Dos alpacas y un llama. Todos sirven al indio con igual resignación, menos la vicuña.....

El Illampú, que se eleva a los 6,645 metros sobre el nivel del mar, el Illimani, a los 6,610 el Huayna Potosí, de forma cónica, el Mururata que semeja la base de una columna truncada, ambos menos altos que los primeros, y otros picos blanquecinos, se levantan al este. Al oeste se extiende la pampa donde, apenas perceptible, se encuentra el pueblo de Viacha, casi a las faldas de los lejanos cerros de esa parte; al noroeste se divisa el horizonte despejado, debajo de un cielo cubierto por el indeciso tul de bruma que causan las emanaciones del lago Titicaca que se encuentra en aquella dirección; y hacia el sud sigue el camino formando ziszás y recovecos entre cadenas de colinas y montañas bajas.

La vicuña, tímida y esquiva, busca los parajes desiertos

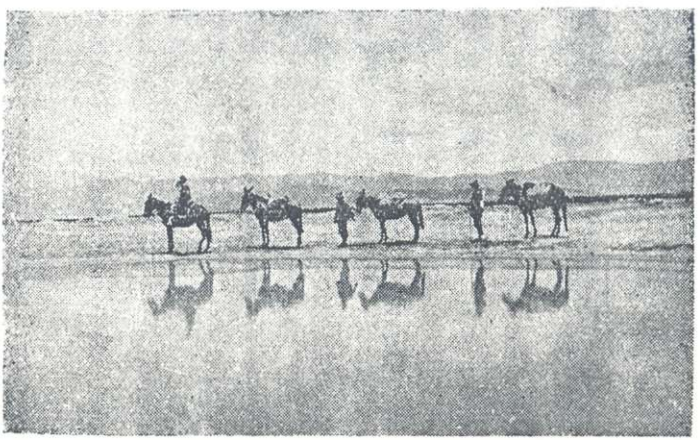
Durante seis horas, con pequeñas variaciones, recorrimos la región rugosa que separa, Calamarca de la Ventilla, ya trasponiendo ligeras lomas y colinas, ya siguiendo la dirección de cañadas cultivadas o pedregosas, donde se alzan casitas miserables y pastan los llamas y las alpacas y se aventuran alguna vez, a riesgo de encontrarse con el viajero, las vicuñas y los guanacos. Algunos sembradíos de *quinua* (*chenopodium quinua*) en medio de las áridas ondulaciones del terreno, esmaltan de trecho en trecho los planos poco abrigados que se abren, y algunos postes de adobe, levantados en las alturas, señalan el número de leguas recorridas.

A medio día llegamos a Calamarca, pueblo de trescientos habitantes próximamente, que alza su templo, con sus dos campanarios y sus rústicas casas, sobre una altura dominante, a las faldas del monte de su nombre, destacándose como castillo feudal en la lontananza fosforescente de la pampa. Una fuente de agua cristalina turba el silencio cotidiano de su plazoleta, cuya acera occidental ocupa la posta, miserable y ruinosa como la que dejamos en la mañana.

Baluarte ocupaba el poyo de barro situado en medio del ancho patio, y se encontraba rodeado de algunos vecinos a los que explicaba la situación del Acre, manifes-

tándoles las esperanzas que abrigaba de dominar la revolución separatista a su llegada.

Calamarca se encuentra a una altura de 4.000 metros sobre el nivel del mar próximamente, siendo uno de los pasos más altos de la Altiplanicie, a merced de las fuertes tempestades que amenazan de muerte al viajero, lanzando sobre él frecuentes rayos.



Después de abrevar a las mulas en una charca del camino

Un frugal almuerzo reparó nuestras fuerzas para continuar el viaje cuya monotonía fué turbada por un curioso incidente ocurrido con el teniente Baluarte. Al escoger las bestias que debían reemplazar a las que nos condujeron desde la Ventilla, tuvo que echar mano de su largo sable para castigar a los postillones, los cuales, sin expresar rencor por el momento, ensillaron para él el mulo más mañoso y rebelde de la posta. A las pocas cuadras del pueblo y en la parte más pedregosa del camino,

el astuto animal juzgó oportuno vengar a sus amos, dando en tierra con el ginete y rompiéndole una costilla al despedirse de él con dos coces. Las gesticulaciones del damnificado y las maldiciones que lanzaba sobre las generaciones presentes y futuras de los indios, nos causaron una hilaridad que en vano queríamos disimular, cada vez que nos encontrábamos cara a cara con él, siendo efecto de ella el profundo resentimiento que guardó en contra nuestra en el resto del viaje.

El maestro de posta

Salvado el inconveniente con la llegada de una nueva bestia, a la que, después de minucioso examen, montó Baluarte, proseguimos la marcha por la cañada que desemboca en los llanos donde se encuentra la floreciente ciudad minera de Corocoro, poco más o menos a ocho leguas de la vía que debíamos seguir para llegar aquella noche al pueblo de Ayoayo.

Al entrar en la habitación que nos habían destinado en la posta de Ayoayo, nos sorprendió un grupo de indios que rodeaba uno de los estrados, en el que, tendido de barriga y vociferando aún, recibía Baluarte unas fricciones de coca masticada que le dejaron la espalda como la de un camaleón. Pérez González se apoyó en la pared para no caer de risa ante semejante cuadro, mientras yo daba media vuelta y prorrumpía en una carcajada para salir de la posta a la plaza del pueblo.

Vagué por las calles una hora y, al volver a la plaza, me detuve en el atrio del templo al recuerdo de los acontecimientos que había presenciado él, después del combate del Crucero de Cosmini el 24 de enero de 1806. Derrotado el Escuadrón "Sucre" con parte del "Monteagudo" y un piquete que conducía elementos bélicos para el bombardeo de La Paz, quedaron asilados en el templo de Ayoayo más de treinta soldados, heridos en su mayor parte, a cargo de tres sacerdotes, el de Viacha, el de Ayoayo y el capellán del cuerpo. La ferocidad de los indios, fermentada hacía largo tiempo con los ultrajes de que fueron víctimas durante la guerra civil, hizo cómoda presa en los derrotados, sacrificándolos

Tipos indígenas. — Un pescador en el lago Titicaca

en los mismos altares de la iglesia, como término de la fiesta bacanal que el pueblo aterrado contemplara durante cuarenta y ocho horas. Yo mantenía vivo aún el recuerdo de la dolorosa impresión que me causó ese sangriento teatro, cuando pasé por él a los dos días del suceso con el ejército revolucionario, como ayudante de campo del General Pando.

La jornada siguiente se redujo a recorrer las diez leguas que median entre Ayoayo y Sicasica. Obsequiados por el subprefecto de este último pueblo, Ricardo Ascarrunz, resolvimos pasar la noche en él.

Una indígena de regreso a su rancho

Sicasica, capital de la provincia de su nombre, es un pueblo de ochocientos habitantes próximamente, equidistante de Oruro y La Paz como su nombre quechua lo dice (*Schica-schica*, la palabra *igual* repetida). Abarca una extensión de medio kilómetro cuadrado poco más o me-

nos y está situada en medio de la inmensa llanura que comprende las pampas de Patacamaya y Aroma (cerca de 15 leguas de travesía), siendo distinguidos sus campanarios desde larga distancia, porque el pueblo ocupa el mismo lomo que separa las dos pampas.

Varios vecinos nos visitaron en la tarde, girando nuestra conversación sobre los recuerdos que dejara el ejército de la revolución, durante los dos meses que había hecho del pueblo su cuartel general.

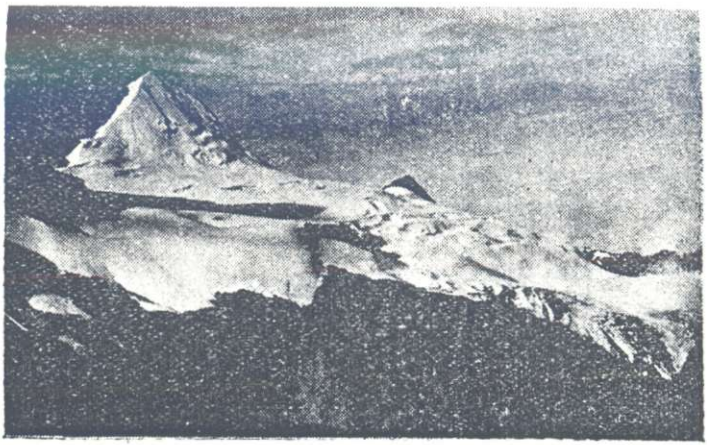
El sol del día 3 de mayo nos encontró cruzando la pampa de Aroma, al calmado paso de nuestras cabalgaduras y respetando con profundo silencio el malestar de nuestro malferido compañero de viaje.

Contrastando con los verdes mantos de *tola* (planta leñosa que cubre la llanura), se distinguen acá y allá grupos de algunas *huacas* (sepulcros que datan de la época de los Incas) y las fortificaciones construídas por el ejército cochabambino que libró la batalla de Aroma el 14 de noviembre de 1810, sellando con su sangre la segunda victoria conseguida por los patriotas de América contra la dominación española.

El hermoso Sajama, pico correspondiente a la Cordillera Occidental, ostentaba su nevado como hacia esa parte, como pan de azúcar abandonado en el extremo de una anchurosa mesa.

Los indios aimaras han revestido su existencia de un mito interesante, basado en la forma que afecta y en la posición que ocupa, aislado de los picos de la Cordillera Oriental. Allá en los tiempos prehistóricos, este gigante pertenecía a la familia que se alza al este; pero el Illimani, envidioso de la belleza de su émulo, le declaró la guerra, dándole tan formidable golpe que lo partió

por la cintura, arrojando la parte superior del coloso a las pampas del occidente con la palabra aimara *¡sárjama!* (¡vete!....) Desde entonces el Sajama quedó allí separado de su base el *Mururata,* nombre que significa "truncado".



El pico más alto de la Cordillera de Tres Cruces (5,900 m.)

Al otro extremo de la pampa de Aroma se encuentra la posta de Panduro, desde donde, con nuevas bestias, seguimos el viaje, trasmontando algunas colinas hasta llegar a la hondonada por donde va la vía al pueblo de Caracollo, correspondiente al Departamento de Oruro. En él pasamos la noche sorprendiéndonos el señor Delegado Extraordinario que nos dió alcance y dispuso que, sin entrar a Oruro, nos dirigésemos a encontrar el camino de esta ciudad a la de Cochabamba. Era la cuarta jornada de nuestro viaje (*)

Desde Caracollo el aspecto de la Altiplanicie varía

(*) Los cuatro días de viaje entre La Paz y Oruro han quedado reducidos en la actualidad, a sólo seis horas de tren.

notablemente. Las pampas anchurosas se extienden uniformes, semejando un mar en el que se destacan como archipiélagos e islas solitarias las montañas de los lejanos confines. Por un fenómeno de espejismo, los cerros distantes parecen desprendidos de la llanura como extraños nubarrones inmóviles en el espacio, y unos y otros a igual distancia de la línea del horizonte vago. Acá y allá las ráfagas encontradas forman densas columnas de polvo que se pierden en el espacio descompuestas en tenues y agitados penachos; y esas grandes nubes de polvareda cruzan lentamente los amarillos pastales turbando el color ceniciento del siberiano panorama. ¡Cuánta tristeza infunden esas desiertas sabanas, en las que por un fenómeno extraño, los cuerpos se destacan con proporciones enormes! Algunos caseríos rústicos, diseminados caprichosamente, afectan siluetas de ciudades abandonadas y misteriosas; y los rebaños, que pastan a lo lejos, se presentan próximos y gigantescos. ¡Allá el espejismo fantasea con

Indígenas a orillas del río Desaguadero

la ávida mirada del viajero como el porvenir ante la esperanza!.....

Muchas reflexiones ocuparon mi imaginación ante el espectáculo de ese triste paisaje. Sin duda alguna la Altiplanicie de los Andes, ha sido en otro tiempo el lecho de un mar interior cuyo nivel se alzaba a los 4,000 metros sobre el de los océanos, apresado por los dos brazos que abre la Cordillera entre los 15° y 21° de latitud y midiendo 150 leguas de norte a sud, por 40 de este a oeste término medio. Las formaciones calcáreas y los fóciles marinos que se encuentran en sus montañas laterales, aseguran esta creencia; así como la existencia de los lagos Titicaca y Poopó, ligados por el Desaguadero, con muchas lagunas, salares y llanuras senagosas, no obedece a otra causa que al desagüe de ese inmenso valle, siendo ellos el resto de la masa líquida que lo llenaba en otro tiempo. Los pocos ríos que alimenta la nieve de las montañas que la circundan, pierden su caudal por infiltraciones en el llano arenoso que recorren, o absorbidos por las brisas del otoño en los bañados que forman. Sus pampas estériles no tienen otra flora que la raquítica y pobre caracterizada por el cactus, las malváceas, las gramíneas y las burceráceas, que desaparecen en el invierno a los rigores de un frío glacial (15° bajo cero centígrado).

La región adina, pobre en los reinos animal y vegetal, es una de las más ricas del orbe en el mineral, como lo veremos en el siguiente capítulo.

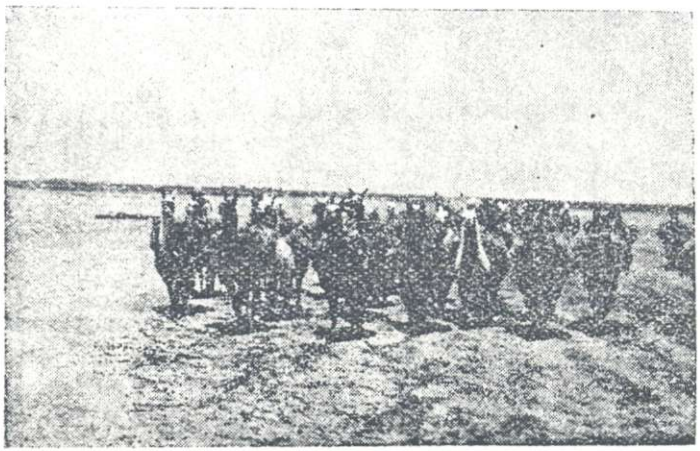
CAPITULO IV

Oruro. — Las Minas. — El Ferrocarril de Antofagasta.

Como dije anteriormente, la premura del tiempo no nos permitió entrar a la ciudad de Oruro, situada a nueve leguas del pueblo de Caracollo; pero no por esto dejaremos de dedicar el presente capítulo a una de las más importantes poblaciones de la República.

El cerro de Pie de Gallo, llamado así por la forma que afecta con sus cuatro contrafuertes que parten en direcciones opuestas, abrigando dos de ellos a la ciudad de Oruro por el oeste y parte del norte y sud, se alza próximo al de San Pedro y a cuatro leguas de la cadena de Pongovilque, en medio de la desierta llanura que se prolonga cerca de 600 kilómetros hacia el sudoeste. La riqueza de los minerales de plata y estaño, descubiertos en él a mediados del siglo XVI, motivó la fundación de la ciudad, con el nombre de Villa de San Felipe de Austria, debida a Manuel Castro de Padilla en 1°. de noviembre de 1606, en una región desprovista de los más necesarios recursos y sin condición alguna para ser habitada y, mucho menos, ofrecer atractivos de radicatoria o residencia definitiva al indus-

trial que en las entrañas de la tierra buscaba el codiciado metal. Así fué que con cortas épocas de pasajero movimiento, efecto de la azarosa explotación de las minas, Oruro seguía beneficiando a algunas empresas, sin mejorar de condición a pesar de los grandes capitales que de sus ocultos tesoros se formaban.

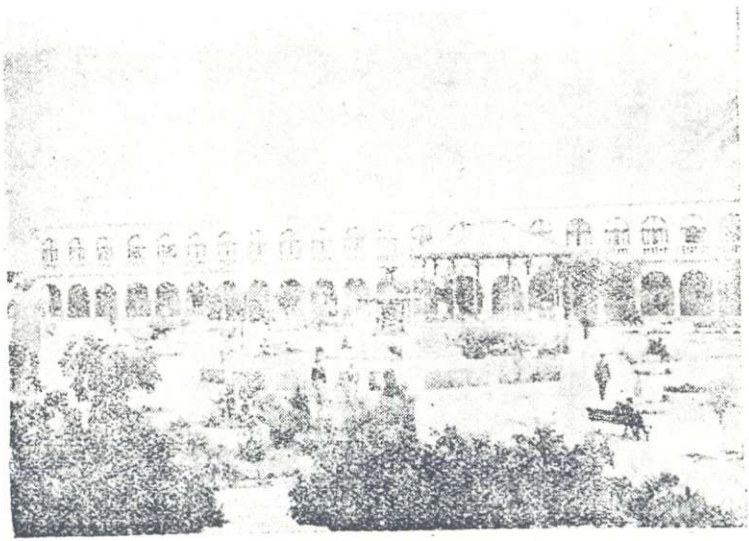


El transporte de minerales a lomo de llama, reemplazado gradualmente por ferrocarriles y autocamiones

El ferrocarril de Antofagasta, que en 1892 lo aproximó a la costa, dió impulso a su desarrollo hasta entonces tardío, y los edificios de madera y ladrillo reemplazaron a las modestas casas de adobe, cubiertas por los rústicos techos de paja donde silbaba constantemente el viento de las pampas, envolviéndolos en la polvareda que levantaba de sus calles desprovistas de empedrado. Aumentó la inmigración extranjera, y las miserables tiendas donde se expendían algunos artículos de minas y alcohol rebajado

que bebía el trabajador, trocáronse en elegantes almacenes, cantinas y bodegas. Se prolongaron sus calles, cubriéndose las aceras de sólidas baldosas, y reemplazando las carretas al humilde llama que transportaba los metales en bruto a los ingenios próximos.

Oruro, según el último censo (1900), cuenta con 15,898 habitantes, (*) en su mayor parte trabajadores de minas, procedentes de Cochabamba y La Paz. Su posición céntrica, entre los departamentos más importantes de la República, hace de él un punto obligado de tránsito, del



La Plaza principal de Oruro en 1902

que salen diariamente innumerables recuas cargadas de mercaderías con destino al Interior. La actividad de su comercio e industria es extraordinaria, dada su reduci-

(*) En 1926 la población pasó de 40,000 almas.

da población. Un sordo bullicio en el que se mezclan el pitar y el metálico estruendo de las máquinas de los ingenios, con el ruido de las carretas y el irregular repiqueteo del cencerro de las diversas recuas que interrumpen el tránsito en las principales calles, reina durante el día, sucediéndole en la noche la algazara de las cantinas y el canto del obrero que se divierte en los suburbios. (*)

Su plaza principal, en la que se encuentra el cómodo Palacio de Gobierno, próximo a la aislada y deforme torre donde está el reloj público y uno que otro edificio de regular arquitectura, cuenta con una bonita fuente de bronce situada en el centro y un elegante kiosco del mismo metal hacia la acera occidental. La Plaza del Regocijo separada de la principal por una hilera de casas y comunicada con ella por la calle Alianza y un estrecho pasadizo, muestra en su acera meridional el edificio del Ayuntamiento con los anchos arcos de la galería que adorna su frontis.

Casi todas las casas de la población son de un solo piso y las calles, rectas y cortas, permiten ver, ya los arenales de la pampa hacia el oriente, ya las faldas desnudas del Pie de Gallo perforadas por la barreta del minero y removidas por la pólvora y la dinamita.

La columna de piedra erigida en honor de Sebastián Pagador, que encabezó el levantamiento del pueblo contra el dominio español el 10 de febrero de 1871, corona la pequeña altura de Conchupata, en la que remata la extremidad del cerro que rodea el norte de la ciudad.

La Estación del ferrocarril, al otro extremo, priva-

(*) El servicio de las líneas férreas que parten al interior de la República y el concurso de innumerables automóviles, así como la arborización de las plazas y la edificación moderna, han cambiado el aspecto de la ciudad.

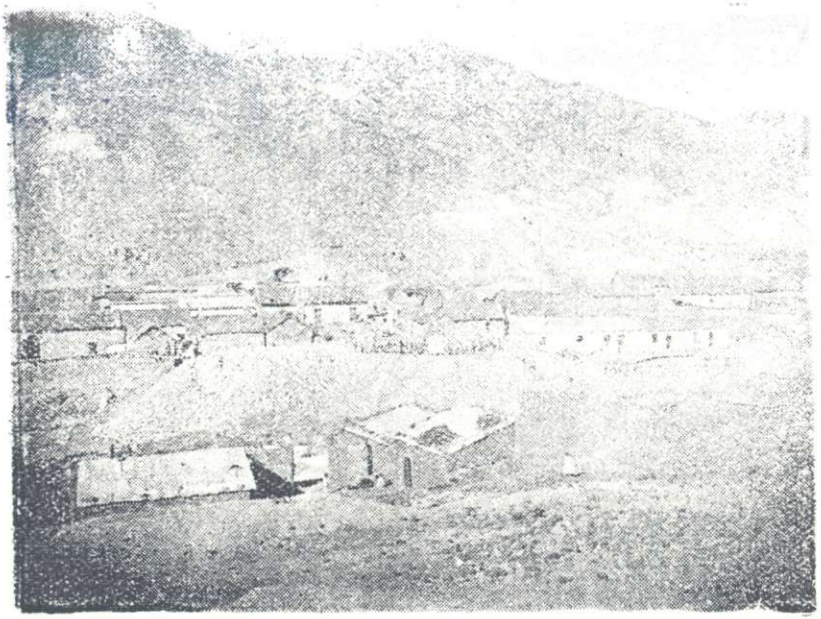
da del abrigo del cerro y expuesta a los aquilones de la pampa, ocupa una extensión superficial de 50 a 60,000 metros cuadrados, rodeada de un cerco de calamina, con sus oficinas, sus depósitos de carbón y carga y las alegres habitaciones de madera del administrador y los demás empleados.

El mercado, abundante hoy, abarca casi toda una manzana a las dos cuadras de la plaza principal, con las innumerbles *chiflerías* (quincallerías y mercerías) que se disputan el campo en los corredores interiores y las aceras de la calle, cerca de la entrada.

Sus más cómodos hoteles son el "Francia" situado en la calle Colombia, y el "Terminus" y el del "Comercio" en la Plaza de Armas.

Las minas vienen a ser parte integrante de la población, con sus caseríos, que bien podríamos llamar arrabales de la ciudad. Ellas se abren en los espacios que dejan entre sí los grandes *dedos* del Pie de Gallo. El "Socavón de la Virgen" situado en la terminación de la calle Chimborazo, y "La Tetilla" a seiscientos metros de distancia, al sud de la primera, ocupan la cavidad donde se alza Oruro, distinguiéndose en la parte alta del cerro, la mina abandonada "El Rasgo" en la que, como su nombre lo indica, se reducía el trabajo rudimentario de la época colonial a las capas exteriores, dejando profundas y caprichosas zanjas. En la cavidad que se abre al sudoeste de la anterior, se encuentran, a poca distancia una de otra y en el seno mismo de élla, las minas de "Itos" y "Atocha" en actual explotación y la abandonada "Santo Cristo" con su ruinoso establecimiento, más abajo. Finalmente, en la del noroeste está la rica mina de "San José" con las regulares hileras de sus casitas blancas que re-

saltan en el color azul plomizo de los desmontes, engalanándose con el negro penacho de humo de sus altas chimeneas.



Un antiguo centro minero de la Altiplanicie (Antequera)

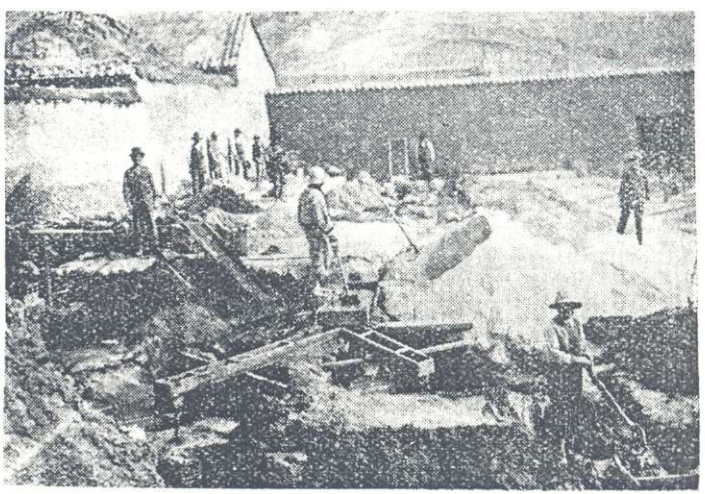
Hacía cuatro meses desde la última vez que visité el "Socavón", en compañía de varios amigos que, por *"matar* el día domingo", siempre triste en esa activa población, formaron una caja común con la que se pudo disponer un buen *lunch* para la salida, en la *cancha* o patio de metales de la mina.

Provistos de los mecheros encendidos que pendían del ojal de las levitas, para tener libres los brazos, pero a riesgo de manchar la ropa con el cebo derretido en el oscilante y pequeño depósito, penetramos uno a uno, caute-

losamente en el socavón. A lo largo de los primeros doscientos metros el piso es plano y las paredes *poteadas* o cubiertas por una sólida bóveda de piedra que contiene las *aisas* o derrumbes de los pedrones conmovidos por la dinamita. Más adentro el trayecto se hace penoso formando bruscas curvas y descensos en los que, a la vacilante luz de las mechas, se descubre agudos bloques y profundas grietas, entre las que se abre y cierra el socavón caprichosamente. Era preciso agazaparse en varios boquetes, apoyándose en las paredes, y examinar cuidadosamente el sitio por el que había pasado el guía anunciando un *pique* (profunda excavación vertical), un charco de agua, o un pedrón sobresaliente que amenazaba descalabrarnos. Después de media hora juzgamos conveniente descansar un momento en un *tambo*, (anchos claros o grutas artificiales que se abren a largas distancias dentro de la mina), para volver a la *cancha;* pues el calor sofocante, la lobreguez, la humedad y la atmósfera cargada de gases, nos causaban una inquietud insoportable. Desde este *tambo* partían en distintas direcciones, varias galerías en las que el metálico son de la comba repercutía al caer sobre el barreno, produciendo extrañas vibraciones en las entrañas del cerro; y en la horrible oscuridad que nos rodeaba, aparecían a momentos lucecillas que cruzaban cortos trechos o que titilaban inciertas a la distancia. A la voz de ¡en marcha! nos levantamos todos y volvimos a colocarnos uno tras de otro, guardando cierto espacio para salir. Por fin apareció la boca del socavón como estrella solitaria en una noche tenebrosa, hasta que aumentando de tamaño a medida que acortábamos la distancia, pudimos salir por ella al gran patio del establecimiento, dejando escapar de nuestros labios un prolongado suspiro de satisfacción.

En el centro de la *cancha* estaba dispuesta la mesa alrededor de la que nos sentamos, después de sacudir el polvo de los metales que cubría nuestra ropa y pasarnos el pañuelo por la cara, riendo unos de otros por el sombrío aspecto de nuestros semblantes ojerosos y tiznados.

Nos servía un obrero alto y fornido, cuya barba y bigote lijeramente overos, contrastaban con su semblante ennegrecido en las minas. Sumiso y respetuoso, permanecía inmóvil a cierta distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su vestido descolorido, o mas bien, pinta-

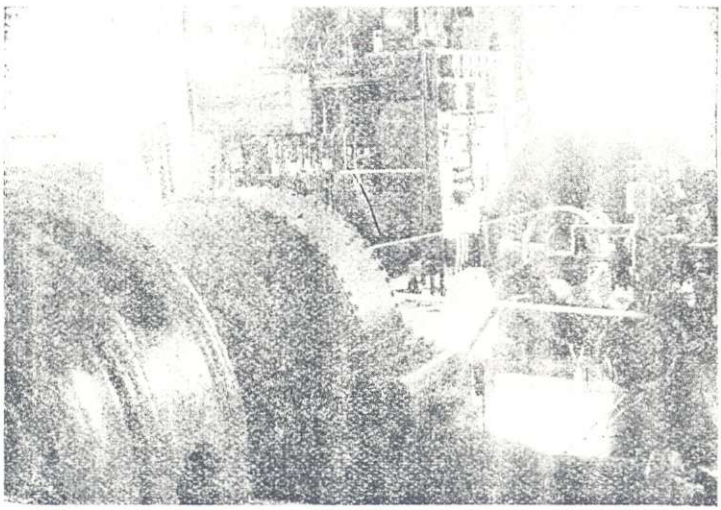


Laboreo rudimentario de barrilla de estaño

rrajeado por el humo y los metales, era de casinete ordinario, formando profundas arrugas en las coyunturas del cuerpo y amoldado a sus formas musculares. El *chulo* (gorra de lana) cubría su cabeza dejando escapar en desorden sobre su frente, algunos mechones de cabello; unas medias gruesas y largas de lana, cubrían sus piernas sobre el pantalón hasta la rodilla, calzando los cómodos

polkos que consisten en un pedazo de cuero fresco de buey, hilbanado en sus extremos por una correa y ceñido sobre el tobillo para que se seque tomando la forma del pie. Agreguémosle el mechero colgado sobre el pecho, la bolsa de cuero en que guarda la coca, el barreno y la comba, y tendremos en él al tipo del trabajador de las minas de Bolivia.

Además de éste, que no es otro que el *barretero*, existe un trabajador de superior gerarquía; es el *pirquinero*, que, teniendo a sus órdenes algunos peones, explota por con-



Instalación eléctrica en un ingenio moderno (Caracoles)

trato los *desmontes* de la mina o las vetas del socavón, para entregar el producto a un precio convenido de antemano. Siguen a los dos primeros: los *chicatos* que son los niños que proveen de útiles y herramientas al trabajador o prestan servicios auxiliares en las máquinas y los hornos de fundición; luego las *palliris*, mujeres que trabajan

en la *cancha* triturando los metales en bruto para seleccionar la parte de ellos que por su riqueza puede ser exportada, teniendo en cuenta los caros fletes de transporte; y finalmente los *chahuiris*, encargados de registrar al trabajador, que al salir de la mina, puede sustraer en el vestido metales de rica ley.

La administración de la mina cuenta con numerosos empleados, siendo su principal sección la *pulpería*, almacén del que se proveen los obreros firmando vales que se vencen el día del ajuste (sábado de cada semana) o a cambio de las fichas que en algunos establecimentos circulan con garantía de la respectiva empresa.

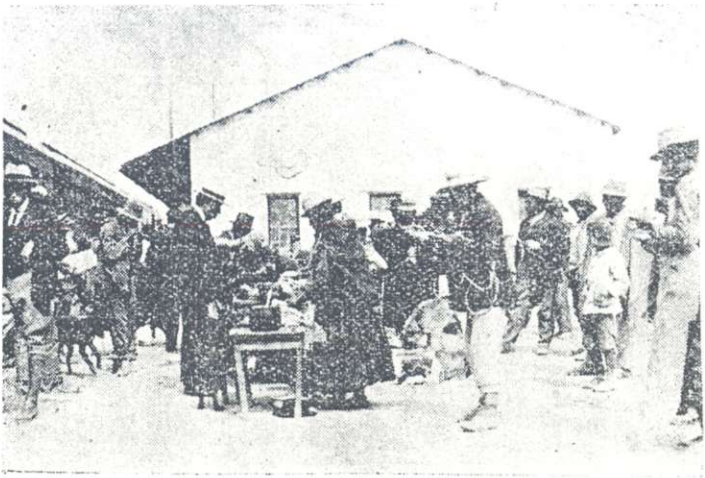
El metal de plata se exporta de Oruro por el ferrocarril de Antofagasta, en *piñas, barras y barrilla*, o en bruto y a granel en carros descubiertos con que cuenta la línea. La distancia de Oruro al puerto boliviano de Antofagasta (actualmente cautivo) es de 922 kilómetros que recorre el tren ordinario en 36 horas.

Poblaciones nuevas como Poopó que se encuentra a los 48 kilómetros de Oruro, Challapata a los 111, y Uyuni, a los 312, se alzan en la desierta pampa de la Altiplanicie correspondiente a los Departamentos de Oruro y Potosí. Desde la Estación de Ascotán que se encuentra a los 561 kilómetros de Oruro y 3.956 metros sobre el nivel del mar, la línea ferrea desciende al Pacífico, pasando por el histórico pueblo de Calama donde murió Abaroa, defendiendo a la patria en la guerra del 79.

Ligada por un ramal que parte de Uyuni, está la población de Pulacayo, próxima a los minerales de Huanchaca, contando con más de 2,000 obreros, casi todos nacionales.

El ferrocarril de Antofagasta es la principal vía de comunicación con el exterior, con que cuenta la Repúbli-

ca (*) Es por esta razón que, apartando un instante la mirada de la dirección opuesta que debe seguir nuestro viaje, hemos querido saludar desde aquí el Pacífico, con la esperanza de llegar por el Amazonas al Atlántico.



Las estaciones de ferrocarril que han reemplazado a las postas entre Oruro y La Paz. (Eucaliptus)

(*) En la actualidad (1927) los varios ferrocarriles que convergen en la zona minera de Bolivia, facilitan la explotación a tal punto, que han elevado su valor el año último a los siguientes guarismos de riqueza comercial: — *estaño*, 30,543 toneladas métricas de metal fino; *cobre*, 19.476; *plomo*, 30.911; *zinc*, 17.561 toneladas métricas de metal en bruto; *antimonio*, 7.409; *bismuto*, 375; *wolfram*, 100; *plata*, 2.846,876, onzas finas; y *oro*, 11 kilógramos. El valor total de origen de estos metales, fué calculado en Bs. 113.131,794. — (£ 8.000,000.— más o menos, consultando un promedio del cambio sobre Londres).

La plata era en otro tiempo el primer factor de producción; hoy lo es el estaño; y, hace algunos años, con motivo de la considerable demanda de wolfram o tungsteno durante la guerra mundial, la explotación de este producto improvisó fortunas cuantiosas en muy breve lapso. Estos hechos, unidos a las referencias de la proverbial riqueza de Potosí y de otras admirables montañas de Bolivia, comprueban la variedad y la abundancia de las reservas naturales que entraña esta parte del mundo, como un prodigio no igualado en zona alguna. Así, cuando baja la cotización de un metal, desalentando a sus explotadores, surge la de otro, como un estímulo inmediato. Y como si no bastara todo esto, viene ya la era del petróleo en los llanos del oriente, mientras la del estaño va ascendiendo hacia su auge en las tierras altas del oeste, donde la fortuna de un solo industrial, (don Simón Patiño) ha podido en pocos años formar ciudades prósperas como Uncía y estimular progresos de todo género en otros centros. Las modernas instalaciones con que cuenta hoy la industria minera en Bolivia, son la última palabra de la mecánica y pueden competir con las mejores de Europa y de los Estados Unidos.

CAPITULO V

Cochabamba. — Las Quebradas. — Los Valles.

Desde Caracollo nos dirigimos al pueblo de Paria, situado a cuatro leguas de Oruro, sobre el camino que conduce de esta ciudad a la de Cochabamba. En él cambiamos bestias y almorzamos tranquilamente, pudiendo notar por el apetito de nuestro compañero su completo restablecimiento, sin que por esto hubiera desaparecido la contracción rugosa de su frente al recuerdo de nuestras impías carcajadas.

El crepúsculo vespertino nos sorprendió a poca distancia de la posta, solitaria de Huaillas, a donde llegamos en las primeras horas de la noche, sin el menor inconveniente.

A las 2 p. m. del siguiente día trasmontábamos la cuesta de Tapacarí, para descender al pueblo del mismo nombre, situado en la quebrada que recibe el suyo de ambos. Desde la cumbre el espectáculo que se presenta es bellísimo, pudiendo dominar desde ella la región de las quebradas y los valles, al mismo tiempo que gran parte de

la Cordillera que habíamos dejado a nuestras espaldas. Nos encontrábamos en el *divortia aquarum* de las quebradas que alimentan algunos afluentes de la hoya amazónica, y los pobres arroyos que desaparecen en la Altiplanicie, sin haber llegado a los océanos.

Bien podríamos asegurar que es allí donde se encuentra uno de los orígenes más lejanos del primer río del mundo; pues las aguas que se desprenden de las montañas próximas, van a desembocar en el Atlántico por el Amazonas, después de 800 leguas de travesía poco más o menos.

Ante tan hermosa perspectiva, y a mi insinuación, echamos pié a tierra, y Baluarte, sin desplegar los labios, tuvo la fineza de invitarnos una copa de aguardiente de uva, que bebimos saludando a la nueva región que debíamos surcar muy en breve.

Trasmontando la cumbre

Desde la cadena, sobre cuyo dorso nos encontrábamos en esos instantes, se desprenden multitud de ramales que, alejándose los unos de los otros y descendiendo poco a poco, iban a rematar en las anchurosas llanuras de Cochabamba, rodeadas por las azuladas cordilleras que forman los grandes contrafuertes de la masa oriental de los Andes. ¡Qué panorama tan complicado presentan esos verdes e irregulares

valles, separados unos de otros por sierras caprichosas que forman una gran red orográfica de irregulares mallas!

Con el brazo extendido hacia el Este, iba indicando a mis dos compañeros los cinco valles que se abren en la parte céntrica del Departamento: — el de Cochabamba, que alberga la ciudad y los pueblos de Quillacollo, Tiquipaya, Sipesipe, Colcapirhua y el Paso; el de Cliza, donde se encuentran el pueblo del mismo nombre, Tarata, Punata, Arani, San Benito, Toco, Tolata y Muela; y los valles de Caraza, Sacaba y Capinota, con sus tres poblaciones de iguales nombres. Luego, señalando los espacios que dejan entre sí las sierras, les indicaba la posición de las quebradas: — la de Tapacarí, más próxima a nosotros, con los pueblos de Tapacarí y Calliri; y la de Arque, con Tacopaya, Arque y Colcha; ambas confluyendo en la profundidad de Parotani, para dirigirse hacia el Río Grande después de cruzar el valle de Capinota.

Antes de volver a montar a caballo para descender a la quebrada, dirigimos nuestros ojos por última vez a la Altiplanicie. Cadenas interminables que se suceden unas tras de otras, abarcan toda la extensión dominada desde la cima de Tapacarí, dejando apenas, perdida a la distancia, una línea horizontal, casi imperceptible y separada del cielo ceniciento y nebuloso por la silueta vaga de las montañas de la Cordillera Occidental. Heladas ráfagas que soplaban desde esas desiertas y solitarias cumbres, doblegaban la paja raquítica de las cañadas próximas, produciendo rumores extraños que convidaban a una melancolía esquiva. Era preciso perder de vista aquella aridez pavorosa, para buscar abrigo entre los cariñosos brazos que extiende la Cordillera hacia el oriente, ciñendo praderas y sembrados.

Después de asegurar la montura, ajustando fuertemente la cincha cerca de los ijares de nuestros caballos, emprendimos el descenso de la cuesta, doblando constantemente los ángulos de las *zetas* que formaba el camino, en su inclinación gradual desde el dorso de las cadenas hasta las quebradas tributarias de los valles.

La cuesta de Tapacarí mide veinte kilómetros. La vegetación, que en las alturas no es otra que la paja amarillenta de las cumbres solitarias, va apareciendo poco a poco, a medida que se desciende, presentándose matorrales aislados, luego grupos de algarrobos, más abajo molles y algunos arbustos leñosos y variados; después el sauce de los valles, gentil y esbelto, dominando las riberas del arroyo y los estanques; el césped apretado y uniforme, cubriendo las grietas de las rocas que baña el rumoroso manantial; el musgo que cubre el risco; la yedra trepadora; y en todas partes el verde esmeralda alfombrando las faldas y bordando el arrugado seno de los montes.

Qué poéticos parajes! El sol allí es más hermoso, apreciado por el calor bienhechor que comunica a la tierra, haciendo brotar de ella colores que cautivan la vista y emanaciones que refrescan y perfuman el ambiente. ¡Ya no el glacial aquilón de las desiertas pampas y la uniforme perspectiva de monótonas sabanas; ahora la brisa vagorosa, perfumada al cernirse en tupidas enramadas y humedecida al rozar la superficie del manantial, el río y la laguna!

¡Cochabamba! ¡Cuántos recuerdos y esperanzas brotan, al par que flores en tus valles, en el árido corazón del peregrino de la Altiplanicie, cuando regresa a tí! Qué bienhechor calor comunicas al ser que poco antes estaba aterido por la nostalgia! ¡Cuán más hermosa te presen-

tas ante los anhelosos ojos de tus hijos ausentes que a tí tornan!

Cuando el sol ocultaba su disco tras de las montañas inmediatas a la quebrada de Tapacarí, entrábamos al pueblo de ese nombre por las estrechas y escuetas callejuelas en las que aparecía alguna vez un vecino asomado a la puerta o a la ventana de su casa, al sentir las pisadas de nuestras cabalgaduras en el irregular empedrado.

Tapacarí, en otro tiempo era una población importantísima y contaba con más de cuatro mil habitantes. Hoy la quebrada de Arque, por la que vá el camino carretero de Oruro a Cochabamba, atrae gran parte del comercio y amenaza arrebatarle el concurso continuo de las arrias que le dan vida aún. (*). Por otra parte los ríos Tapacarí y Huateka, entre los que está situada la población, han arrasado con sus corrientes los barrios principales, obligando a los habitantes a retirarse a los cerros, donde en hileras paralelas, se alzan las nuevas construcciones.

La posta de Tapacarí, como todas las de los valles, difiere de las de la Altiplanicie. El personal que la atiende está compuesto de sencillos campesinos, y el maestro de postas, es una persona medianamente ilustrada, de la cual se recibe, sino un trato exquisito, por lo menos cuanto su buena voluntad puede brindar al cansado viajero. Las paredes de las habitaciones están empapeladas con multitud de periódicos ilustrados y reclamos de boticas, entre los que, dominando el conjunto, se halla siempre el retrato de uno de los candidatos a la Presidencia de la Re-

(*) El ferrocarril ya construído entre Oruro y Cochabamba recorre la quebrada de Arque..

pública, pudiendo ser reemplazado por el de su antagonista, que permanece guardado, en la alacena, en previsión de un cambio político o de las alternativas de la balanza que pesa las probabilidades del éxito.

Venta de chicha en un camino del valle

La alborada del 6 de mayo nos vió salir del pueblo para seguir por la quebrada nuestro rumbo a los valles. El camino vá por el centro del álveo, cortando constantemente las curvas que forma la corriente cristalina en su caprichoso curso, rebotada por las pedregosas orillas. Pequeños planos que se forman en las hondonadas, interrumpen a cortas distancias la contínua sucesión de faldas y contrafuertes que descubre la mirada del viajero. Las casas de hacienda muestran sus paredes blancas y risueñas al través de los árboles, que las rodean en medio de los sembradíos. Varios molinos, situados al pié de los cerros, turban con el rumor de sus aguas espumosas el

silencio de los campos de cultivo. Las ramadas se agitan al vuelo de las torcazas que se alejan a los valles para volver con el crepúsculo vespertino a dormitar en los algarrobos y los molles.

Multitud de chozas de paja, construídas sólo para determinadas épocas del año, pues desaparecen con las crecientes del río, ocupan las laderas del camino, ofreciendo al transeunte sombra y descanso contra las fatigas del sol del medio día y un vaso de chicha para continuar la interrumpida marcha.

La concurrencia de arrias que frecuenta la quebrada es tanta, que a la distancia el camino se halla marcado por negras masas de bestias y gente que avanzan hacia el viajero o lo preceden, envueltas en densas nubes de polvo, en alborotado tropel, y produciendo un confuso vocerío dominado por el cencerro y los silbidos de los arrieros.

Durante las seis primeras horas del día seguimos el curso de la quebrada, apartándonos de ella en Parotani, que está en su confluencia con el río Putina, para dirigirnos por la orilla derecha de este último, hacia el valle de Cochabamba donde tiene su orígen.

El vallecillo de Parotani, está a merced de los embates de ambas corrientes que amenazan arrasar los campos de cultivo y las huertas que lo esmaltan. Cuenta con algunas casas de campo agrupadas caprichosamente, una capilla rústica, la posta muy concurrida siempre y la casa de hacienda con sus grandes trojes y dos paradas de molinos. Es el punto equidistante entre Tapacarí y Cochabamba y de él se desprende el camino carretero a Oruro por la quebrada de Arque que baja con igual dirección, al sud de la primera. Ocupando el centro de los valles de Cochabamba, Caraza y Capinota, atrae, además

del comercio entre Oruro y Cochabamba, numerosa concurrencia de campesinos procedentes de los fundos inmediatos, que transportan en sus borricos a la ciudad y los pueblos, las producciones de sus campos de cultivo.

A dos leguas de Parotani, siguiendo por la angostura de Putina, se abre el valle de Cochabamba al pie de la cordillera del Tunari.

El verde esmeralda de la llanura contrasta con los azulados montes, con el blanco perfil de nieve que corona las cumbres y con las parduzcas colinas que se levantan aisladas en varias direcciones, rasgando con sus lomos pedregosos la alfombra de prados y arboledas que tapiza el dilatado valle. Un tul blanquecino envuelve los sembrados y bosquecillos de la campiña en la que brilla débilmente el agua de los estanques y lagunas o se destacan las blancas paredes de las casitas de campo.

Se animaban mis ojos a medida que sondeaban con mirada fija el escenario de mis primeras impresiones. ¡Oh hermosa niñez! ¿por qué pasas tan breve y dejas nuestra cuna tan llena de recuerdos, tan vacía de ilusiones? Todos, todos los sueños que forjó el niño al correr sin rumbo por el campo, se alejan uno a uno, como aves que parten en la mañana, pero que en la tarde no regresan.....

A las 3 p. m. llegamos a Quillacollo, capital de la provincia de Tapacarí, situado a 11 kilómetros de la ciudad de Cochabamba, con 3,885 habitantes (*) Es una alegre población a pesar del aspecto ruinoso que presentan las nuevas calles recién abiertas para corregir las caprichosas que en otro tiempo cortaban irregularmente las manzanas. Su plaza principal, pues tiene otras destinadas al

(*) Esta cifra, como las que se registran después respecto de otras poblaciones, corresponden al censo de 1900 y han debido aumentar considerablemente en los últimos veintisiete años.

expendio de los diversos productos agrícolas de la provincia (maíz, trigo, patatas, legumbres, etc) cuenta, como todas las de los pueblos del Departamento, a imitación de la capital, con una estrecha avenida de árboles que rodea su parte céntrica, donde se encuentra la fuente pública que murmura alegremente, distinguiéndose entre las voces de los vecinos parlanchines de la villa. Su feria de los días domingos es importantísima dada la con-

Un pueblo de los valles de Cochabamba (Quillacollo)

currencia que acude a ella desde las aldeas y caseríos inmediatos, siendo su principal fuente de riqueza el ganado vacuno y caballar. Sus pobladores son sencillos y cariñosos con el forastero, que, muchas veces, es detenido a la puerta de una casa, por una robusta aldeana que le brinda un vaso de chicha de maíz, invitándolo a descansar un momento.

Baluarte, no se cansaba de alabar al Departamento, mientras despedazaba sobre una gran bandeja de fierro

enlosado, la carne jugosa y humeante que nos sirvieran, junto con el consabido platito de ají molido, destinado a irritar nuestros paladares para estimular la bebida de la chicha, que en el centro de la mesa chispeaba en una gran jarra de cristal.

Las dos leguas que aún nos separaban de la ciudad, las recorrimos en hora y media, llegando a los arrabales cuando el reloj de la catedral daba la de las oraciones, recibida por el sordo murmullo de los trabajadores que se alejaban del centro de la población hacia sus hogares (*)

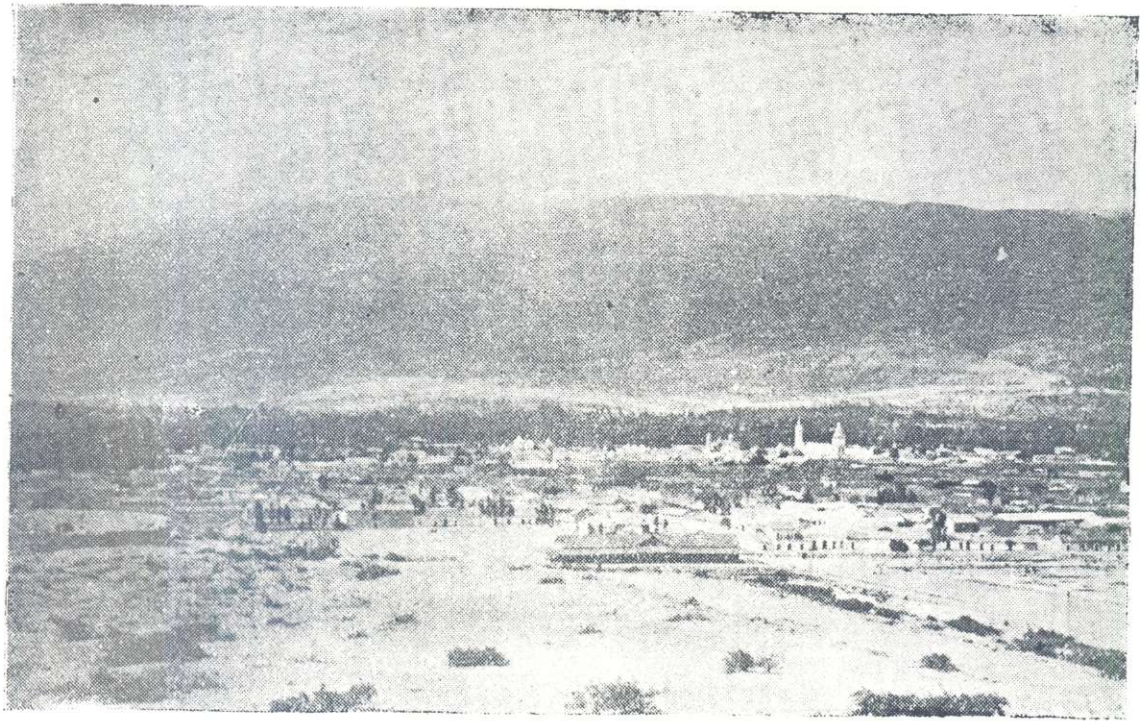
Después de instalar a mis compañeros en el único hotel con que entonces contaba la ciudad, me dirigí rápidamente a mi casa, no sin gran impaciencia, cuando era detenido por los amigos que salían a mi encuentro abrumándome a preguntas.

Al entrar en el patio, el grito de sorpresa de mi hermano menor anunció a mi madre mi llegada. Salió ella y luego mis hermanos; y mi nombre, repetido por todos con tierna alegría, sonó muchas veces mientras me abrazaban, y mirándome desde cierta distancia, tornaban nuevamente para dejar caer sobre mi pecho las hermosas cabezas que guardan el recuerdo más duradero de mi vida.

Pasamos después al comedor y, como en otro tiempo, reunidos todos, disfrutamos de la animada conversación referente a las ocupaciones de cada uno de los mayores, mientras los niños, formando grupo aparte, recordaban la lección del colegio o discutían sobre algún punto de la conferencia del profesor.

Breve fué nuestra alegría. Iba a alejarme tan pronto!

(*) El ferrocarril que hoy comunica las ciudades de Oruro y Cochabamba por la vía de Arque, es uno de los más pintorescos de la República. Traspone la altura de 4,137 metros sobre el nivel de los mares y ofrece a la vista, desde un punto elevado de la vertiente oriental, cinco secciones de su gradual descenso. Los tres días de viaje a mula se han reducido a ocho horas de tren.



Panorama de Cochabamba visto desde la Colina de San Sebastián

CAPITULO VI

Cochabamba.—La ciudad.—Calacala.—El Valle de Cliza.

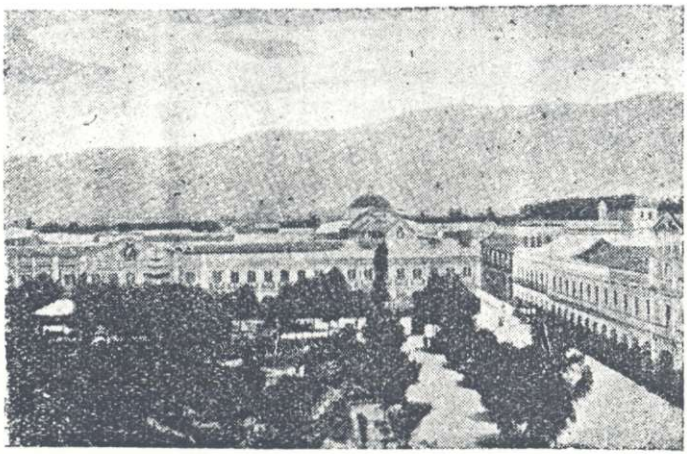
Qué dulce fué mi despertar, al encontrarme rodeada de mi familia, que guardando mi sueño permanecía alrededor de mi lecho.

¿Cómo me fué en La Paz? ¿Porqué había resuelto mi viaje al Acre?.... Preguntas eran que satisfacía con exagerados recuerdos de la una y risueñas esperanzas cifradas en el otro. Mi madre se tranquilizaba a momentos; pero, clavando en mí sus ojos con vehemencia, sonreía con expresión de duda.

Mi mayor deseo era recorrer la ciudad, después de tanto tiempo de ausencia. Los recuerdos de mi niñez reclamaban la visión de los sitios en que pasó mi felicidad hiriendo mi alma al alejarse. Sentía avidez de melancolía removiendo el pasado.

La Plaza del "14 de Septiembre" no había variado mucho. Las hermosas galerías que adornan los edificios uniformes que la rodean, los jardines, la avenida que la circunda y la columna de piedra que se alza veinte me-

tros a su centro, con inscripciones conmemorativas a los héroes de la Independencia, hacen de ella una de las más bellas del Continente. La catedral, cuyo frontis no se halla concluso aún, con su elevado campanario que domina la campiña, y sus tres naves que pueden admitir más de cinco mil feligreses, está situada en la acera meridional, viéndose en la del frente el palacio de gobierno, coronado por el escudo de armas de la república, y la casa



Plaza principal de Cochabamba

del ayuntamiento. Un bonito mirador, que semeja una torre medioeval, domina los edificios de la acera del Este; y la casa del Banco Nacional ocupa el centro de la opuesta. Por lo demás los edificios particulares se alzan uniformes, distinguiéndose la Droguería Boliviana.

Las calles "San Juan de Dios" y "Santo Domingo",

(*) son las más comerciales, por lo mismo que de ellas parten las vías que comunican la ciudad con los caminos importantes, recibiendo gran parte del movimiento las del "Comercio", "Argentina" y "Sucre" a causa de su proximidad a las primeras. Las otras que se extienden rectas, cortando en cuadros perfectos las manzanas, presentan el mismo aspecto siempre, rematando en los prados y huertas de los arrabales, con sus edificios de dos pisos, casi todos de estilo español y su blanco empedrado en el que se destacan la negra silueta de un carruaje y las de algunos transeuntes que rápidamente doblan las esquinas o desaparecen en los almacenes. Hermosas mujeres asoman en la tarde a los balcones, en tanto que los jovenzuelos se pasean y agitan el bastón entre los dedos, haciendo el *pasa-calle*.

Cochabamba, es una ciudad muy española. Sus construcciones, sus costumbres, sus pobladores, sus ideas, todo, todo, sigue lo mismo, a pesar de la frecuente peregrinación de sus hijos por el extranjero. Es la primera universidad del país y la vida intelectual de sus jóvenes es tan notoria, que en las noches no se escucha en calles y plazas otra conversación que la causada por las discusiones de las aulas.

Su sociedad es exigente, sobria y correcta. Las tertulias familiares son sencillas y animadas.

El Teatro "Achá" está ocupado pocas veces al año por compañías de aficionados que existen en la ciudad, o por empresas extranjeras que aparecen de tarde en tarde.

(*) La mayor parte de estos nombres han cambiado; muchos edificios han sido reemplazados por otros; pero la presente descripción tiene el interés del recuerdo, unido a la cabal apreciación del progreso local. Las calles San Juan de Dios, Santo Domingo y Comercio, se llaman hoy "Esteban Arze", Santiváñez" y "Nataniel Aguirre", respectivamente.

"La Compañía de Jesús", templo situado en la esquina noroeste de la Plaza, es de tres naves, hermoso y cómodo.

El Prado, que ocupa el norte de la ciudad, es el paseo predilecto. Numerosa concurrencia de carruajes, bicicletas y caballos, da a ese lugar — tan descuidado por el hombre, pero favorecido por la feracidad del suelo— un aspecto muy atractivo.

La "Pampa de Carreras" o de "San Sebastián", situada al pie de la colina de este nombre brinda el 20 de enero y el 6 de agosto la bella distracción de las corridas de toros. En ella se ve reunida la mayor parte de la población, ya formando la plebe negras oleadas que provocan al toro; ya ocupando la clase media las trincheras de madera armadas en las aceras; ya luciendo la gente rica en los balcones adornados o en los carruajes que ruedan durante los intervalos de la fiesta popular.

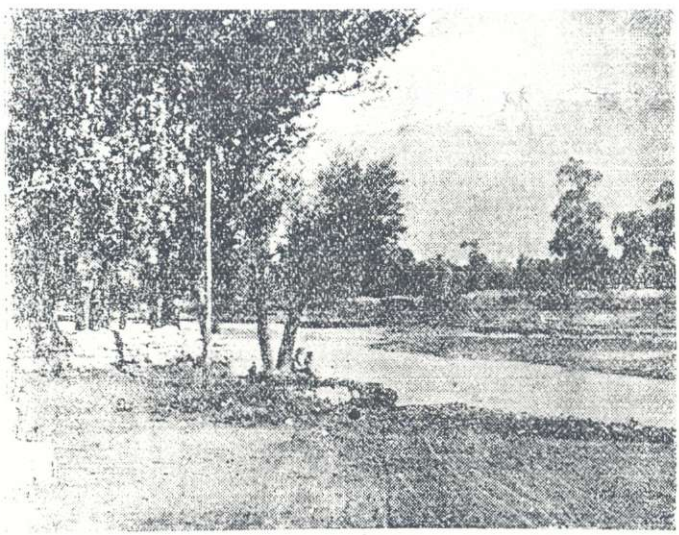
A corta distancia de este sitio, y sobre la Colina, se alza la Plaza de Toros "González Vélez" donde pocas veces actúa alguna cuadrilla de toreros españoles, siempre con mal resultado, a causa de la poca afición que espectáculos de esta clase despiertan en el pueblo. El edificio es hermoso y cómodo, ofreciendo sus ventanas la vista panorámica más bella de la ciudad y toda la campiña. (*)

En el resto del día visité casi todos los edificios fiscales y municipales, ora presenciando un examen en la Universidad de San Simón, ora paseando los colegios y escuelas que guardan tantos recuerdos míos; la biblioteca, la cárcel en construcción, el mercado tan concurri-

(*) La plaza de toros no existe ya. En la parte más alta de la histórica colina de San Sebastián se alza hoy el monumento consagrado a las heroínas del 27 de mayo de 1812.

do y bullicioso siempre, y el Hospital Viedma, extenso y bien atendido, en el arrabal N. E. de la población.

Vagué por los alejados barrios del sud: la "Curtiduría" con sus callejuelas estrechas y tortuosas, "San Antonio" comercial y bullicioso y "Caracota" con sus anchas e incompletas calles, donde se encuentra mayor número de chicherías y tabernas. Luego me dirigí a los del norte que rematan en la campiña, a diferencia de los anterio-



El río Rocha con el Tunari a la distancia

res que se alzan en la parte árida del valle. La "Muyurina", "Solís Rancho" y "Santa Teresa", al par que "Las Cuadras" al Este, cuentan con bonitas huertas y sembradíos cruzados por anchas avenidas y caprichosos senderos.

La población de Cochabamba alcanza a 21,886 habitantes y a 36,222 incluso el Cercado, abarcando la ciu-

dad una extensión superficial de 5 kilómetros cuadrados poco más o menos. (*)

Al norte de ella, a la margen derecha del río Rocha, se encuentra la hermosa campiña de Calacala, Queruqueru, la Recoleta y Sarco, este último en el extremo oeste.

En la estación veraniega, casi todas las familias acomodadas de Cochabamba, se trasladan a la campiña, pa-

Una senda en la campiña

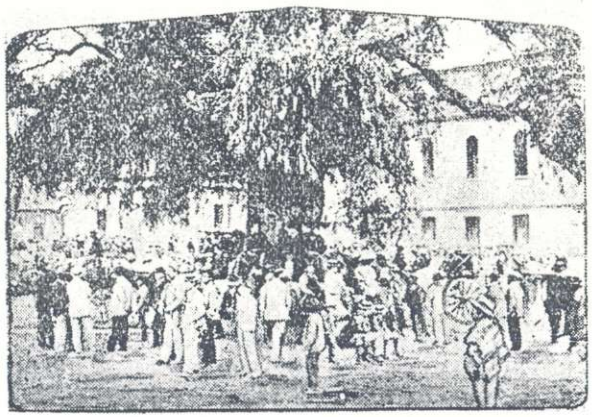
ra pasar en ella una larga temporada, disfrutando de los paseos del campo, las tertulias familiares y los agradables baños. La gente pobre acude a ella sólo en los días do-

(*) Al presente la ciudad debe contar con 45,000 habitantes, y con 60,000 si se incluyen los caseríos de la jurisdicción del Cercado.

mingos, para volver a la ciudad en la noche, formando alegres grupos y cantando al son de las guitarras y charangos, coplas picarescas alusivas a los grupos contrarios.

Las avenidas que cruzan la extensa campiña, en todas direcciones, ostentan en sus laderas, altos sauces y molles, descubriéndose de trecho en trecho, hermosas casaquintas a cuyas puertas y ventanas, cubiertas de enredaderas y jaulas de aves, se asoman las muchachas al caer la tarde, o se detienen en la noche los enamorados, a cantar una trova.

Calacala, a diferencia de los otros lugares, cuenta ya con muchos edificios y una alegre plazuela, habiendo ganado en su aspecto de pueblo, lo que perdiera del de agreste y delicioso paraje. Su concurrencia es, por lo tan-



El árbol de Calacala

to, mayor que la de Queruqueru y la de los otros puntos, y las distracciones con que cuenta, son frecuentes y animadas.

No hay en Cochabamba historia de amor que no re-

cuerde algunos de los tupidos bosques y las floridas sendas de Calacala. ¡De cuántos dorados sueños ha sido confidente el frondoso sauce de la plazuela! ¡Cuántas melancolías juveniles se han adormecido con el rumor de los arroyos que serpean entre los rosales y arrayanes que cercan los jardines!

Más allá, en las cavidades que forman las faldas de la cordillera del Tunari, se muestran las cervecerías de Taquiña y Colón, separadas de la campiña por un campo pedregoso y árido llamado el Temporal. A ellos se dirigen en los días domingos innumerables cabalgatas y carruajes, y las escenas del más sencillo entusiasmo hacen olvidar por un momento la ceremoniosa seriedad de los bailes de la ciudad.

¡Cuán breves me parecen ahora los momentos que pasé en aquellos parajes!

A los pocos días de mi llegada, tuve que trasladarme al Valle de Cliza. Los preparativos de marcha de la Delegación Extraordinaria me permitían aún contar con un breve tiempo.

Un ómnibus, tirado por seis caballos, esperaba a la puerta de la Estación de coches a los pasajeros, que, presurosos, acudían de todas direcciones, llevando sus maletas de viaje y gritando al auriga que no se impaciente, pues el chasquido del látigo indicaba que había llegado el momento preciso. (*)

Desgraciado de mí, que apretado por dos señoras voluminosas, tuve que concretarme solo a mover la cabeza, para ver por las ventanillas del coche, el campo que recorríamos.

(*) Cochabamba y el valle de Cliza se encuentran ligados hoy por un ferrocarril de trocha angosta que pronto será reemplazado por la línea a Santa Cruz.

A cuatro leguas, hacia el sud del valle de Cochabamba y a mayor altura, se abre el extenso valle de Cliza, abarcando más de 1,200 kilómetros cuadrados y poblado por 80,000 habitantes próximamente.

La feria del domingo en Cliza

Uniforme y pobre de arboledas, está cubierto de inmensos maizales que reverdecen en los meses lluviosos del año y doran la llanura en la época de las cosechas (junio, julio y agosto) dándole un aspecto triste y monótono.

Los pueblos, los caseríos, los ranchos cubren a cortos trechos todo el llano, asomando en los pequeños oasis, los blancos campanarios de Tarata, (4,681 habitantes), Cliza, (2,475) Punata, (5,788) Arani, (2,261) San Benito, (1,231) Toco, Tolata y Muela, pueblos alegres y ricos ligados por hermosos caminos carreteros, por los

que circula una población flotante diseminada en la tarde en toda la extensión del Valle. (*)

Poco ha quedado de la raza aborígen de América en los valles de Cochabamba. El *valluno*, aunque rústico y sencillo, tiene, con los caracteres de la raza caucásica, las costumbres españolas. Su traje es el del aldeano peninsular: lleva siempre terciado el poncho, y cruza los caminos detrás de sus borricos, rasgando las cuerdas de su inseparable *charango* Es el más incansable peregrino de la República y de él se cuentan las historias más curiosas, ridiculizando su malicia y desconfianza, en el mal castellano que habla; pues cambia rara vez por la culta lengua de Cervantes el dulce idioma de Manco Cápac, así como le es difícil trocar el *mote*, el *tostado* y la *chicha* que le dan sus maizales, por los más refinados alimentos.

Los pocos días que permanecí recorriendo los pueblos y algunas haciendas, recibí siempre la hospitalidad más amable y desinteresada, departiendo con los aldeanos, los comerciantes y los campesinos, como si nos hubiéramos conocido de muchos años atrás.

Era preciso volver a la ciudad y preocuparse ya del viaje. La Delegación Extraordinaria, reunida toda, se ocupaba de los últimos preparativos.

(*) Una línea férrea los comunica actualmente.

CAPITULO VII

La Delegación Extraordinaria. — Preparativos de marcha. — La partida.

En el capítulo segundo, hemos hecho sólo de paso una referencia a la Delegación Velasco, que organizándose en Cochabamba, iba a dirigirse al oriente y noroeste de la república. Por lo mismo, debemos aquí hacer siquiera mención de las instrucciones que ella recibiera del gobierno para llenar su cometido.

La administración del Departamento del Beni, reclamaba, después de la revolución última, la atención del nuevo gobierno, propendiendo a las mejoras y reformas que su programa político se había propuesto. El estudio de sus necesidades más premiosas, debía ser expuesto en detallado informe, para que ellas fueran atendidas por los medios concurrentes. Llenada esta labor, debía pasar la Delegación al río Acre, para concurrir con su personal civil y militar a la pacificación de esas ricas regiones, y a la implantación del régimen boliviano, desconocido por los sediciosos.

El contrato de arrendamiento del Acre a un sindi-

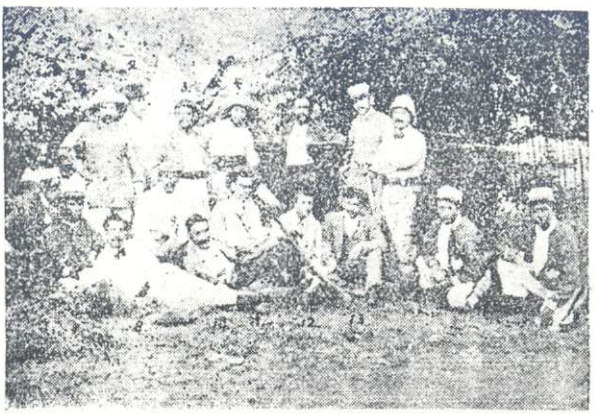
cato brasileño, que había firmado nuestro Ministro en Río Janeiro, don Luis Salinas Vega, (no aprobado aún en detal, en Consejo de Gabinete), fué comunicado al Delegado Extraordinario, con algunas instrucciones del gobierno, para proceder conforme a él, u optar por las medidas que, de acuerdo con la Delegación Muñoz, se juzgara oportunas.

Con este antecedente, vamos a presentar al lector, el personal de la Delegación Extraordinaria, que, reunida toda el mes de mayo de 1900, se preparaba a marchar de Cochabamba al Acre.

Don Lucio Pérez Velasco

El Delegado Extraordinario del Gobierno, primer Vicepresidente de la República, don Lucio Pérez Velasco, contaba a la sazón 45 años de edad, próximamente. Alto y delgado, pero esbelto, revela una constitución fuerte, retemplada por los rudos trabajos con que hizo su fortuna en la región tropical de la república. Su fisonomía, tostada por el sol y la intemperie, demuestra a veces, en la contracción nerviosa de sus músculos, resoluciones rápidas e intempestivas; pero de ordinario es risueña, y una sonrisa bondadosa a la vez que picaresca, revela en él un carácter jovial y amigo de la broma. Sus ojos negros y pequeños, brillan con cierta vivacidad que denota un espíritu observador y práctico. Su frente es alta, su nariz fila y su cabello crespo y negro. Sus labios delgados, se contraen

con viva expresión, debajo de un delgado y oscuro bigote que cae lacio en sus extremos. Su carrera política, harto conocida en el país, y su proceder correcto en los acontecimientos en que actuó, le han labrado una posición notable y venturosa en Bolivia. Viajero incansable, ha recorrido gran parte del antiguo y del nuevo mundo.



DE PIE. — 1. N. B. La Vieja. 2.—V. Aldana. 3.—E. Jordán Sorico. 4.—E. Schulkrafft. 5.—L. Pérez Velasco. 6.—A. García de Valdivia. 7. — I. Aranibar. — SENTADOS. — 8. D. H. Salazar. 9.—R. Moscoso. 10. — M. Arze. 11. — J. Aguirre Achá. 12.— R. Siles. 13.— A. Velasco, fuera de los cuatro soldados.

Enrique Jordán Sorico, Secretario de la Delegación y abogado notable en Cochabamba, es un joven de 30 años, pequeño y delgado. Su cabeza bien formada, lleva el cabello cortado casi al ras. Sus ojos muy grandes expresan más observación que hace de su interlocutor, que manifestación de sus pensamientos; pero en el seno de una amistad íntima, se los vé animados y expresivos siempre. Su frente es espaciosa y surcada por dos ligeras arrugas, que demuestran el batallar contínuo de una carrera debida a los propios esfuerzos. Su nariz roma, su boca grande, sus pómulos prominentes y su barba y labio superior casi lampiños.

El doctor Isaac Araníbar, médico de la Delegación, frisa en los 40 años. Su fisonomía es dulce y serena. Calvo ya, pero ostentando toda la juventud en sus mejillas rosadas. Sus labios son rojos y gruesos, y su dentadura, casi siempre descubierta por una sonrisa, se muestra apretada y uniforme. Sus ojos negros y expresivos. Su nariz ligeramente levantada. Es de estatura mediana, robusto y fuerte. Practicó sus estudios en Lima y Buenos Aires, y la fama que le han creado sus buenas curaciones y conferencias médicas, es indudable en todo el país.

El Ingeniero agrimensor Adalberto García de Valdivia, era un militar español, ilustrado e inteligente. De carácter precipitado y fogoso; amigo de las discusiones y descontentadizo con todo. Sus ojos grandes e inquietos, brillaban siempre entre sus negras cejas y pronunciadas ojeras. Su nariz griega, su boca pequeña, su bigote corto y canoso, y su barba poblada y gris que hacía el hermoso marco de su pálido semblante.

La Inspección de Aduanas y Oficinas fiscales, junto con la Oficina Registradora de Estradas Gomeras, estaban encomendadas a quien este libro escribe, que entonces contaba 23 años de edad.

La Intendencia de Guerra y el Comando de la fuerza militar, a Maximiliano Pérez González, que ya conoce el lector.

El autor de este libro en 1900

Ricardo Moscoso, joven aún, flaco y chiquitín, con una nariz grande y ojos pequeños y brilladores, era el farmacéutico.

El capitán Eduardo Schuhkrafft, Ayudante del Delegado y Auxiliar de la Secretaría, tenía unos 30 años, fuerte por su constitución, alegre, confiado y sencillo, pero quisquilloso.

Néstor Bilbao La Vieja, de igual graduación que el anterior y Auxiliar de la Secretaría, es un militar valiente e instruído que ha servido al país desde muy joven.

Victor Aldana Salvatierra, Auxiliar de la Inspección de Aduanas, joven modesto y recatado, que por primera vez se lanzaba en los azares de una vida del todo diferente a la tranquila que hasta entonces había llevado.

El cuerpo de adscritos, que marchaba en disponibilidad al N. O., se componía de los jóvenes Lizandro Peñarrieta, Rodolfo Siles que a los pocos días fué nombrado Auxiliar de la Inspección de Aduanas, Clodomiro Aguirre, Domingo H. Salazar que pasó como Auxiliar a la Secretaría, Juan C. Achá, Baluarte, Rivero, Zapata, Zamora, Michel, los hermanos Martínez y el doctor Maximiliano Arce, que fué con nosotros sólo hasta Trinidad.

Un piquete de 50 hombres de la columna de guarnición de Cochabamba, completaba el personal de la Delegación, a órdenes de los Tenientes José Manuel González, Julio Arauco Prado y los hermanos Velasco, que voluntariamente manifestaron el deseo de expedicionar al Acre.

No olvidaré a Antonio Velasco, que independientemente acompañaba a su padre, el señor Delegado, ni a Juan P. Aguila, que acreedor a la confianza de éste, se hizo cargo de la administración del *rancho*.

El acopio de víveres para varios meses, estaba completo el 30 de mayo y la dificultad de conseguir arrias, sólo permitía su remisión por pequeñas partidas, que era preciso despachar con anticipación a la marcha del personal.

Antonio Velasco, actual Senador por el Beni

Cada uno de nosotros se afanaba en disponer su equipaje, solicitando informes minuciosos de los pocos individuos que habían cruzado las selvas. Era preciso considerar el calor de las regiones tropicales para escoger las telas más sencillas y ligeras destinadas a vestirnos. Luego el gran sombrero de paja contra los rayos del sol canicular. Las botas largas y ajustadas, que debían preservarnos de la humedad y el lodo de los pantanos. El machete o cuchillo de monte, necesario para abrirse paso entre las enredaderas y ramas que cubren la senda. El catrecito de viaje, para acampar en las playas de los ríos, y la hamaca destinada al interior de la montaña. El indispensable *mosquitero*, de transparente percala, para cubrir herméticamente el lecho, contra los insectos. Una olla, un plato, un cubierto y algunos víveres que pudiéramos necesitar en nuestro penoso viaje.

A cada instante, creíamos completo nuestro equipaje; pero, ya el consejo de un amigo o una previsión escrupulosa, echaban de ver algún artículo más; un medicamento, un utensilio.

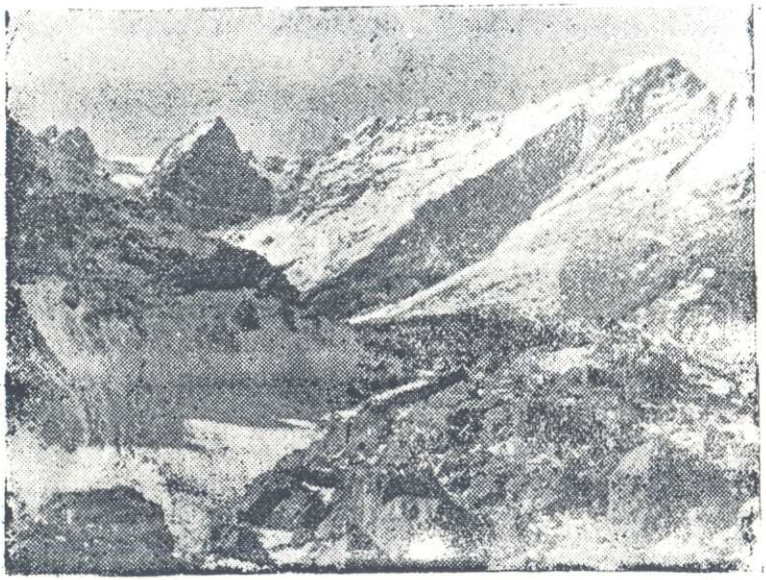
Mis hermanas acomodaban el mío en dos pequeños baules, para volver a desordenarlo, con objeto de dar cabida a algún nuevo artículo que indicaba mi madre recordando mis más caprichosos gustos y necesidades. Que yá los cigarrillos podían ser reemplazados por el chocolate, el té o el azúcar. Que, en vez de esa botella de aguardiente quinado, debiera entrar un anafe con sus útiles. En fin, todo estaba o muy mal dispuesto o demasiado bien. Luego los regalos, las encomiendas, las cartas de recomendación, algunas prescripciones médicas contra las enfermedades, las heridas y las picaduras venenosas.

Por fin, en los últimos días de mayo, partió el ingeniero García de Valdivia a la cabeza del personal de adscritos a refaccionar los malos pasos del camino. Siguió a este pequeño grupo el piquete militar, a órdenes de Pérez González, que prometió esperarme en el Chapare con un banquete *a la beniana;* y al amanecer del día 4 de junio, el Delegado y el personal civil, acompañados de numerosos vecinos, iban a dejar Cochabamba, tal vez para siempre.....

No trataré de pintar el profundo dolor que me esforzaba en ocultar a mi madre desde días antes, procurando constantemente alejarme de ella, para no darle a entender los tristes presentimientos que abrigaba en el alma, mientras mis labios expresaban esperanzas e ilusiones que no tenía.

Llegó el momento. Mis compañeros me esperaban en el patio, mientras yo, más sonriente que de costumbre, abrazaba a mis hermanos menores ofreciéndoles obsequios a mi vuelta. Los ojos de mi madre me contemplaban fijamente al través de sus lágrimas, pretendiendo descifrar en mis manifestaciones la situación de mi ánimo, y por ella, los peligros que preveía. Abracé a todos, sin decir

una palabra, y me dirigí hacia el mulo que me esperaba, para saltar sobre él, nervioso e impaciente, y salir a la calle seguido por los amigos que me acompañaban. Un grito ahogado, en el que pude percibir mi nombre, me estremeció a la salida, y dos gotas de llanto que cayeron de mis ojos, humedecieron mis manos que oprimían fuertemente la brida a la altura de mi pecho.



Parte de la Cordillera de Cochabamba, vista desde un aeroplano

CAPITULO VIII

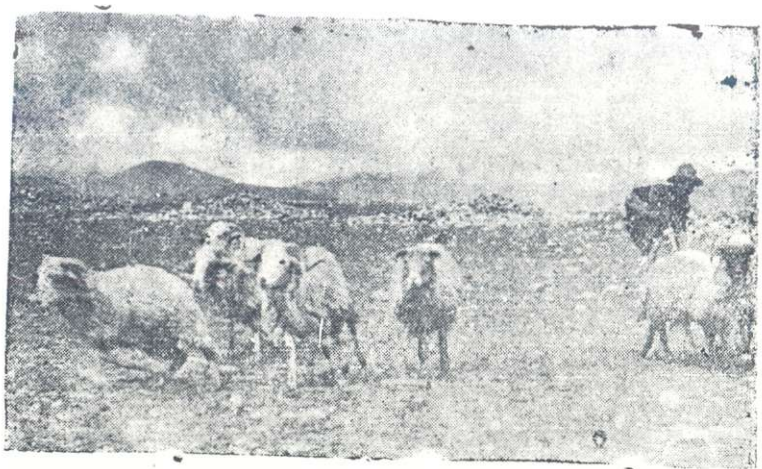
La Montaña.

A dos kilómetros de la ciudad se abre la angostura por la que pasa al río de Sacaba que recibe en el valle de Cochabamba el nombre de Rocha. Desde allí se presentaba a nuestra vista el nuevo llano, menos grande y poblado que los de Cliza y Cochabamba y separado de éstos por la cadena del Tuti y las colinas del Abra y San Pedro.

El pueblo de Sacaba, en el que almorzamos ese día, se encuentra en el centro del valle de ese nombre, a dos leguas de la capital del Departamento, siendo la de la Provincia del Chapare, con una población de 3,462 habitantes. Es importante por su relativa proximidad a las vegas y, por lo mismo, el mercado principal de los productos tropicales de esa región.

Desde él nos dirigimos hacia el Este, para ascender, después de tres leguas de travesía, a la meseta o *puna* de Colomi, a 3.320 mts. sobre el nivel del mar, en el nebuloso dorso de la Cordillera de Cochabamba, como inmenso contrafuerte avanzado hácia los *yungas* y llanos de la re-

gión selvática de Bolivia. En ella pasamos la noche hospedados amablemente en el fundo de Cuchicancha que dista una legua del centro urbano de Colomi.



Una escena en la meseta

Al amanecer del siguiente día, 5 de junio, salimos con entusiasta impaciencia de la casa de hacienda, en dirección al paso de San Benito (3,800 metros) para contemplar desde él, por primera vez muchos de nosotros, el sublime panorama que presenta la *montaña!*

Densas nieblas, aglomeradas caprichosamente, cubrían a nuestros pies la región de los bosques, en tanto que un cielo azul y trasparente cobijaba tranquilo el blanquecino y confuso océano que ocultaba la nueva comarca a nuestra vista. Algunas nubes diáfanas, desprendidas por el viento de las cumbres, cruzaban como espectros el espacio, para confundirse luego en el seno de la niebla o quedar desgarradas en las abruptas prominencias de la cordillera.

Silenciosos y meditabundos, empezamos a descender uno a uno, penetrando en el nublado que pronto nos envolvió a todos, permitiéndonos ver sólo un pequeño espacio del camino pedregoso y desierto.

A medida que descendíamos, la niebla se presentaba menos densa, y algunos matorrales próximos, aparecían mostrando en sus ramas espinosas, pequeños y blancos vellones de una nube desgarrada.

Cerca de una hora seguimos así la marcha, al calmado paso de nuestras cabalgaduras, que, buscando sitios firmes en los accidentes del camino, avanzaban con violentos resoplidos, sacudiendo la brida suelta que descuidaba la mano del jinete. La silueta del compañero que marchaba por delante, se presentaba vaga en las bruscas curvas de la senda, para desaparecer pronto, envuelta por la neblina.. Algunas voces confusas indicaban la presencia de los que venían atrás.

Pronto la niebla se recogió sobre las alturas de los flancos, dejando descubierta la quebrada que iba presentándose matizada por grupos de arbustos y yerbas de diversas especies. Un arroyuelo pobre, formado en las alturas que dejáramos a nuestras espaldas, saltaba entre las piedras de la profunda grieta, y el trino de algún ave que se remontara hasta allí nos anunciaba la proximidad de la selva que permanecía cubierta aún en las profundidades.

El camino se hacía más tortuoso a medida que descendíamos y las filtraciones del cerro formaban en él pequeños pantanos profundizados por el constante tránsito de recuas. Arboles leñosos, inclinaban sus anchas ramas sobre nuestras cabezas, amenazando rasgarnos el vestido con sus espinas. Aumentaban las yerbas en densidad y tamaño, apareciendo en las concavida-

des del cerro, hermosos manchones de musgo, matizados por pequeñas florecitas blancas y encarnadas, y algunas enredaderas balanceaban suavemente sobre las rocas angulosas y humedecidas por el rocío de la mañana.

La exclamación entusiasta del compañero que marchaba por delante, hizo que todos nosotros apurásemos a nuestras cabalgaduras hasta llegar a él, que, desde un ángulo que formaba el camino al doblar una estribación, nos señalaba con el brazo extendido la sublime región de los bosques.

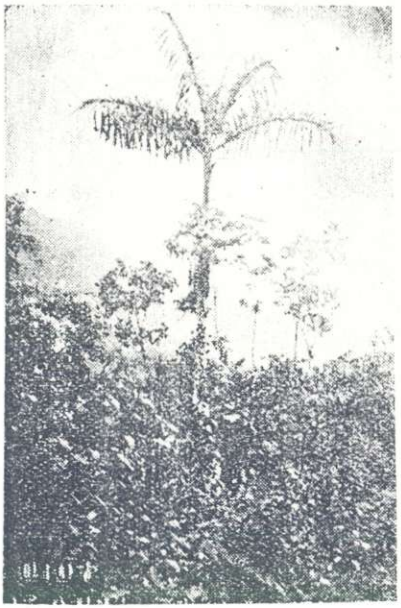
Contrafuertes interminables [illegible] de la cordillera hacia los llanos que se pierden en el horizonte nebuloso y confundido con el cielo, cuyos nubarrones cenicientos proyectan sus gigantescas sombras, imprimiendo diversos tonos al interminable verdor que cubre todo el cuadro. Serranías y cadenas, encapotadas por densos bosques, descienden caracoleando entre las sombrías grietas y quebradas que la vegetación exuberante oculta en ondulaciones suaves o bruscas interrupciones, ostentando en las cumbres la palmera gentil que sacude sus anchas hojas al ti-

Un torrente en la montaña

bio soplo de las vegas y domina las oscilantes frondas, como el mástil el oleaje de los mares.

¡Qué tranquilo se mostraba el cielo tropical! Aquel mismo que se cubre de lobreguez aterradora, surcado por el rayo en todas direcciones, imponiendo con el trueno silencio a las fieras de la selva y amedrentando a la tímida avecilla que se estremece en las ramas. Aquel que baña con tempestuosas lluvias la montaña, desprendiendo de ella los arroyos, las cascadas, los torrentes, las quebradas, que resonando en las cavidades pedregosas, van a formar en la lejana llanura, los majestuosos ríos, ahora hilachas de plata que brillan a la distancia, heridas por los rayos ardientes del sol del medio día.

¡Qué solemne admiración se apoderó de nuestros ánimos, ante el espléndido panorama que presentaba la región por la que empezábamos a viajar sin poder calcular el tiempo que tardaríamos, penetrando en sus ignotos senos, para llegar, después de una campaña cruenta a sus lejanos límites en el Océano Atlántico! ¡De cuántas fatigas nuestras debían ser testigos las ramas inclinadas, a cuya sombra debíamos constantemente recordar las afecciones sa-



Una palma real

gradas que dejábamos a nuestras espaldas! ¡Cuántos peligros!, ¡cuántas emociones no previstas, nos esperaban en el largo camino que serpea entre los seculares troncos y tupidos cortinajes del bosque!

Por fin podíamos contemplar siquiera desde lejos aquel misterioso Oriente de la patria, del que tantas penalidades cuentan, describiendo sus atractivos desconocidos en la cordillera y los valles.

¡Quién no ha oído ponderarlo alguna pez! ¡Quién no ha deseado cruzarlo, para conocer sus encantos y experimentar sus rigores!

He aquí cómo pinta un hijo del Oriente boliviano el prodigio de esa región:

"Por la atmósfera revolotean, recreando la vista con sus vivos y transparentes colores metálicos, millares de mariposas diversas, la *Uraña* entre ellas, de terciopelo negro y rojo, recamado con manchas azules; y, por la noche, contrastan con las estrellas del firmamento las luces fosfóricas de innumerables *Lampiros o Tapiosis (Lampiris noctiluca,)* y de *Elatéridos* o *Curucusís (Elater pyrophorus)* que surcan el espacio en todas direcciones.

"En su inmenso territorio, ora se descubren, en horizontes dilatados, pintorescas perspectivas de risueñas praderas, siempre llenas de frescura y lozanía, donde pastan innumerables ganados, ya mansos, ya salvajes, entre estos el *Ciervo grande (Servus paludosus,* Desmarets.) los *Venados* o *gamás,* la *Corzuela* o *Guazu (servus capreolus,)* el *Ciervo rojo* o *Urina (rufus),* como también *Guanacos (Camelus guanacus, L.).* En los campos, anidan varias *Perdices (Tinamus,)* y deposita sus enormes huevos el *Avestruz o Piyu (Struthio Rhea),* y serpentean la terrible *Cascabel (Crotalus horridus,)* la *Gran Boa o Sucuri (Boa constrictor,)* la *Murina o Boyé* y o-

tras muchas serpientes que son perseguidas por el zancudo *Serpentario o Socori* (*Gypogeranus*, Illiger,) a las cuales rendían adoración los *Trabasicosis* y otros aborígenes, según sucedía también entre los Egipcios y Griegos, quienes las miraban como emblemas del alma del mundo; a cuyo respecto, cabe mencionar la *Amfisbena blanca o Cutuchi* (Tiflops,) serpiente doble andadora que vive bajo la superficie del suelo y era venerada, con el nombre de *Ibriaram o Señor de la tierra*, por los primitivos indígenas del Brasil.

"Allí mismo, presurosos se meten bajo de tierra el roedor *Oculto o Cuguchi* (*Ctenomys brasiliensis*, Blaime), los *Tatús* o *Armadillos* (Dasypus), entre ellos el forzudo *Pejichi o Dasipo gigante*, que suministran sabrosa carne, excepto el *Peji o Dasipo rojo* que es hediondo y se alimenta de cadáveres de animales. Ahí también establecen sus inmensas poblaciones subterráneas la *Hormiga cargadora o Sepe* (*Formica processionaria*) y la *Hormiga cazadora* o *Subahuma*, tan avidamente buscadas por el *Oso hormiguero* (*Myrmecophaga jubata*); o construye la *Termites* o *Turiro* (*Termes fatale*) sus sólidos hormigueros cónicos, en cuyas paredes aguza sus cuernos el *Toro* bravío.

"Ora se mira el suelo cubierto de espesísimas selvas, donde ostentan su tallo pujante árboles seculares, como el colosal *Baobab o Mapojo macho*, monumentos gigantescos de este suelo privilegiado que encierran en sus troncos o sostienen pendientes de sus ramas, abundantes y riquísimos panales de miel fabricados por las *Abejas* (*Apis mellifica*), o por las Avispas cartoneras (Vespa) o Petos y Chuturubis; y en cuyos follajes, nunca marchitados por el invierno, construye el *Hornero* o *Tiluchi* (*Furnarius rufus*) su ingenioso nido de tierra, en forma de hor-

no; o busca, perezosamente su alimento el humilde *Perico Ligero* (*Bradypus tridactylus*, L); o retozan la inquieta y graciosa *Ardilla* o *Masi* y el *Mono* juguetón, desde el pequeñito *Mistiti* (*Jasechus vulgaris*), hasta el corpulento *Marimono* (*Atele belzebuth*) y el chillón *Caraya o Manechi* (*Aluate stentor*); encaramándose en las ramas pájaros cantores, como el *Cardenal*, el *Jilguero*, el *Tordo*, el *Matico*, y el *Polígloto* o *Tojo*, que llenan el aire con sus deliciosas melodías; o aves engalanadas de vistoso y brillante plumaje, como el *Turpial* de pecho carmesí o *Hijo del sol*, el *Pico* o *Carpintero*, el *Tucán* de enorme pico rojo, el *Picaflor* o *Pájaro Mosca*, el *Guacamayo* o *Paraba* y el *Papagayo* o *Loro* hablador; y otros, en fin, que, como el misterioso *Nequí*, exhalan, durante la noche ayes tristísimos; o que, como el solitario *Caprimulgo mayor o Guajojó* (*Urutaú* de los guaranís), interrumpe en la soledad de los bosques, su imponente silencio, con clamorosos gritos y en tonos variados de alto abajo, imitando la voz humana.

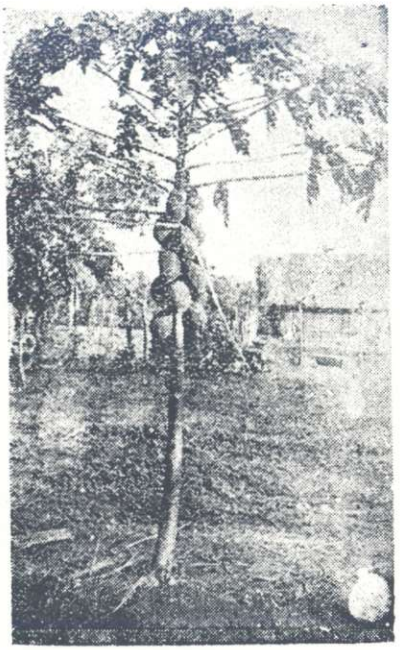
Alcides D. d'Orbigny, a quien se debe el estudio más importante de la zoología, la botánica y la geología de Bolivia

"Bajo las silenciosas sombras de los bosques, cruzan infinitos animales selváticos, ya carniceros, como el hercúleo *Oso negro o Jucumari*, el *Zorro* (*Canis vulpes*, L.)

el *Mofeta* o *Zorrillo* (*Viverra mephitis*, L.), el *Lobo de América* o *Borochi* (*Canis rufus*, L.), el *León americano, Puma* o *Cuguar* (*Felis discolor*, L.), el *Gato tigre* o *Yaguarandi* (*Felis brasiliensis*, Cuvier), el *Gato montés* (*Felis tigrina*, L.), y el *Tigre manchado* o *Jaguar* (*Felis Jaguar*, Cuvier) que, con sus espantosos rugidos, atruena la soledad, en la cual airoso, al par que imponente se enseñorea; ya también paquidermos, como el *Tapir, Anta* o *Gran Bestia* (*Tapirus americanus*, L.), e innumerables manadas de puercos del monte, como el *Jabalí* (Sus Tajassú, L.) y el *Pécari de collar* o *Taitetú* (Dicotiles torcuatus), igualmente que muchos roedores de sabrosa carne, como el *Tapití*, especie de liebre (Lepus brasiliensis), el *Cobaya* o *Apérea*, el *Jochi* o *Aguti* (Cavia Agouti, L.), el *Cui* o *Puerco Espín* (Hystris spinosa) que eriza y arroja sus pelos, a manera de dardos agudos.

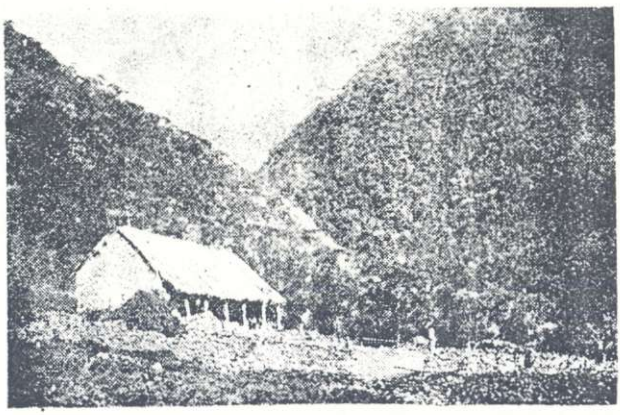
"Semejantes bosques y praderas, donde el hombre apenas ha posado su planta, permanecen vírgenes en su mayor parte, sino acaso desconocidos todavía, esperando la mano del inteligente industrial, para brindarle, hospitalarios y generosos la inagotable riqueza de sus multiplicadas producciones; ya le convidan, fuera de un número indefinido de frutales silvestres y de cereales cultivados, como el Arroz y el Maíz, sazonados y sabrosos frutos, entre ellos el gratísimo *Nefelión* u *Ocoró* de Buenavista, la dulce *Naranja*, la deliciosa *Piña* o *Ananas*, la jugosa *Sandía*, el exquisito *Café*, el nutritivo *Cacao*, el suculento *Plátano o Banano* (Musa), el cual, según los cristianos de Oriente, fué la fruta fatal que sedujo a nuestros primeros padres; ora tubérculos alimenticios, como la *Patata* o *Papa* (Solanum tuberosus), la *Batata* o *Camote* (Convolvulus batatas), la *Mandioca* o *Yuca* (Jatropha manihot); ora finas y sólidas maderas para ebanis-

tería y construcciones, como la *Caoba* o *Mara*, el *Cedrelo* o *Cedro* (Cedrela odorata), el *Nogal*, el *Ocrosia* o *Amarillo*, el *Jacarandá*, el *Moradillo* o *Amaranto* (Hymenea Floribunda), el *Sándalo*, el *Astrono* o *Cuchi*, el *Lapacho* o *Tajibo* y tantos otros; ora le presentan innumerables cortezas u hojas, tintóreas unas, como la *Rubia* o *Chapi*, el *Añil* o *Platanillo*, la *Cutárea* o *Jotavió*: olorosas otras, como el *Canelón* y la *Vainilla*; medicinales muchas como la *Quina*, la *Simaruba* o *Chiriguana*; ora le ofrecen gomas o resinas abundantes, como la *Arábiga* que destila la *Acacia Astringente* o *Curupaú*; la *Sangre de drago* suministrada por el *Dragonero* (Ptecorarpus draco), el *Caucho* o *goma clástica* que se obtiene del Peloto, de la Sifonea y de la *Garcinia* o *Guatoró*, junto con su regalada *mangaba*; la *Iciga* (Icica), el *Bálsamo del Perú* o *Quinaquina*, el *Estoraque oficial* y *el Lacre* (Hipericon); ya jugos medicinales, como el *Acíbar* que dá el *Aloe Zocotrino* o *Zábila*; o nutritivos, como el *zacarino de la caña dulce*, y la *leche de vaca* en que abunda el *Brosimon* o *Mururecito*; o venenosos, como los del *Glutiero Salicifolia* o *Leche-leche*, y



El árbol de la papaya (carcia papaya, bixaceas)

del *Hura Ruidosa* u *Ochohó* de sombra deletérea; ya aceites oficinales, como el *Bálsamo de María*, el de *Copaiba*, el de *Pezoé* (Pterocarpus hemiptera), el de *Ricino* o *Macororó*, el de *Cusi* (Orbignia Phalerata), usado para el crecimiento de los cabellos; ya sustancias algodonosas para finos tejidos como el *Algodón* blanco y el anteado, el *Eriodendron* o *Mapajo;* o filamentos foliáceos y corticales, como el *Carludovica* o *Paja de sombreros*, el *Agave* o *Maguey*, el *Pachirieré o Perotá*, el *Artocarpo Americano* o *Mururé*, especie de árbol del Pan. En suma ¿qué producciones vegetales, útiles o preciosas de las zonas tórrida y templadas, no se encuentran en esta *Tierra de promisión* perfumada con el exquisito aroma de tantas flores matizadas que embellecen tan rico vergel en perpétua primavera?" (*)



Una "pascana" en la bajada a Yungas

La narración detallada de nuestro viaje por las selvas, nos permitirá ocuparnos de cuanto llevamos trascri-

(*) Rafael Peña. — Introdución de "Flora Cruceña".

to con objeto de presentar al lector la montaña, en su aspecto general por ahora.

Después de algunos momentos, en que permanecimos absortos, ante el grandioso cuadro que la naturaleza ostentaba ante nuestros ojos, proseguimos el descenso, que cada vez se hacía más brusco y penoso, tanto porque el camino se presentaba excesivamente angosto y quebrado entre las rocas graníticas y el horrible precipicio ante el que cerrábamos los ojos poseídos del vértigo, como porque la vegetación, más tupida siempre, cubría la senda que transitábamos apartando con los brazos las ramas y enredaderas que azotaban nuestros rostros, poniéndonos en serio peligro de caer de las cabalgaduras, al esquivarnos constantemente.

A medio día salvamos el paso de *Supay-huarcuna* ("sitio donde se cuelga al Diablo") pues es un brusco recodo del camino, estrecho y abierto a pique al doblar un flanco vertical del cerro. Solo el confuso rumor del torrente, que se retuerce en las profundidades, puede indicar al viajero la inmensidad de ese abismo incógnito, que se abre a sus pies cubierto por la vegetación impenetrable.

Por fin, a horas 6 de la tarde, llegamos a la propiedad de Inca Corral, para descansar de las fatigas del día, ya en el seno de los bosques.

CAPITULO IX.

Por los Yungas

La mañana del día 6, fresca, radiante y perfumada, llenó nuestros espíritus, amargados por la ausencia, de inefable alegría y aliento. Todos nosotros habíamos dejado el lecho, despertados por el trino de aves extrañas, rumores de follaje y frescura de brisas que se cernían por las paredes ligeras de las habitaciones de *Inca-Corral*.

Alistamos nuestras bestias en tanto que los arrieros acababan de cargar las que conducían el equipaje y los víveres para adelantarse. El propietario del lugar se ofreció a acompañarnos hasta las proximidades, e iba enterándonos de las producciones de su fundo, confiado en hacer de él, en breve tiempo, un establecimiento de explotación de maderas muy productivo. Contaba hasta entonces con una máquina aserradora de motor hidráulico; pero se lamentaba de la escasez de brazos y de la falta de caminos en terreno tan escabroso, para poder trasladar hasta la casa las valiosas maderas que los bosques encierran.

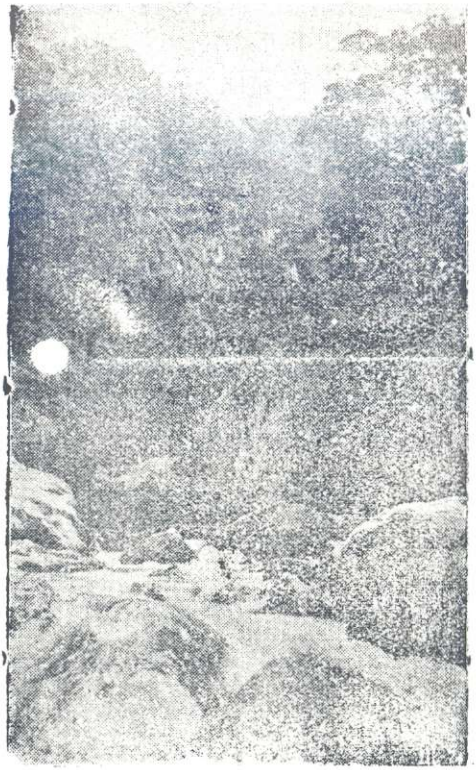
Yungas, un platanal

Después de una hora de viaje, llegamos a un sitio, desde el cual el camino descendía formando violentas zetas, hacia el torrente cuyos rumores escucháramos día antes al bajar de la cumbre de San Benito, desde la que baja, alimentado constantemente por arroyuelos y cascadas que de los flancos de la quebrada fluyen a él.

La mala suerte nuestra, hizo que, en paraje tan peligroso, encontráramos una numerosa recua que salía de los Yungas (vegas desde 300 a 2,000 metros sobre el nivel del mar) y que nos obligó a apearnos, buscando un pequeño hueco entre las rocas, para darle paso por el angosto sendero. El Ayudante del Delegado, menos afortunado que nosotros, apartóse de la senda al lado opuesto, y empujada su cabalgadura por una de las que venían, fué precipitada, rompiendo con estruendo en su caída los troncos y ramas del bosque, hasta la misma senda que, a veinte metros más abajo, seguía buscando su gradual declive. El ginete pudo quedar en salvo asido de un tronco, mientras el pobre mulo fué a dormir el sueño eterno a los pies de los viajeros, que, habiéndose adelantado, corrieron el peligro de morir víctimas de un *mulazo*, según la expresión del ranchero.

Salvado tan penoso descenso, llegamos a la quebrada, que en este punto ofrece uno de los espectáculos más hermosos. Es *Inca-Chaca*, como su nombre quechua lo dice, un puente natural de rocas graníticas que cubre la garganta profunda en la que el caudaloso torrente, oprimido, espumoso y pulverizado se retuerce con interminable y salvaje grito, estremeciendo la cavidad negrusca que las frondas del bosque ocultan al viajero, ignorante muchas veces de la causa de semejante estruendo.

En el puente descansamos un momento, para gozar de la vista del abismo, apartando el follaje que lo oculta, mientras el mulo perdido era reemplazado por otro que llevábamos de reserva. Las bromas que hacíamos al Ayudante, menudearon mucho tiempo, a tal punto que a petición de mis alegres compañeros, dejé sobre una roca el siguiente epitafio:



Una quebrada

"Aquí yace — ¡oh caminante
que desciendes a *Inca-Chaca!*—
la mula de un Ayudante,
que por *empacona* y flaca,
no pasó más adelante,"

A medio día llegamos al *Locotal*, reducido caserío, desde donde, después de un corto descanso y un frugal

desayuno consistente en conservas, galletas y pan endurecido que aún quedaban en las alforjas, nos dirigimos a una casucha aislada, denominada *el Chaco*, en la que pasamos la noche.

Durante los tres días siguientes, cruzamos la región poblada de los *Yungas*, por un terreno onduloso, trasmontando a cada instante colinas y cerros que se alzan en los flancos de la quebrada, menos altas a medida que, siguiendo el curso de ella con ligeros desvíos, descendíamos a los lejanos llanos que viéramos desde la altura de San Benito, extenderse en líneas horizontales de vago y confuso verdor.

Los Yungas del Espíritu Santo, al par que los de la Victoria, al N. O., y los de Vandiola, al S., no tan explotados como los del Departamento de La Paz, que cuentan con población relativamente numerosa, producen la coca, el café, la caña de azúcar, el cacao, la yuca o mandioca, la naranja, el plátano y otros frutos, que, consumidos sólo en el Departamento de Cochabamba a causa de los difíciles medios de trasporte, se reducen a una pequeña escala, limitando el trabajo a cierto número de brazos.

De trecho en trecho encontrábamos casuchas pobres, construídas para determinado tiempo, de troncos y cañas-huecas que, clavadas en hilera, forman las paredes. Largas hojas de palmera las preservan de las torrenciales lluvias de la montaña, dándoles un aspecto triste, amarillento, en los senos verdinegros de la selva, o en medio de las plantaciones ordenadas de los *chacos* (claros de bosque). Algunos semblantes pálidos asomaban a las puertas a nuestro insistente reclamo, mirándonos con indiferente fijeza, cuando deseábamos comprar las frutas sazonadas en la propiedad. Contristaban nuestro es-

píritu aquellas víctimas del paludismo, para las que parece que la vida se reduce a ver salir y ponerse el sol en la montaña! Algunas dosis de *quinina*, son el mejor obse-

Una habitación en las vegas

quio que puede hacer el que cruza esos lugares, obteniendo en cambio un asilo, más que ofrecido, abandonado por el dueño a su huésped.

Cierta aprensión consiguiente a semejante espectáculo, nos obligaba a menudo a solicitar del doctor Aranibar, medicamentos que nos inmunizaran de las horribles fiebres que asolan la región, sintiendo a veces dolores de cabeza y laxitud en las extremidades, causados por el estado psíquico únicamente. Las burlas y carcajadas del compañero, fueron desde entonces la mejor medicina contra el malestar del ánimo.

Los malos pasos del camino, eran otro motivo de risa y comentarios que se hacían, al ver caer alguno en

los fangos del bosque, o apearse otro, ante un estrecho desfiladero, en vista del abismo.

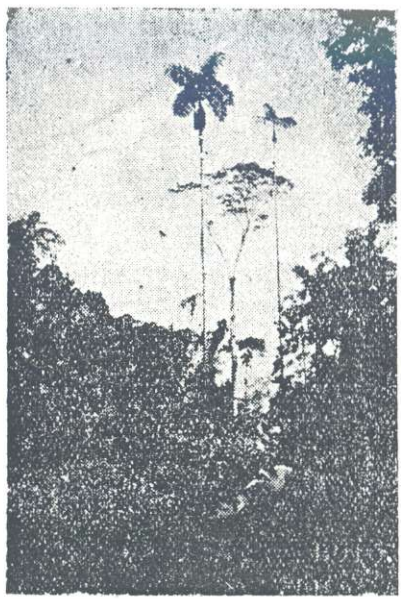
Es inútil que tratemos de pintar el tortuoso y quebrado sendero, por el que viajamos en esa región. A cada instante se presenta un nuevo peligro, que sólo puede salvarlo el instinto de conservación de las bestias adiestradas en ese tránsito frecuente. El piso está agujereado a distancias iguales, obedeciendo a las pisadas del mulo que se afirma en ellas produciendo un chapaleo monótono, uniforme, en los hoyos fangosos que descubren las raíces de los árboles inmediatos. Bástenos sólo citar algunos pasos, para dar una idea de la penosa travesía: — *Tanccanita*, nombre quechua, que significa el lugar donde es preciso empujar a la bestia para ayudarla a salvar una pendiente violenta; *Lhustanita*, sitio en el que es inevitable resbalar, hasta detenerse al borde de un precipicio, para tomar el puente; el *Quemado*, punto rocoso que es indispensable pasar con cuatro saltos violentos de la bestia; y *Sal si puedes*, un estrecho sendero que, orillando el río a la altura de 10 a 12 metros, en medio kilómetro de trayecto, amenaza precipitar al viajero con los derrumbes del terreno deleznable.

No fué extraño en nuestro viaje, presenciar la caída de algunos mulos de carga, que, detenidos por corpulentos árboles antes de llegar al río, eran recojidos después de esfuerzos fatigosos y prolongadas demoras.

Por todos estos inconvenientes las jornadas que hacíamos eran cortas (5 a 8 leguas) con el largo descanso del medio día, destinado al ligero almuerzo, dispuesto por nosotros mismos, en el rústico fogón de dos pequeños troncos clavados en el suelo y sobre cuyas bifurcaciones atravesábamos un delgado palo del que pendía la ollita de barro, con la consabida *lagua* de harina de trigo

y charque. Una vez listo el almuerzo, los viajeros rodeaban al ranchero de turno, llevando cada uno su plato y su cuchara para retirarse al pié de un árbol, a saborear en silencio tan frugal bocado.

El día 10, después de una noche toledana pasada en *Cristal-mayo*, a causa de la estrechez del claro de bosque en el que acampamos la tarde del día anterior, dejamos la parte poblada de los Yungas, para internarnos por la selva desierta y cada vez más fangosa, hasta el río de *San Antonio*, a cuya margen izquierda llegamos al anochecer, rendidos de fatiga.



Palmeras gigantescas (Asaí)

Las inmensas playas del río, nos ofrecían cómodos sitios para armar los catrecitos de madera y el mosquitero pendiente de dos palos clavados en la arena, a la cabecera y los piés del ligero lecho. Los mosquitos (*maringuines* o *cínifes*) que hasta entonces no se nos presentaron en gran número, aparecieron a nuestra llegada formando transparentes y sombrías nubes, que giraban en torno nuestro, produciendo un ruído fastidioso y monótono al posarse en nosotros. Desesperados por sus picaduras, lanzábamos sobre ellos maldiciones horribles, agitando las manos a la altura de la cara. Era imposible co-

mer! La cama era el único asilo contra ataque tan sanguinario y cruel. La olla quedó abandonada en medio del campamento, rodeada por los platos que algunos de mis compañeros arrojaron con despecho a la arena. Pronto las exclamaciones se hicieron más frecuentes e iracundas: — los inexpertos que se habían acostado precipitadamente, fueron acometidos en su propio asilo. Desde mi

Un campamento

lecho yo percibía en silencio, ruído de sábanas que se agitaban violentamente y crujido de catres que amenazaban destrozarse con los bruscos movimientos del desgraciado expedicionario, que vociferaba o suplicaba siempre en vano! Alguna carcajada impía provocaba una amenaza o una maldición; pero ¿quién podría asegurar que no es lo ridículo de la desgracia ajena, la causa más frecuente de nuestra risa?

El arriero que llegó a poco tiempo, solicitó el fusil de uno de mis compañeros y disparó un tiro, seña convenida para anunciar a los salvajes de la región, la presencia de viajeros que necesitaban pasar a la otra banda en sus canoas, o guiados por ellos a bestia, si lo permitía el caudal del río.

La detonación, repercutida largo tiempo, turbó el silencio de la selva, y a los cinco minutos, un rumor de hojas secas y ramajes doblados nos indicó la presencia del *yuracaré*, que avanzó con desembarazo hacia nosotros.

Al través de mi mosquitero de percala transparente, ví destacarse junto a la hoguera la figura del salvaje, que expresaba a los arrieros la posibilidad de pasar los

Yuracarés que prestan el servicio de guías y vadeadores

vados del río a lomo de bestia, comprometiéndose a guiarlos en la mañana del siguiente día. Llevaba por único traje el *tipoy*, túnica suelta y pesada fabricada de fibrosas cortezas de árbol, que cubría su pecho y espaldas, de-

jando desnudos sus brazos y piernas, movidos constantemente para evitar las picaduras de los insectos. Su expresión castellana se reducía a un determinado número de nombres y participios de verbo, que le eran menester para pedir *tabaco* y *quinina*, o informar respecto del estado del río.

Sin inconveniente alguno, pasamos el día 11 los dos brazos del río San Antonio, cuyas ondas cristalinas nos permitían ver el álveo pedregoso y uniforme en esa parte. Una vez en la banda opuesta, despedimos al *yuracaré*, que ignorante del valor de las monedas, seguía pidiéndolas a todos, para que nuestra largueza juzgase del servicio prestado. Volvió a cruzar el río rápidamente y se internó en la selva, agitando la mano en señal de despedida.

El Puerto de Santa Rosa del Chapare, no estaba lejos ya. A medio día llegamos a él, reuniéndonos con los compañeros, que desde días antes preparaban la prosecución del viaje por los ríos del oriente y el norte.

Al cerrar el presente capítulo, creo necesario advertir al lector que no debe extrañar la falta de una referencia al temible jaguar, al puma peligroso, al tapir fugitivo y torpe, al caimán, a la boa y a las culebras que tanto abundan en las selvas amazónicas y que sólo desde lejos o en circunstancias de poca inquietud pudimos observar. El número de la expedición y su ruidoso tránsito, los ahuyentó siempre de nosotros.

Un gran remanso del Chapare

CAPITULO X

De Santa Rosa del Chapare a Trinidad

Santa Rosa — puerto situado a la margen derecha del río *San Mateo*, formado por los de *San Antonio* y *Yungas* y a 4 kilómetros de su confluencia con el *Coni*, de donde empieza el *Chapare* — se encuentra a los 420 metros sobre el nivel del mar, contando con algunas casas diseminadas en un campo cuya extensión no alcanza a dos kilómetros cuadrados. Una pequeña plazoleta, de la que parten algunas sendas, hacia las habitaciones próximas, es el almacén común, de las mercaderías y productos de intercambio procedentes de Cochabamba y Trinidad.

Con nuestra llegada, el personal de la Delegación estaba completo. El Piquete, declarado "en campaña" y uniformado con traje de lona blanco, gorra del mismo material y color, y bota amarilla de suela adelgazada, se ejercitaba diariamente en el manejo de las nuevas armas (carabinas "Manlincher" modelo antiguo), turbando con el toque argentino de sus cornetas el silencio del tranquilo caserío, acostumbrado sólo a escuchar el redoble monótono del tamborín que le anunciaba el arribo de u-

na embarcación procedente de Trinidad, o el cencerro de las recuas que descendían de la cordillera azulada y apenas perceptible desde allí.

Cabañas yuracarés

Baluarte, con su nuevo uniforme, había asumido una actitud grave, siendo el más temido y respetado por los soldados, que se estremecían al oir su voz estentórea, revolviendo la cara hacia los sitios en los que la repercución vibraba todavía.

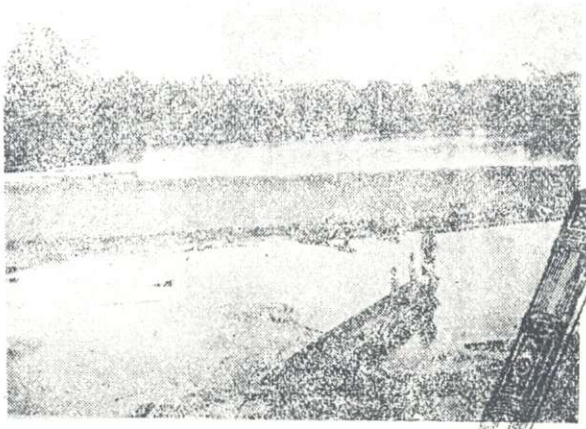
Pérez González, el mismo conmigo y con otros compañeros, había adquirido un carácter despótico a la cabeza de su Piquete, convencido de que el soldado, león para el enemigo, debía ser un cordero para el jefe.

Preciso fué permanecer en el Puerto hasta el día 15, esperando a los *yuracarés* (*) que, prevenidos ya por

(*) "Esta voz que es quechua, está mal escrita y pronunciada: debe decirse *Yurac-cari* (hombre blanco)

"Los yuracarés se juzgan corresponder a los de la raza caucásica a quienes llaman *paricutes*, y algunos tienen pretensiones de superioridad: dicen que los yuracares son los unicos nomores, siendo los demas *piojos de nomores, o nomores-piojos.* No

el contratista Santiago Mentith, debían acudir desde sus lejanos retiros a prestar su servicio a la Delegación con sus canoas. Así fué que a las 4 de la tarde, el Piquete emprendió el viaje por tierra hasta la confluencia del *Coni* con el *San Mateo*, pues impedía la navegación el poco caudal de agua de este último, en aquella época; y al amanecer del siguiente día, el personal civil llegaba a di-



Una piragua yuracaré

BIBLIO MUNICI COCHABAMBA

cha confluencia, empezando de inmediato la distribución de carga en las pequeñas embarcaciones que, en número de siete, balanceaban entrechocando, amarradas a la orilla del *Chapare*. La poca capacidad de las canoas, hi-

---

carece de disculpa esta orgullosa vanidad; son ellos de bellas proporciones, muy bien conformados y poseen un entendimiento activo y perspicaz y despejado. Díganlo los misioneros, a quienes han dado, tratándose de la verdad de nuestra religión, contestaciones y objetado argumentos tales que no los inventan peores, ni más sutiles, nuestros impíos ilustrados.

"¿No será esta raza, a lo menos de parte de varones, originalmente europea, arrastrada por algún accidente a las hermosas y amenas vegas que hoy habita, donde se hubiese barbarizado con el aislamiento, y que de esta circunstancia se derive la presunción de superioridad?" (*Dalence*. — "*Estadística de Bolivia*").

zo que, para trasladar parte del resto de provisiones, se dispusiese de un *batelón* particular que casualmente debía partir el mismo día.

La *piragua* de los *yuracarés*, más grande y pesada que las que se usan en los otros ríos del Departamento del Beni, mide de diez a doce metros de largo por uno y medio de ancho, toscamente labrada de un solo tronco, y cavada a fuego. Generalmente, cinco salvajes la tripulan, sentados sobre palos que se atraviesan de babor a estribor, permaneciendo el piloto de pié sobre la pequeña plataforma en que remata la popa. Puede admitir hasta 200 @ de carga (23 qq. mtrs.)

El *batelón*, que es la embarcación más usada en el Oriente, con cuádruple capacidad que la anterior, mide

Canoas cavadas a fuego esperando el embarque de pasajeros

siete a ocho metros de proa a popa, por dos y medio de ancho y uno de profundidad generalmente. Está construído de tablas superpuestas gradualmente sobre un

tronco cavado y abierto por sólidos refuerzos, que constituye la quilla. Del gran timón o *leme*, arranca el mango de madera formando un ángulo optuso al alcance del piloto que va de pie sobre la popa, fuera del camarote, pues éste ocupa la tercera parte trasera y su techo se compone de varas arqueadas y cubiertas por hojas de palma (*palla*), con un piso de tablas, al nivel de los bordes de la embarcación, dejando descubierto el resto, donde a merced del sol y la intemperie, se colocan los doce remeros.

Calafatear las embarcaciones, acomodar los bultos cuidando de equilibrar el peso, distribuír todo el personal entre ellas, y dividir el número de los *yuracarés* para componer las tripulaciones, eligiendo a los mas diestros para pilotos, fué labor de todo el día y la mañana del siguiente, embarcándonos, por fin, a horas 12, en medio del general bullicio, al toque de las cornetas y los disparos de revólver que, en señal de despedida, dirigíamos a la confusa línea formada en el Oeste por las lejanas montañas, tras de las cuales dejábamos el hogar querido!..... (*)

Se alzaron los remos para hender a la vez la superficie argentada del *Chapare*. Las pequeñas embarcaciones, como gaviotas juguetonas se deslizaron una a una, dejando la playa arenosa, sembrada de los palos clavados que nos sirvieron para armar los toldos de campaña y

(*) A pocos kilómetros de Santa Rosa, aguas abajo y en la orilla izquierda del Chapare, existe hoy a cargo de un regimiento de zapadores, la colonia militar que, con el nombre de Todos Santos, fué fundada en octubre de 1929, con el propósito de estimular la población de esas zonas y de favorecer el comercio interdepartamental de Cochabamba y el Beni. Este centro urbano cuenta actualmente con 500 habitantes. Varios de los primeros colonos son ya propietarios del suelo que han cultivado. Un camino de automóviles a Cochabamba, con 180 km. de extensión, se encuentra en actual trabajo, partiendo de los dos extremos. Desgraciadamente, parece que el sitio elegido no es suficientemente alto para tenerlo a salvo de las inundaciones en años excepcionales.

los mosquiteros; y los fogones rústicos de los que, como recuerdo efímero nuestro, se elevaba la gasa blanquecina de las espirales de humo.

Los árboles de las márgenes, enhiestos y silenciosos, nos veían pasar ante ellos, con las primeras inquietudes de la navegación de los ríos, que desgarrando las selvas, van dócilmente a devolver a los mares las aguas que se evaporan y se elevan a los cielos para bañar la tierra.

Pérez González y yo, ocupábamos una canoa, acompañados de seis soldados y el corneta de órdenes del Piquete, fuera de la tripulación compuesta de cuatro remeros y el piloto que permanecía imperturbable a popa, con un *tipoy* pintarrajeado de rojo y amarillo, y teniendo en las manos firmemente, a guiza de timón, un gran remo afianzado a uno u otro costado, según lo precisase la dirección de la canoa en las bruscas curvas que describe el río.

Escalonadas, y una a una, seguían a la nuestra, las otras embarcaciones, ocupando el último lugar, el pesado batelón, en el que venían Araníbar, Jordán, Valdivia y algunos jóvenes del personal de adscritos.

La jornada de ese día, fué rica de emociones que se experimenta cuando se navega por primera vez en uno de los ríos del Oriente, contemplando la selva cortada caprichosamente por el río y ostentando al acaso en las márgenes, la variada vegetación que atesora. ¡Cuántas palmeras se alzaban dominando la irregular línea de árboles diversos que inclinan sus trémulas ramas a merced de la corriente; y cuántos helechos (*acrogenias vasculares*) de diversos géneros (*polypodium, adianthum, pteris, etc.*), mecían sus ramas horizontales, en la parte rocosa de la orilla! Nuestra conversación se redujo sólo a comentar los sitios de la selva que ofrecían a nuestros ojos algún conjunto raro, presentando ya los tupi

dos cortinajes de las trepadoras que balanceaban en las seculares ramas; ya las interminables galerías agrestes, de troncos de árboles corpulentos; ya un pequeño claro que las frondas y malezas abrían para dar paso al arroyo, tributario tranquilo y humilde del río que serpeaba majestuoso y argentado.

La tarde del 18, la corneta, desde la embarcación ocupada por el Delegado, dió la orden de ¡alto! y ante una humilde casucha, situada a la margen derecha y denominada *Sietecopeno*, fueron atracando, una a una, todas las canoas, para pasar la noche, mientras algunos de los tripulantes *yuracarés*, se dirigían a las habitaciones que se encuentran en el interior del bosque con objeto de proveerse de algunos víveres o de estrechar la mano de sus allegados.

Tipo de mujer salvaje

Trascribir mi diario, que lo tengo a la vista estropeado por el constante manejo y los torrenciales aguaceros de la montaña, sería cansar la atención de los lectores, (si algunos tiene este libro, escrito sin otra pretensión que la de marcar en él un recuerdo... un recuerdo sólo.....)

Separadas del pesado batelón y de la canoa del De-

legado, llegaron nuestras embarcaciones el día 19 a *Asunta-lago*, propiedad del contratista Santiago Mentith, quien, después de brindarnos su pequeña habitación, dispuso algunos víveres para esperar al resto del personal. Un fuerte aguacero despertó a los que, sin poder guarecerse en la morada, ocuparon la playa del río y algunos parajes del bosque. El desorden que causó semejante suceso, duró hasta la madrugada del día siguiente, en la que llegó el Delegado, anunciándonos que, como nosotros, ignoraba la suerte del batelón; pero, incorporado éste en la tarde después de dos días de ausencia, narráronnos los compañeros que en él venían, los sufrimientos causados por el hambre, y por los constantes tropiezos de la embarcación, que amenazaba naufragar, chocando constantemente en las palizadas del río.

Batelón prisionero en una palizada

El día 21 salimos muy temprano, navegando, como en los días pasados, en sucesiva hilera y sofocados por el sol tropical que nos convidaba al sueño. El crepúsculo

vespertino nos sorprendió en la confluencia del Chapare con el *Chimoré* de donde empieza el *Mamorecillo* (15.° 45' Lt. S.), acampando en la inmensa playa intermedia que forman.

La incierta claridad de la alborada del día 22 no había disipado aún las sombras y la niebla, cuando los remos que impulsaban nuestras toscas canoas, sonaban ya contra los bordes de ellas, acompasadamente, haciéndonos descubrir en el reducido circuito dominado por nuestra mirada soñolienta, grupos de árboles y riberas abruptas que se presentaban para sumirse en la vaguedad, desapareciendo luego.

Asomó por fin el sol. Los expedicionarios, que descubrían en las próximas embarcaciones a los compañeros, entablaron animada conversación, gastando bromas referentes al peligro de la navegación o a los incidentes de la noche pasada. El trino de los pájaros animaba con extraña vida la silenciosa selva, y algunas parabas o papagayos de cola larga (*psittacus*) cruzaban el aire, lanzando alegres notas que semejaban carcajadas o algarabía de gente trasnochada. El caimán (*aligator*, Cuvier) se despertaba de su sueño, para sumergirse luego, azotando con la cola las mansas ondas de la orilla; y el *bufeo* (*) (*delfinus, o inuia boliviensis* según D'Orbigny) juguetón y esquivo, asomaba a la superficie, arrojando chorros de agua por el conducto de su espiráculo, para zambullirse luego, apareciendo a largas distancias con volteretas uniformes.

Habíamos navegado cinco millas próximamente, desde la confluencia de los dos ríos que forman el *Ma-*

(*) Mamífero cetáceo de la hoya amazónica:— es de cuerpo pisciforme, cabeza combada, hocico estrecho y largo, armado de dientes grandes y corvos, pellejo liso, careciendo de miembros posteriores, reemplazados solo por la cola.

morcecillo, cuando un grito salvaje, seguido por exclamaciones de satisfacción indescriptible de los tripulantes *yuracarés*, causó en nosotros una impresión extraña. Todas las embarcaciones viraron de pronto hacia un punto determinado del río, y los aborígenes que nos conducían dejaron los remos y empuñaron sus grandes flechas, afianzando las saetas o dardos en el tenso cordel. Temible habría sido su actitud, si la nobleza que caracteriza a su raza y la superioridad numérica nuestra, no nos hubiesen inspirado confianza ciega. Poseídos todos nosotros de la curiosidad más viva, dejamos a los *yuracarés* sin objetar su acción, dispuestos a presenciar algún incidente raro. Pronto nos detuvimos en un recodo del río, en el que las ondas tranquilas casi siempre en su curso, se presentaban ahora agitadas violentamente, produciendo salpicaduras copiosas y desordenado movimiento que sacudía las canoas a capricho. Dispararónse muchas flechas; cruzaron las embarcaciones en direcciones opuestas, y aparecieron en la superficie tranquilizada del río, hermosos peces en cuyas escamas plateadas se reflejaban los rayos del sol con extraños cambiantes de luz.

Salvaje armado de sus flechas

La pesca del bagre, la corbina, el dorado, el sábalo, la boga etc., es tan abundante en esos ríos, que, huyendo todos estos seres de algún peligro que les amenaza o encontrándose con bancos semejantes, turban la tran-

quilidad del río, revolviendo sus ondas en desordenada marejada.

Una pesca abundante

Al toque de ¡izquierda y alto! atracaron las embarcaciones a horas 10 del día, frente a la desembocadura del *Guapay, Río Grande* o *Sara*, situada a los 15.° 20' de Lt. S. y 66.° 15' de Lg. O. de París. El caudal de este río, en esa estación, es poco más o menos el mismo que el del *Mamorecillo;* pero, dada la extensión que recorre, en su inmensa vuelta alrededor del departamento de Cochabamba y recibiendo el contingente de la región que surcan sus afluentes en los de Potosí, Chuquisaca y Santa Cruz, es mayor en la estación de lluvias.

Ya navegando desde allí en el *Mamoré,* que mide 16 pies de profundidad, término medio, seguimos el viaje después de almorzar, dejando atrás al pesado batelón, que, a causa de su mucho calado, no podía deslizarse, como nuestras canoas, rápidamente.

Al anochecer, acampamos en una extensa playa, si-

tuada al frente de la barraca de un señor Bejarano, esperando con impaciencia durante las dos primeras horas de la noche, al batelón que se retardara hasta entonces. Una luz débil, que apareció a la distancia, nos anunció que aquella embarcación se encontraba próxima; pero, a los pocos minutos, dos detonaciones de revólver, nos indicaban el peligro de naufragio que corría al alejarse del *chaco* en el que se había detenido. Un confuso bullicio en el que se distinguía la voz de auxilio! alarmó a nues-

La caza de la garza

tro campamento, acudiendo muchos individuos a las canoas, para descargarlas rápidamente y dirigirse en ellas al lugar del siniestro. La embarcación había tropezado en la bifurcación de un tronco que asomaba a flor de agua, y, balanceando en ella largo tiempo, a impulsos de la corriente, amenazaba inclinarse violentamente para sepultar a todos. La distancia que nos separaba era considerable, para acudir oportunamente en su socorro; pero el acaso salvó al batelón, que resbalando poco a po-

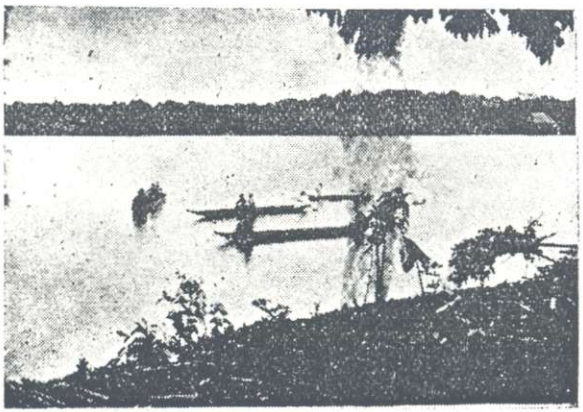
co, en las oscilaciones que le imprimiera la corriente, pudo seguir su marcha recibiendo una considerable carga de agua, sobre la de pasajeros y mercaderías que conducía.

Torno-largo, caserío importante por su posición intermedia entre Trinidad, los puertos de Santa Rosa y Cuatro Ojos (Santa Cruz) y algunos pueblos de la Provincia de Mojos, está situado a la margen derecha del *Mamoré*, a poca distancia del lugar del peligro que llevamos narrado. A él arribamos en la tarde, para detenernos al día siguiente 24, agasajados por sus pobladores y completando el contingente de víveres, preciso para llegar a Trinidad. Sus gentes sencillas, procedentes del Departamento de Santa Cruz, hacen allí una vida patriarcal y tranquila, conservando las costumbres de aquella hermosa tierra, a las que destinamos algunas páginas más adelante.

A las 5 de la tarde del día 24, estrechamos la mano de los hospitalarios amigos de Torno-largo, para acampar con la tropa y parte del Personal Civil, en un *chaco* abandonado, situado a dos millas de distancia, cerca de *Limoquige*, que se encuentra más próximo, sobre la orilla izquierda del río, y donde fué alojado el Delegado con algunos empleados para reunirse con nosotros al amanecer del 25, y seguir el viaje sin novedad durante el día; pero sorprendidos por la noche, y habiéndose desviado dos embarcaciones, siguiendo el curso de un canal o brazo del río, tuvimos que desembarcar en una playa desigual y húmeda, disputándonos el campo para caber todos en ella.

Aun era de noche cuando dejamos ese lugar, para hacer la jornada siguiente, hasta la propiedad de *San Antonio*, donde acampamos, presas de una inquietud violenta al pie de un árbol que amenazaba caer sobre noso-

tros al más ligero soplo de viento. A medio día habíamos pasado por la boca del *Sécure*, río navegable hasta los contrafuertes de la Cordillera, y que se origina en la sierra de Mosetenes, con el nombre de *Moleto* y luego *Icho*, y recibe en su curso las aguas del *Ilibolo*, *Samusete*, *Janiuta*, *Suniuta* y *Chapiriri*, por la derecha, y las del *San José* por la izquierda. El *Sécure*, está llamado a ser una de las vías más importantes de comunicación del Departamento de Cochabamba. Actualmente está habitado por algunas tribus formadas por los indios de Trinidad, sublevados el año 1887 a órdenes de Santos Noco, jefe único al que obedecen con fanatismo.

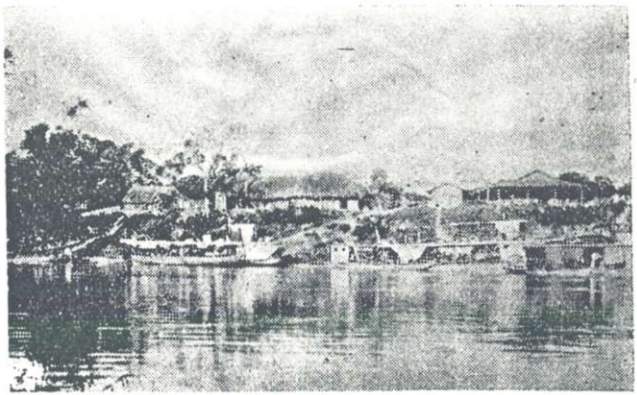


En la boca del Sécure

Al toque de *diana*, dejamos nuestros lechos, para doblar los catrecitos de campaña y acomodarlos en las respectivas canoas, prosiguiendo la navegación, que iba siendo muy cansada e incómoda. La presencia de la lancha a vapor "Guapay", que avanzaba hacia nosotros revolviendo con su rueda las turbias aguas del río y coronada por el negro penacho de humo que iba a perderse

en los senos del bosque de la orilla, nos llenó de entusiasmo. Era la primera vez que veíamos desde la partida una embarcación de ese género. La enseña tricolor flameaba batida por la brisa del *Mamoré*, resaltando sus vivos colores en el fondo oscuro de las selvas. Un ¡hurra! nuestro saludo a la "Guapay" que pasó rápida, para perderse luego en la vuelta próxima del río. A las dos horas llegamos al *Recreo*, propiedad del señor Nemesio Monasterios, quien nos esperaba con una res, amarrada dos días antes (*) y algunas botellas de cerveza que bebimos con avidez. El resto del día, fué destinado al lavado de la ropa del Piquete, que se encontraba sucia, a causa del prolongado viaje.

El 28, a horas 3 p. m. llegamos a la boca del río *Ibare*, siguiendo su curso hasta acampar a las 6, en una



El Trapiche o Puerto Ballivián

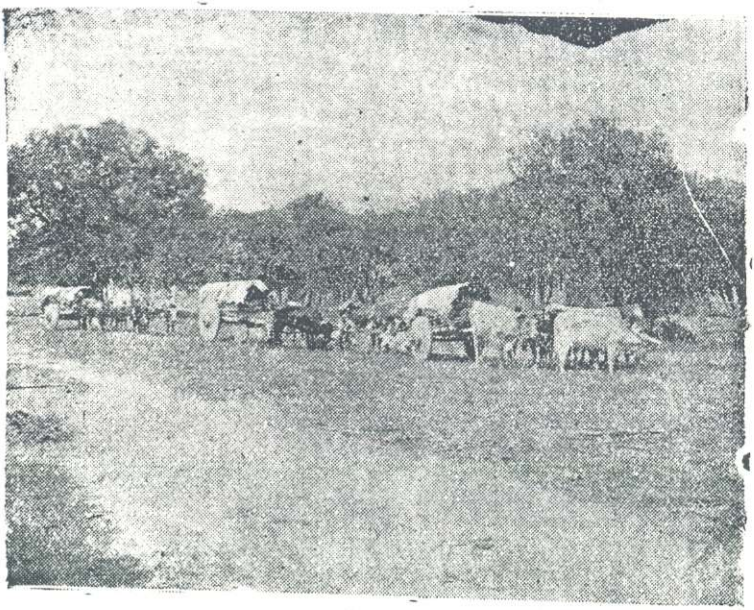
pequeña playa, donde nos fué imposible dormir, por la estrechez y los fangos del sitio, arribando al día siguien-

(*) En el Oriente y Noroeste existe la costumbre de hacer ayunar a las reses, desde dos días antes, para que la carne pierda el mal sabor que le dá la alimentación de algunas yerbas del bosque.

te al Trapiche (hoy Puerto Ballivián), a la hora de almuerzo, no sin haber dejado parte del personal muy atrás

El Trapiche es un caserío pobre, situado a la margen derecha del *Ibare* a dos leguas de Trinidad, sin otra importancia, a más de su posición en el río, que la de tener la aduanilla en él establecida, desde que la aduana fué trasladada a Villa Bella.

Casi todos los vecinos de la capital, que pudieron conseguir una cabalgadura, salieron a nuestro encuentro, para anunciarnos que la población esperaba con impaciencia a la Delegación Extraordinaria.



Vehículos usados en Mojos

Después de algunas horas de descanso, durante las cuales nuestros buenos amigos habían podido disponer

caballos o carretas arrastradas por bueyes para trasladarnos, nos dirigimos con numeroso acompañamiento a la ciudad, salvando las dos leguas que nos separaban de ella, en hora y media. El Piquete que se dirigió a pie, llegó rendido de fatiga y cubierto de lodo a las inmediaciones donde lo esperábamos para hacer la "entrada oficial" a petición de los vecinos; pero desgraciadamente la noche cubrió de sombras las pampas de Mojos y la ciudad desapareció en la oscuridad antes de que pudiéramos verla.

Muchos faroles aparecieron a alumbrarnos el camino, y las luces de Bengala, los fuegos pirotécnicos los cohetes, etc., dieron un aspecto fantástico a la ciudad, contribuyendo a la iluminación los insectos fosforescentes que cruzaban la atmósfera en todas direcciones. Tantas luces me alucinaron al fin, y confieso que en ese momento creí entrar en una bella e inmensa capital. . .

Los 25 días de viaje entre Cochabamba y Trinidad (desde el 4 al 29 de junio) pueden reducirse hoy a *dos horas y media*, gracias al servicio de aeroplanos que se ha establecido últimamente entre ambas capitales.

CAPITULO XI

Trinidad y sus gentes. — Los llanos de Mojos.

Una gran retreta, luego un baile, luego el bullicio de toda la noche, exagerados, tal vez, por mi imaginación durante el sueño, habían causado en mí el vehemente deseo de conocer la población al rayar el alba. Procuré al levantarme disimular los desperfectos causados por el viaje en mi vestido, ya que el equipaje no podría llegar hasta el día siguiente, y tomando una capa que encontré al azar en mi alojamiento, me calé el sombrero hasta las cejas y salí a la calle.

No quise aventurar juicio alguno, antes de verlo todo y examinar sus últimos detalles. La desilusión es penosa siempre, y el corazón la rechaza en los primeros momentos, ante el recuerdo vivo del sentimiento pasado.

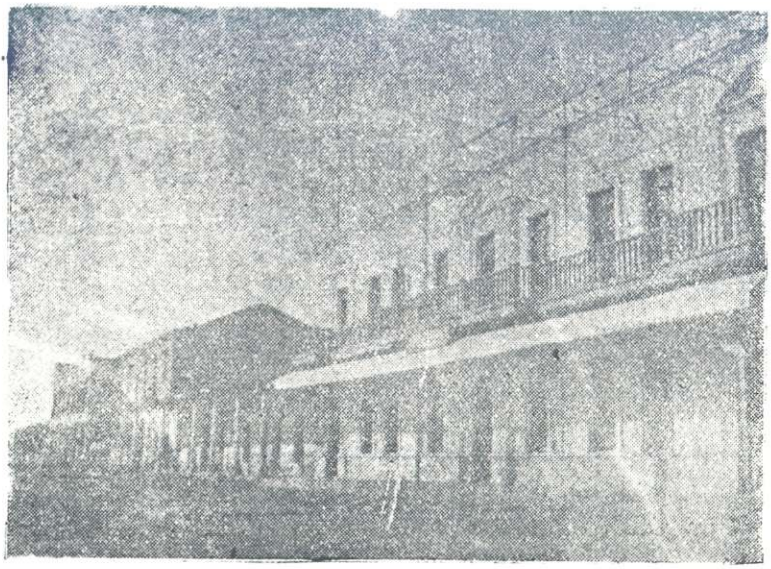
Llegué a la plaza. Desde ella dominé por las calles cortas los llanos que rodean la población, y me volví a casa, cabizbajo y sejijunto.....

Tengo a la vista la copia de una carta que escribí entonces a un amigo. Algunos acápites de ella, podrán dar mejor idea que la que en vano trataría yo de expresar aguzando la memoria.

"Difícil es — decía — pintar a lo vivo el lamentable estado del Beni y especialmente de su abandonada Capital que semeja el inmenso esqueleto de un pueblo, antes importante. Los edificios se desploman por sí, formando claros irregulares en las manzanas que ocupan, y afectando, por lo mismo, algunas de las calles, ángulos y plazoletas caprichosas, en las que el pasto seco de las pampas de Mojos cubre las cavidades que causan los pantanos en la época de aguas.

"El aspecto de sus calles anchas y cortas es tristísimo, con sus espaciosos y uniformes corredores que cubren las aceras siempre escuetas, quedando desierto el centro desigual y fangoso de la vía, para ser ocupado alguna vez por la pesada carreta de ruedas inmensas y toscas, tirada perezosamente por cuatro bueyes, al monótono grito del conductor que la sigue a pie, con la vara larga que le sirve de aguijón. Todas las casas son de un solo piso, excepción hecha de la que posee el Delegado y la casa de gobierno a la que más le valiera no tener ninguno. En las esquinas está obstaculizado el tránsito de las carretas, en bien del de los pobladores, que reclama en tiempo de aguas anchos troncos clavados a cierta altura y distancia unos de otros, para cruzar por ellos el centro de la vía, preservándose de la humedad del suelo. Todas las casas se reducen a cubrir la extensión que poseen junto a la calle, dejando en el interior inmensas cuadras, cubiertas de malezas, entre las que aparecen algunos árboles frutales, como resto de la prosperidad de otro tiempo. La mal llamada plaza, es sólo un gran canchón rodeado de las habitaciones menos pobres del pueblo, con un pozo artesiano del que se provee de agua el vecindario, cuando la del cielo no ha llenado los grandes depósitos que existen en los patios. El transeúnte que se

aventura a cruzarla de noche, corre el riesgo de entregarse a las astas del ganado vacuno que pasta en ella, o de enlodarse en los pútridos charcos que la ocupan, al par que los laguitos artificiales los parques de las grandes poblaciones.



Una calle de Trinidad

"No hablaré de los edificios fiscales que casi ya no existen. El palacio prefectural amenaza sepultar a los empleados, que constantemente emigran de una oficina ruinosa para ocupar alguna habitación respetada aún por la atracción del Globo. La casa de gobierno, situada en la acera meridional de la plaza, sólo puede ofrecer a la vista las paredes correspondientes a una mitad de su frontis, habiendo la otra, confundido sus ruinas con una parte de las del vecino templo.

"Para dar una idea del ruinoso aspecto de esta capital, bástame hacer notar que, de las diez o doce manzanas con que cuenta la población actual, ninguna se halla completa.

"Las calles desiertas y pantanosas, son casi intransitables. No existen otras que las cuatro que, partiendo de la plaza, rematan a los cien o ciento cincuenta metros en los pastales de la llanura, donde todavía se alzan algunas cruces colocadas por los Jesuitas en las esquinas de la población, como indicios de que ésta llegaba hasta allí.

"La industria fabril está desapareciendo poco a poco. Sólo queda la del tejido de hamacas, con la tradición de que en otros venturosos tiempos existían, variadas y prósperas, las que implantaron los Jesuitas.

"Una de las causas de esta decadencia y sin disputa la principal, fué la sublevación de la clase indígena, que es la obrera, el año 1887, habiéndose remontado hasta hoy día a las márgenes del *Sécure*, donde en la actualidad vive, distribuída en tribus dependientes de la autoridad de un indio llamado Santos Noco.

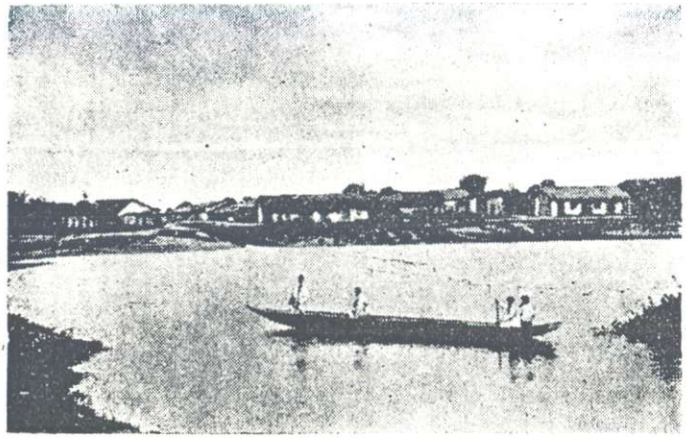
"Los trabajos de goma en el *Bajo Beni*, han acabado de despoblar estas regiones, y la falta de brazos amenaza destruír lo poco que hizo la civilización en ellas.

"Los pobladores de Trinidad hacen una vida musulmana, y la desconfianza que tienen respecto de los gobiernos de la Nación, no podrán disipar sólo las promesas con que se trata de aletargar las aspiraciones justas que abrigaron. Es necesario que las miradas del resto de la República se fijen con atención en este Departamento, y que la legislatura de este año trate de atenuar por lo menos los males que le aquejan.'"

El censo practicado en abril de 1901 dió la cifra de 2.555 habitantes, alcanzando el año 1893, a 2.004; pero debemos advertir que la mayor parte de los pobladores

se compone de gente de tránsito o indígenas que moran en las proximidades de la ciudad. (*)

Los pobladores de Trinidad, sencillos y alegres, viven modestamente en sus casas desmanteladas, donde sólo se encuentra lo absolutamente indispensable. Su ca-



El Arroyo de Trinidad en la época de aguas

rácter melancólico a la vez que flemático, inspira al forastero un interés grande por conocer más de cerca sus costumbres e ideas, que se descubren en un principio análogas a las musulmanas y diferiendo de éstas, cuando se las ha estudiado con calma.

Me acuerdo mucho que con la curiosidad que en mí despertaron los trinitarios en los primeros días de mi permanencia en aquella población, me resolví a visitar a algunas familias, no sin consultar antes a varios de los

(*) Trinidad tiene actualmente una población de cerca de 6,000 habitantes. Cuenta con servicio moderno de aguas potables, luz eléctrica, comunicación radiotelegráfica, etc, habiendo aumentado notablemente su comercio, gracias al ferrocarril Madera-Mamoré.

amigos que encontrara, los detalles que en la *manifestación social*, me procurasen la simpatía de las gentes, al presentarme por vez primera muy de acuerdo con sus apreciaciones y satisfecho de conocer la región, ya que me era indispensable evitar referencia alguna al pueblo.

Una de mis primeras visitas, fué a la casa de la señora X... donde me recibieron muy amablemente. La habitación, situada sobre la misma calle, no contaba con otros muebles que algunos baúles, pocas sillas, dos mesitas cubiertas de flores artificiales debajo de dos espejos, y multitud de oleografías y retratos colocados con todo orden en la pared. A corta distancia de la puerta de entrada y casi impidiendo el paso, se encontraba la hamaca, pendiente de una viga del techo y de un clavo fuertemente remachado en el muro.

La señora, sentada en uno de los baúles, torcía cigarrillos, teniendo sobre las faldas una pequeña batea de madera, en la que se veía un montón de tabaco picado y algunos cuadernillos de papel de arroz, junto a los cuales iba acomodando ordenadamente los cigarrillos dispuestos, separándolos en porciones iguales. En la hamaca que oscilaba débilmente, dormitaba con la cabellera suelta y teniendo fuera de ella los pies que con el balanceo rozaban el suelo, una hermosa muchacha, que al oir llamar a su puerta, se incorporó indolentemente, sin manifestar sorpresa alguna, y me invitó a pasar, dirigiéndose luego a la señora, para anunciarme con esta frase:

—*Máma*, un caballero.

—Pase Ud.; ésta es su casa, — dijo la señora, levantándose al mismo tiempo que su hija, para recoger la hamaca, por debajo de la cual me dirigí hacia un asiento, después de anunciar mi nombre y el objeto de mi visita que no era otro que agradecer la salutación que se sirvieron enviarme a mi arribo a la ciudad.

Mientras la joven, que me ofreciera una taza de café, iba por ella a la habitación próxima, la señora X, torcía cuidadosamente un cigarrillo para brindármelo, encendiendo rápidamente un fosforito e instándome a ocupar la hamaca "donde estaría más cómodo, yo que tan cansado había de encontrarme después del penoso viaje". Con tanta sencillez y naturalidad se expresaba la dueña de casa, que, aunque me parecía demasiado descortez aceptar tal licencia en la primera visita, no pude negarme a tomar asiento en la hamaca procurando estar en ella inmóvil y recto como en uno de los sillones de un gran salón.

Apareció la joven con la taza de café, y dejándola en mis manos tomó asiento a mi lado, y me dijo:

—Yo misma la he preparado. No sé si a Ud. le gusta muy dulce, y, creyendo adivinarlo, la dispuse como yo acostumbro.

—Gracias, señorita; el café por lo mismo me sabe más exquisito.

—En cuanto al cigarrillo — interrumpió la señora— creo que será de su agrado, tanto más, cuanto que hoy día, es imposible encontrar tabaco, a causa de que la clase baja ha abandonado el pueblo, en la creencia de que la Delegación Extraordinaria, haría un reclutamiento o leva, para llevar tropas al Acre. He ahí por qué está la ciudad más triste y desierta que de costumbre. Los indios mojos desconfían mucho de los *carayanas* (hombres blancos) y especialmente de los *collas* (*).

—Lástima es que, por esta causa — dijo la joven — las fiestas populares que hemos dispuesto para recibir a

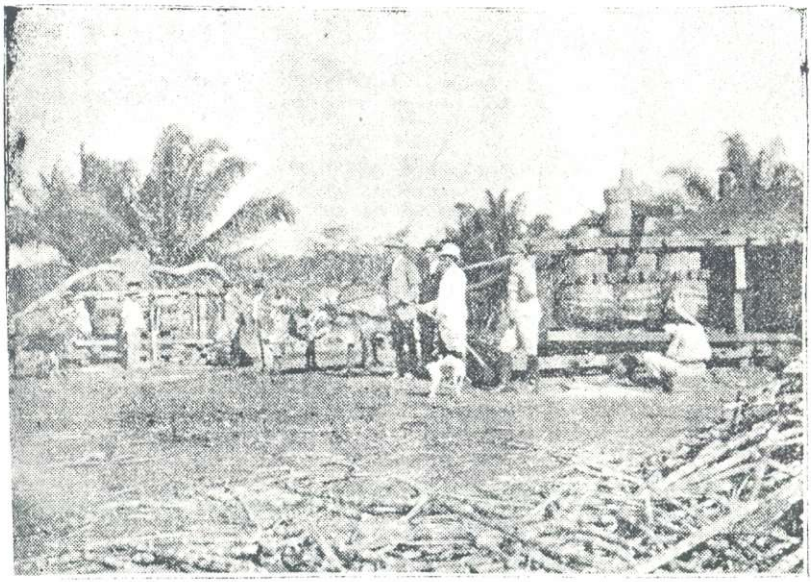
(*) Esta palabra arranca su origen probablemente de *Coyasuyo* o zona de las minas, que era una de las divisiones del *Tahuantin-suyo* de los Incas. *Coya* en quechua significa "mina"; otros sostienen que también equivale al adjetivo "frío"; y no falta alguno que cree que *colla* se deriva de *collado*, lo cual es menos probable.

la Delegación, resulten poco animadas; pero creo que la función dramática, el bazar y el baile, serán muy bonitos. ¿Sabe Ud. bailar?

—Poco, señorita.

—Yo bailo muy bien la polka. Me la enseñó mi *cortejo* (pretendiente); pero, *taita* (el padre) que se encuentra hoy en el *Beni*, decía que el baile era muy peligroso para las muchachas, por lo mismo que en él había encontrado algunos motivos para hacer rabiar a *máma*.

—No es por eso, hija mía — repuso la señora en-



Un trapiche o molino de caña de azúcar

fadada —; es porque al día siguiente de un baile, el cuerpo se pone muy *plequecó*, (flojo, débil, decaído.)

—*Máma*. Ud. dice esto, porque ya no es joven. ¿No juzga Ud. del mismo modo, señor?

Vacilé mucho para contestar, y preferí sonreir con expresión indefinida. ¡Tenía tal gracia y sencillez la muchacha, y tánto respeto me inspiraba la señora, que era mejor dar otro rumbo a la conversación, la cual siguió animada mucho tiempo, hasta que, volviendo a ofrecer mis servicios, me despedí de mis nuevas amistades prometiendo visitarlas con frecuencia.

Al siguiente día, menudearon los obsequios: leche, cigarrillos, chicha de maíz, algún venado cazado en el bosque, guarapo de alguno de los trapiches establecidos en el campo, y cuanto aquellas buenas gentes podían ofrecer al "pobre viajero que iba a morirse en el *Beni*."

Las fiestas populares, a las que se refería mi simpática amiga, se redujeron a una misa solemne, a la que asistimos los empleados principales de la Delegación, condenados a tener en la mano una cera que ardía con grandes llamaradas, obligándonos a extender el brazo, como lo hacía con exageración y demostraciones de mal humor el ingeniero Valdivia, que se quemó los bigotes y lanzó una interjección netamente española, con gran escándalo de un juez y un abogado, entre los que se encontraba. La procesión, bastante concurrida, remató junto al templo, a cuyas puertas se presentaron cinco niñitas que representaban a las repúblicas libertadas por Bolívar, dando gracias y deseando feliz viaje al Delegado del Gobierno. De ella se desprendió el grupo de bailarines indios a completar la diversión en casa del Delegado, donde nos encontrábamos todos, acompañados de los vecinos principales del pueblo. El espectáculo que el baile de los indios ofrecía en el salón, era de lo más interesante. Los *machéteros* — así se llamaban — estaban vestidos de *tipoyes* multicolores, medias largas, zapatos de altos tacones, y lle-

vaban sobre la cabeza, como cimera colosal, grandes plumajes azules y rojos, en forma de abanico, que se agitaba a uno y otro lado, al compás monótono de un bombo, seguido por el ruido de los cascabeles que eran sacudidos en los saltos y venias sobre los tobillos de los bailarines y en rupidas sartas. El drama representado en honor de la Delegación, debido al señor Roca, era una viva referencia a las luchas de los aborígenes de Mojos contra el dominio español, manifestando en sus escenas la historia de una raza, víctima de los atropellos del fuerte, pero altiva en la adversidad.

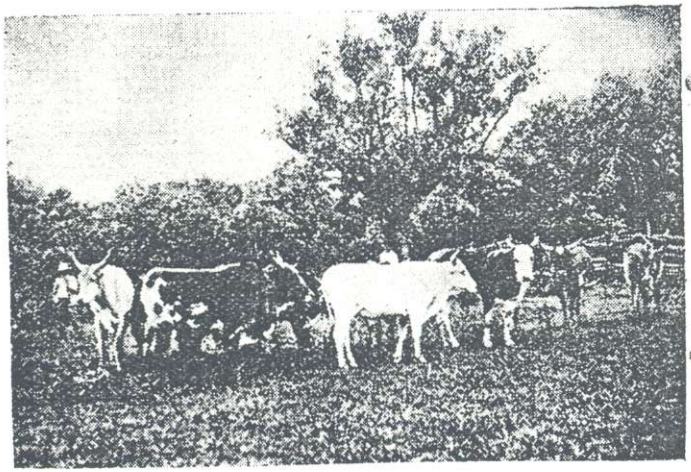
El baile de los "macheteros" en Trinidad

La obra dramática a que nos referimos, nos hizo meditar sobre la situación actual de Mojos, que en otro tiempo, como república *sui géneris*, dependiera de los Jesuitas, poseyendo industrias y comercio que hoy ya no existen. (*) Los antiguos pobladores de Mojos han de-

(*) *"Geografía e Historia de Mojos"* por el R. P. Eder, publicada en la lengua latina en Budapest (Hungría). Obras de los RR. PP. Morban, Altamirano, etc.

saparecido casi totalmente. Allá, donde se alzaban, aunque fanáticas las aldeas y los pueblos, no queda sinó el recuerdo de una prosperidad pasada, que conserva la decrépita generación, reducida por la explotación de la goma en el Beni, la cual demanda brazos que son necesarios para mantener siquiera estacionario el progreso de otro tiempo. Los jesuitas, expulsados en agosto de 1767, formaron hasta entonces en esa región, un pueblo laborioso y sumiso, que sabía explotar en pequeña escala, por lo menos, cuanto brinda la fertilidad de esa zona.

Según datos existentes en el Archivo Nacional de Estadística y Propaganda, el Departamento del Beni



El ganado en Mojos

contaba en 1832, con 124,290 bueyes, 25.429 caballos y un número reducido de mulos. (*) Hoy es difícil calcular la cifra a que ascienden los primeros, abandonados en las pampas, habiéndose confundido en la vida salvaje los

(*) Matías Carrasco. — "Relaciones Geográficas de Mojos".

correspondientes a diversas haciendas; mientras los segundos han desaparecido a consecuencia de la epizootia que se ha presentado en la región desde hace cerca de treinta años, a tal punto, que los importados de la Argentina anualmente, sucumben a los pocos meses.

Por las tardes, gustaba yo de salir del pueblo, dirigiéndome hacia el Norte, para dominar desde una altura relativa, la puesta del sol, bellísima en esas uniformes llanuras, que se diltan a 230 metros sobre el nivel del mar y donde crecen los árboles solitarios, que como el *alcornoque* (especie de encina porosa que dá el corcho) y el *tajibo*, corpulentos y frondosos, se destacan sobre la línea del horizonte, con sus copas amarillas, rosadas, rojas o moradas, según la época. El sol oscila largo tiempo como inmensa brasa de fuego que amenaza quemar los pajonales, que se suceden cubriendo de fúnebre amarillo ceniciento las pampas. Los vapores y emanaciones ténues de los llanos, hacen el efecto de la humareda diáfana que

Aspecto de las llanuras de Mojos

precede a los incendios. ¡Qué hermosos celajes surcan el cielo azul, afectando pinceladas caprichosas, que, para graduar un color rojizo, corrieron sobre una inmensa paleta de zafir!....

¡Cuánta meditación! ¡cuántas conjeturas me causaba el aspecto monótono de la pampa casi desierta, que sólo ostenta la vegetación de las riberas de los ríos que la surcan serpeando mansamente para buscar el declive insensible de los llanos!

Se sucedían en mi imaginación las opiniones de D' Orbigny, Church, Keller y otros que recorrieron esas regiones, y me figuraba trasportado a la época en la que el campo que dominaban mis ojos, estaba cubierto por el mar interior o lago, encerrado por los Andes hacía el poniente, las sierras de Chiquitos, que se alzan a 1,400 y 2,000 pies sobre el nivel del mar, hacia el este; y teniendo como débiles represas, el actual *divortia aquarum* del Plata y el Amazonas en el sud, y una cadena de montañas bajas, cuyos restos subterráneos son las rompientes de los ríos del norte, y en la que se confundían las sierras de Mattogroso, con los últimos contrafuertes de la cordillera de Vilcanota. ¡Qué hermoso mar sería aquel que se desbordó por sobre las bajas montañas del Norte, formando las actuales cachuelas del *Mamoré* y el *Yata*, el *Beni* y el *Madre* de *Dios*, el *Madera*, el *Abuná* y el *Purús*, cuando la suspensión del lecho por aglomeración y nivelación sedimentaria llegó a esas alturas, llevando un nuevo contingente nivelador al gran mar que también formaba el Amazonas, hasta abrirse un paso al Océano, por la garganta de Óvidos, como el mar del Plata, por el Rosario! (*)

(*) Véase el *"Antiguo Mar de la Pampa y el Lago de Mojos"* por el Coronel George E. Church, Presidente de la Sección Geográfica de la Asociación Británica.

¡Qué forma geográfica, tan distinta de la actual tenía la América del Sud, cuando el Brasil formaba una gran península entre aquellos dilatados lagos y golfos, extendiéndose como tempestuoso mar mediterráneo el alto lago de la planicie andina, allá... entre ventisqueros y nieblas!

¡Cuántas dislocaciones causadas por el fuego central del planeta, ha venido a reparar la acción niveladora de las aguas!.....

CAPITULO XII

El Piquete Santa Cruz. — Navegando el Mamoré. — El Itenes. — Las Cachuelas.

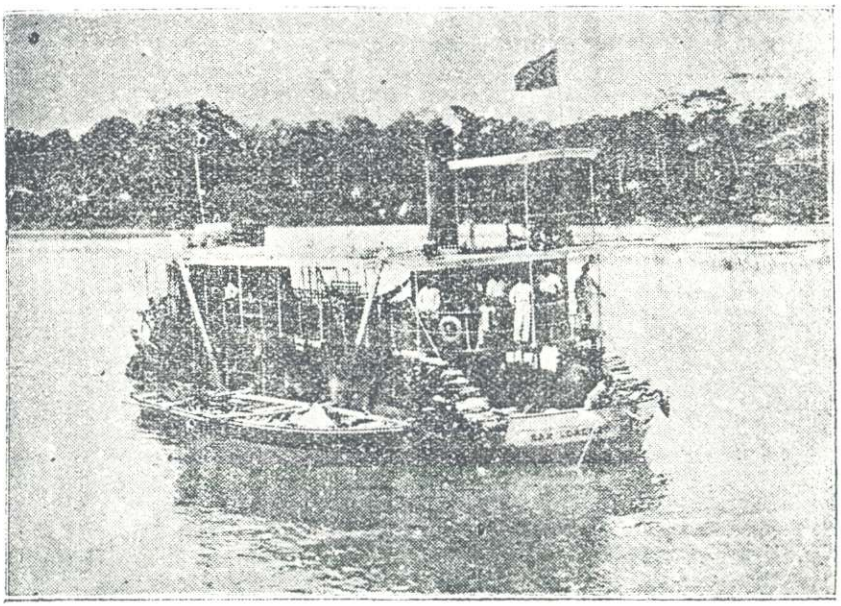
Un oficio del Ministerio de Colonización anunciaba al Delegado Extraordinario que, al mismo tiempo que saliamos de Cochabamba, debían partir, como contingente necesario para la pacificación del Acre, 50 hombres de la ciudad de Santa Cruz, y otros tantos del Escuadrón Abaroa destacados de antemano a Apolo (Departamento de La Paz), para reunirse con nosotros, en Trinidad los primeros, y los segundos en Riberalta.

El día 23 de julio, arribó al Trapiche el Piquete "Santa Cruz", recibiendo la orden de permanecer allí hasta el día de nuestra partida, mientras el nuevo Prefecto del Departamento, señor Miguel Mancilla, que condujo dicha fuerza hasta ese puerto, pasaba a Trinidad a posesionarse de su elevado cargo.

A mas de ser indispensable a la Delegación Extraordinaria la incorporación de este contingente militar, la falta de embarcaciones prolongó nuestra permanencia en la capital del Beni, hasta el día 29 de julio, dedicándose durante este tiempo el señor Delegado a cumplir su co-

metido referente a la administración del Departamento, con la facultad de proveer los puestos de empleados vacantes, dar posesión al Juez Superior de ese Distrito, inspeccionar las oficinas fiscales, etc.

El día 28, partió el Piquete "Cochabamba" al vecino puerto, donde se encontraba ya la fuerza de la que hemos hecho mención; y en la tarde del siguiente, llegábamos a él los empleados civiles, para proceder de inmediato a la distribución de víveres y equipajes en la Lancha Inambary y en dos grandes batelones que ésta debía remolcar.



Una de las lanchas que navegan el Mamoré y sus afluentes

A horas 2 y media p. m. del 30 de julio, llegábamos nuevamente al *Mamoré*, habiendo dejado el *Ibare*, cuyos principales afluentes son el *Macovi*, el *Ibarcito*, el *Yoi-*

va, el *Arroyo* de *Caimanes* y el *Tico;* y al caer la tarde, pasamos por la boca del *Tijamuchi* cuyos tributarios son el *Senero, Itaresore, Ichiniva, Cavito* y *Caverení.*

¡Qué airosa surcaba la "Inambary", agitando nuestra enseña tricolor, las majestuosas corrientes del Mamoré retorcidas desordenadamente por la poderosa rueda que las rechazaba con violencia, para alejarse de ellas, dejando una prolongada estela en el centro del río! Amarrados firmemente a babor y estribor, cortaban, con su ancha quilla la superficie líquida, los batelones ocupados por los dos Piquetes. El personal civil, en la cubierta de la lancha, formaba pequeños grupos y se entregaba a la meditación, contemplando las riberas del *Mamoré*, silenciosas y tranquilas siempre.

El Piquete "Santa Cruz" constaba de 48 soldados a órdenes del Mayor Benjamín Ascui, el Capitán Nicanor B. Pérez y los Tenientes Franco, Jordán y Gallardo. Seis mujeres, procedentes de aquel Departamento, no habían vacilado en acompañar a esa fuerza hasta el temible *Acre*, siguiendo la noble enseñanza del Nazareno:—morir por amor.... al hombre.....

Benjamín Ascui, frisaba entonces en los 28 años de edad. Bajo de estatura, pero bien formado, tiene una fisonomía alegre y expresiva en extremo, con sus ojos verdes, su frente espaciosa, su nariz fila, sus labios gruesos y su barba y bigote overos y descuidados. Es un joven inteligente y escritor satírico, dedicado desde niño a la publicación de periódicos de caricaturas.

Benjamín Ascui

La oficialidad, entusiasta y patriota, como lo veremos en el curso de la narración de la campaña, contaba con jóvenes distinguidos de la sociedad cruceña, notándose entre los soldados, muchachos alucinados por la guerra y por la sed de aventuras en la selva.

Nuestro viaje por el *Mamoré* no tuvo inconveniente alguno. Las tres embarcaciones ligadas, se deslizaban rápidamente por la superficie tranquila, con el bullicio de los alegres expedicionarios, que a cada nueva curva del río, contemplaban hermosos paisajes, asomando alguna vez en la ribera un claro de bosque en el que se alzaba una pobre habitación, ante la que se detenía la lancha para proveerse de combustible o comprar una res que era beneficiada inmediatamente. Al anochecer elegíamos casi siempre un lugar poblado, optando a falta de éste, por una ancha playa donde acampábamos, cuidando de armar rápidamente los catres y mosquiteros, molestados siempre por los *mosquitos* nocturnos. El *tábano* y el pequeño *marigüí* nos acompañaban durante el día, nutriéndose con nuestra sangre y dejando en nuestras manos y cara las diminutas huellas de sus picaduras.

El 31, a medio día, pasamos por el pueblo abandonado de San Pedro, a cuyos pobladores se dá el nombre de *canichanas,* en razón de estar situada en la región, esa tribu de los aborígenes. Al caer la tarde llegamos a la boca del *Apere*, cuyos afluentes son los riachuelos de *Bocerona* y el *Río Grande de Mato.*

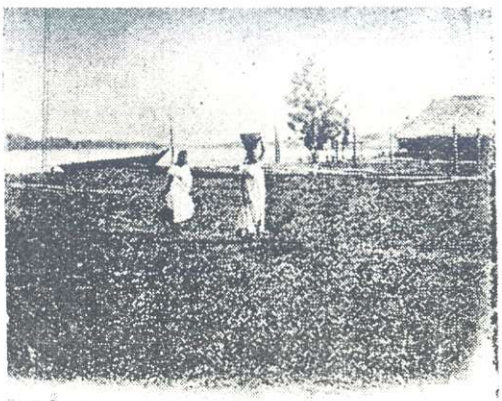
El 1.º de agosto en la mañana, dejamos el Mamoré, para arribar el *Yacuma,* a cuyas márgenes dejamos la tropa, para seguir por su afluente, el *Rapulo,* hacia el pueblo de Santa Ana, situado a dos kilómetros de la orilla izquierda de este río, y al que llegamos a medio día, entre las manifestaciones de entusiasmo con que recibían a la Delegación sus 800 moradores (*movimas*).

Santa Ana es el pueblo más comercial del Departamento, siendo la capital de la vasta provincia del *Yacuma*, a la que pertenece el importante pueblo de Reyes, situado a poca distancia del río Beni y ligado por la vía fluvial del *Yacuma*, que, en opinión de don Tadeo Haencke, puede sin mucho trabajo, servir de canal de comunicación entre el *Beni* y el *Mamoré*. Debido a esta facilidad

Casa de campo en Santa Ana

relativa de comunicación, pudimos saber en Santa Ana, el paso del Piquete "Abaroa" procedente de Apolo, que, siguiendo por el curso del *Beni*, debía incorporarse a la Delegación Extraordinaria en Riberalta, como lo dijimos al comenzar el presente capítulo. A más de esta noticia, se nos comunicaba, que una carta dirigida de Reyes anunciaba el próximo arribo de 350 hombres procedentes de La Paz con dirección al Acre, cuya situación, según era presumible, debía haberse agravado, durante el tiempo que, alejados del mundo todo, cruzábamos no-

sotros las selvas solitarias. Desde entonces nuestras conjeturas se hicieron más frecuentes. Presas de una incertidumbre matadora, cambiábamos ideas diversas que concluían siempre en el presentimiento de un desastre.



Del río a la barraca....

Después de dos días de permanencia en el pueblo, dedicados por el Delegado a mejorar la administración política, reeligiendo al Sub-prefecto y reemplazando en algunos cargos públicos a los empleados, dejamos Santa Ana el día 3, para proseguir nuestro viaje por el *Mamoré*, después de incorporarse la tropa al salir del *Yacuma*. Al ponerse el sol llegamos al pueblo de Exaltación situado a 160 metros sobre el nivel del mar, a la márgen izquierda del río *Mamoré*, a igual distancia que del río *Rapulo* la anterior población, y como casi todas las de Mojos, donde las inundaciones que cubren una extensión calculada por Church en 35.000 millas cuadradas durante cuatro meses del año, sólo dejan pequeñas alturas de que carecen los planos próximos al cauce de los ríos. Exaltación, hoy en completa ruína, cuenta con 300 vecinos próximamente (*cayuvabas*), y es famosa por su rico tabaco (*).

(*) Exaltación, según el informe de los exploradores Keller (1868), tenía en ese entonces una población de 1,500 habitantes. ¡Cuánto la ha destruido la provisión de brazos para el tráfico por las cachuelas del Madera y el Mamoré!

El día 4, sin novedad alguna pasamos por *Benjamín* a medio día, y en la tarde por *Navidad,* donde acampamos en la noche; y el 5, después de habernos provisto de leña y víveres, llegamos a la desembocadura del río *Matucare* (12 y media p. m.) donde en innumerable cantidad encontramos caimanes, que se sumergían en las orillas a la aproximación de la lancha o permanecían inmóviles en la playa, como troncos arrojados indistintamente por las corrientes. El *Matucare,* desemboca por la margen derecha del *Mamoré,* siendo la vía principal de comunicación del pueblo de San Joaquín y otros de la Provincia del Itenes, (*itonamas*). En este punto existen varios pedrones en el lecho del río, dando a conocer, como lo asegura Keller, la existencia de una *cachuela* que ha desaparecido por la acción corrosiva del desborde.

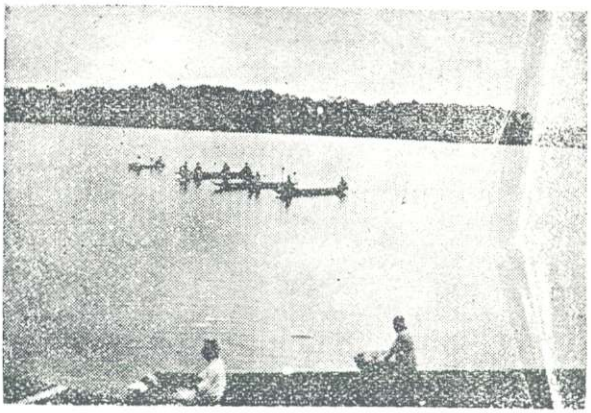
El aspecto de las márgenes, es más poético en lo sucesivo. Varios pedrones de arenisca arcillosa, porosos y de color plomiso, se divisan altos y bordados de pasto en sus cavidades. El río es angosto y profundo en este punto, midiendo 30 metros de sondaje por 200 de anchura, poco más o menos. Las riberas, altas y firmes, libres de la inundación, son apropiadas para algunas poblaciones, que se fundarán en lo porvenir en sitio tan propicio; y el bosque en él es abundante de árboles útiles para la ebanistería y otras artes.

En la tarde llegamos al estrecho *torno de Mayosa,* a cuya margen derecha acampamos, abriendo en ella un gran chaco, en el que encendimos varias hogueras, al son de las cornetas que saludaban el gran día de nuestra adorada Patria, —

6 de Agosto, cuya aurora fué recibida por varias descargas de fusilería y por el himno nacional cantado a coro. Con el frenético entusiasmo que nos animaba, pasamos a las 6 a. m., bulliciosos y alegres por la boca del

arroyo de Mayosa, proveniente de las pampas próximas al lago Rogoaguado, donde moran los *chacovos*, y a las 4 de la tarde, por la del gran río *Itenes* (11.°.54.' Lt. S.) que nos salió al encuentro, presentando un hermoso panorama y confundiendo sus cristalinas corrientes con las turbias del *Mamoré*.

El aspecto de una inmensa bahía nos ofrecía la confluencia en la anchurosa boca del *Itenes* o *Guaporé*, que rechazado en el norte por unas colinas tupidas de vegetación, tributaba sus caudales al *Mamoré*. Las ondas de éste, separadas en largo trayecto iban confundiendo en su seno barroso, las aguas tributarias que, envueltas en rápidos caudales, bullían como globos transparentes en lucha con los turbiones que disgregaban la masa líquida verdusca.



A merced de las corrientes del río Mamoré

La "Inambary", pasó por la misma línea de reunión, dejándonos ver, a uno y otro lado, las aguas del río entremezcladas en confusos remolinos y dirigiendo hacia las lejanas riberas, oleajes que arrugaban sucesivamente la superficie tranquila.

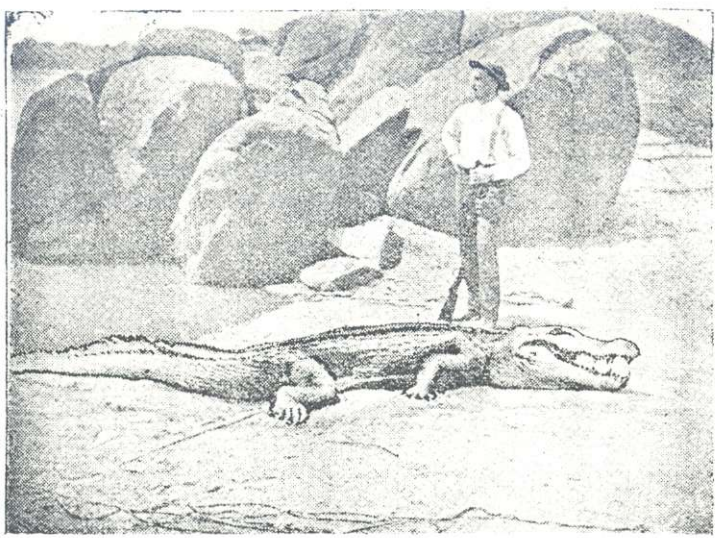
El *Itenes*, casi tan caudaloso como el *Mamoré*, es en una gran extensión el límite de Bolivia con el Brasil, recibiendo del territorio de este último, los afluentes *San Francisco, Plolho, Carumbiana, Moquenes, San Simón* y *Cantarios*; y, originados en las provincias bolivianas de Chiquitos y Magdalena, los ríos *Verde, Paraguá, Baures, Río Blanco* e *Itonama* o *Machupo*. La exploración de sus nacientes, próximas a las del río *Paraguay* (*Jaurú*), motivó en 1773, desgraciadamente sin éxito, una tentativa de canalización utilísima, tanto para el comercio del Estado de Mattogrosso, como para los departamentos del Beni y Santa Cruz.

Después de un corto descanso, en la margen derecha del Bajo Mamoré, proseguimos el viaje a horas 5 y media, con el propósito de navegar toda la noche; pues, desde la boca del Itenes, el caudal del Mamoré ofrece seguridad completa.

A las 10 de la noche avistamos la isla de *San Silvestre*, situada en medio del río y midiendo en su mayor extensión 2 kilómetros, pero sin utilidad alguna para el comercio de esas regiones, a causa de estar inundada por las crecientes del río durante la época de aguas.

Al amanecer del día 7, nos encontramos en las *Peñas Coloradas* y, por consiguiente, habiendo adelantado mucho durante la noche, y a horas 8 de la mañana divisamos los islotes *Pacanovas*, poéticamente agrupados cerca a la margen brasileña y destacándose en la superficie bruñida del río, como bancos flotantes cubiertos de plantas acuáticas. Las tres mayores pertenecen a Bolivia y se ostentan coronadas de una vegetación robusta. Desde este punto se columbran ya las dos primeras *cachuelas* (saltos y rompientes que obstruyen la navegación de los ríos).

Guayaramerín, caserío situado en la cabecera de la *cachuela* de este nombre, y donde llegamos a horas 10 del día 7 de agosto, cuenta con unos 20 habitantes, dedicados a la atención del tránsito entre Trinidad, Villa Bella y Riberalta. En él permanecimos hasta el 9, día en el que los Piquetes "Cochabamba" y "Santa Cruz" con el personal de adscritos a órdenes de Pérez González y Ascui, tomaron el camino por tierra que remata en Flo-



Un peligro menos en las "cachuelas"

rida (río Beni), para evitar el peligroso paso de las *cachuelas* y facilitar la marcha. Quedaron con el personal civil, para hacer el viaje fluvial y conducir la carga por Villa Bella, algunos soldados que podían servir como remeros y un reducido número de enfermos, a los que era imposible enviar por tierra (*).

(*) Guayaramerín tiene actualmente 300 habitantes y es asiento de una aduana establecida, con motivo del tráfico iniciado por el ferrocarril Madera-Mamoré en el año 1912.

Como una disgresión necesaria, y antes de seguir nuestro viaje por las *cachuelas*, debemos citar siquiera las lanchas a vapor que prestan frecuente servicio en la navegación del Mamoré. Ellas son: La "Inambary" y la "Sucre" de 34 toneladas, la "Guaporé" y la "Siglo XX" de a 57 y 1/2, y la "Guapay" de 11 y 1/2. Los batelones son numerosos, siendo muy raras las canoas que llegan al corregimiento de Guayaramerín.

Despachados los Piquetes, por tierra, y después de estrechar la mano de mi querido amigo Pérez González, que lamentaba no poder ser mi compañero en la travesía de las *cachuelas*, almorzamos ligeramente en compañía del nuevo corregidor, don Manuel Revollo Pol, y a horas 12 m. seguimos el viaje en una pequeña *montería* (batela de 100 @ poco más o menos), con el propósito de alcanzar en la *cachuela* siguiente, al personal que se había dirigido a ella en las primeras horas de la mañana.

El señor Delegado dirigía la pequeña embarcación como piloto, y Araníbar, Jordán, Antonio Velasco y el autor de esta obra, manejaban los remos, en el paso de *Guayaramerín* o *Guayará-miní* (*salto chico* en guaraní), con el encargo de uniformar el movimiento, precipitando el compás en el sitio de mayor peligro. Este debía ser indicado por los espumosos remolinos, que en una extensión de más de 100 metros turban la argentada superficie del río, desbordándolo a capricho en caudalosos raudales que serpean presurosos entre las rocas de su interrumpido álveo.

Guayaramerín, no es una cachuela temible. A poca distancia de ella se encuentra *Guayará-guazú* (*salto grande*), a cuya cabecera llegamos a las 2 p. m., reuniéndonos con los batelones que descargaban el equipaje y los

víveres, para trasladar gran parte de ellos por tierra, aligerando las embarcaciones que debían tomar el peligroso canal de la rompiente.

Una "cachuela"

¡Qué espectáculo tan hermoso ofrecía la *cachuela* a nuestra vista! De pie, sobre algunos peñones de la margen derecha, contemplábamos el paso de las embarcaciones. Allá sobre la *cabecera* de la rompiente, el río corría manso, retratando en su bruñida superficie el cielo azul y las riberas de esmeralda que lo bordean. El sol tropical hiere la masa líquida, quebrando sus rayos de oro en la planicie de plata que rebosa en el anchuroso cauce y sigue serena y dócil, rebotada entre las convexidades de orillas caprichosas y afianzadas por raíces de troncos seculares. Una valla interrumpe la calma del magestuoso río, que despertado de pronto de su apacible sopor, salta el obstáculo, desbordándose en enormes raudales que se retuercen entre las rocas con sordo rumor, y se encrespan desordenados, lanzando al aire salpicaduras de espuma que tornan a caer en el onduloso lomo de la furiosa catarata!

El batelón, dirigido con cautela, toma el raudal más caudaloso, y mientras el piloto zapateando en la popa indica a los remeros el compás al que obedecen para hender

la pavorosa corriente, la ligera embarcación, describiendo bruscas curvas se aventura entre las rocas para salvarlas, peloteada horriblemente por las desordenadas olas que van a azotar las orillas, antes de recobrar el calmado aspecto con que el río baña los llanos tranquilos de las selvas del Oriente!.....

La proa de un batelón en aguas tranquilas

Las *cachuelas* — como lo dice Church — recorren un lecho ferruginoso, de roca conglomerada, denominada canga. Esta tiene por base una arenisca arcillosa que se corroe fácilmente con la acción desgastadora de la corriente. La *canga* es socavada gradualmente, y, rompiéndose en trozos, es acarreada por las ondas al fondo del río, disminuyendo así, la altura de las rompientes, que son de rocas graníticas y metamórficas, muchas de ellas.

La *Bananera* (Platanera) a cuyo comienzo acampamos la noche del día 11, es la más temible, dividiéndose en ella el caudaloso *Mamoré* en muchos canales que forman 57 islotes de base granítica debida al inmenso *filete de montaña subterránea* que corta en ese punto el álveo del río (2 millas de ancho). En el islote Paquió, donde esperamos la traslación de la carga por tierra y el paso de las embarcaciones con auxilio de fuertes cables sujetos a la orilla, encontramos una lápida colocada so-

bre el tronco de un árbol aislado y frondoso, consagrada a la memoria de Victor Ballivián, quien naufragó en aquel sitio el 8 de febrero de 1893. En ella se lee el siguiente epitafio debido a nuestro modesto e inspirado vate el señor Rosendo Villalobos:

"El céfiro vago, dormido en las palmas
arrulla entre aromas tu eterno sopor;
y en tanto el recuerdo, despierto en las almas,
cual céfiro vago, dormido en las palmas,
no quiere que duermas; reclama tu amor.
Descansa! te dicen luz y aves y frondas;
despierta! fe, gloria y amor y ambición:
la muerte no quiere que, dócil, respondas,
y arrullan tu sueño luz y aves y frondas
y ahoga en sollozos su voz la oración!"

A horas 2 y media, gracias al señor Pastor Suárez, que había salido a nuestro encuentro desde Villa Bella, seguimos el viaje en una *montería*, acompañando al Delegado, el Secretario señor Jordán Soruco y el que esta obra escribe, para llegar a horas 6 de la tarde al puerto de Villa Bella, después de pasar las peligrosas cachuelas de *Layos* (Lajas) y *Palo Grande*, dejando todo el personal a cago del doctor Araníbar en la *cachuela Bananera*

CAPITULO XIII.

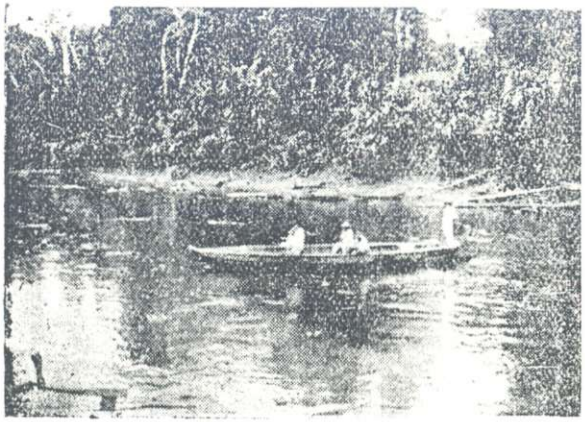
Villa Bella.--Por el Bajo Beni.--Un incidente desgraciado

Algunos arreboles rojos había dejado en occidente como recuerdo pasajero el sol del día 11 al sumirse en el verdusco océano de los bosques. Nuestra *montería* que cruzaba silenciosa el anchuroso *Mamoré*, viró tranquilamente dirigiendo su rumbo hacia una luz incierta que por momentos aparecía en la margen izquierda. A los pocos minutos saltábamos a tierra los cuatro compañeros, después de asegurar la embarcación por el largo cable de proa en una estaca clavada en la arena, para dirigirnos rápidamente hácia una casa en la que se festejaba el natalicio de la señora Leigue. La sorpresa que causó nuestra aparición en medio de los principales vecinos de Villa Bella, aumentó el entusiasmo, hasta entonces calmado por los ceremoniosos comienzos de la reunión.

Breve y animada fué la mesa a la que pasamos a los pocos momentos, dejándola precipitadamente al escuchar los alegres acordes de la orquesta que nos esperaba en el salón, convidándonos al baile.

A la media noche estrechábamos las manos de nuestros nuevos amigos, para dirigirnos hacia el alojamiento que nos habían preparado.

Rendido de fatiga, y olvidando por ella a los sanguinarios mosquitos, recostéme en mi catre de campaña sin armar el mosquitero.



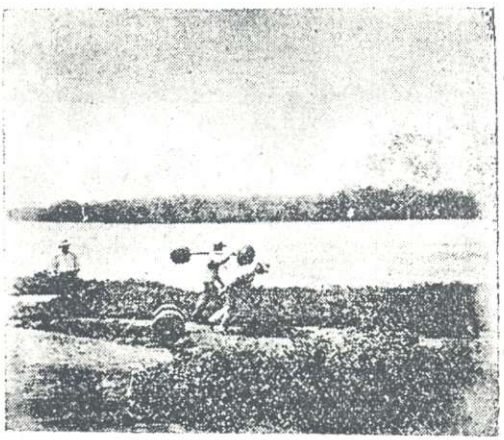
Una "montería"

Mi despertar fué extraño. La habitación que ocupaba me hizo en los primeros momentos la impresión de una gran jaula: pues, a través de los muros construídos de cañas huecas o *chuchíos* (*Gramínea*, tribu de las *arundíneas*), colocados en hileras y afianzados por delgadas cuerdas que los entrelazaban a cierta altura, noté que podía ver las casas y *canchones* vecinos, en los que se agitaban sus moradores dedicados al aseo de las habitaciones en las primeras horas de la mañana.

Una escuela ocupaba la morada próxima, y asomaban entre las cañas de la pared de este lado los ojos de los curiosos niños, obligándome a quedar en el lecho, hasta que, burlando su espionaje, pude vestirme rápidamente.

¡Qué rara impresión me causó el aspecto de una *población transparente!* ¡Bendije una y mil veces las peligrosas cachuelas que la mantienen aislada de la maledicencia de las beatas que pululan en las ciudades del interior!

Villa Bella cuenta con 800 habitantes próximamente, ocupando la angulada playa que forman el Mamoré y el Beni en su confluencia. (10.° 23' 10 L. S. y 65° 23' 32 O. de G.). Sus calles anchas, que carecen de adoquinado y cortan en perfectos cuadros las pocas manzanas de la población actual, rematan en ambos ríos, que la limitan por oriente y por occidente y se prolongan señaladas por pequeños surcos, hacia el desmonte pantanoso del Sud, donde se muestran algunos árboles frutales que ha respetado el hacha o ha plantado recientemente el poblador. Todas las casas son de un solo piso, formadas sus paredes de *chuchíos,* como hemos dicho anteriormente, algunas de ellas con un reboque de barro que puede permitir un ligero entapizado de papel o lienzo que decora las habitaciones de la gente acomodada. Lo techos, de anchos alares, consisten en hojas de palma (*palla*) superpuestas en gran cantidad sobre vigas flexibles y delgadas que describen irregulares cuadros en el plafón de los aposentos.



Transporte de bolachas de goma elástica por tierra en las "cachuelas"

La Aduana es el edificio más avanzado hacia el vértice del ángulo que forman las dos playas, sin ofrecer a la vista del pasajero, otro distintivo que el escudo de armas de la República que corona el estrecho portal. Los batelones que exportan la goma elástica del Beni y una reducida cantidad de la del Itenes, se detienen en la arenosa orilla para ser inspeccionados por un empleado fiscal, antes de seguir el viaje por el Madera atravesando sus 19 cachuelas (*) que ofrecen un desnivel de 61 metros en 245 kilómetros de extensión, hasta el puerto de San Antonio, del que es reexpedida la goma en buques de gran calado. El tránsito de tripulaciones en Villa Bella, ofrece un espectáculo interesante al viajero, que puede juzgar por los semblantes, la procedencia de los indivíduos. ¡Es tan triste el aspecto de los que vuelven de San Antonio, después de un viaje de 40 a 50 días, que es imposible confundirlos con los que se dirigen a este punto, exportando la goma desde los lejanos establecimientos de explotación. (**)

El panorama que presenta hacia el norte del puerto el orígen del gran rio Madera, es interesantísimo, teniendo a derecha e izquierda los dos confluentes que lo forman y que, según cálculos del General Pando, tributan entre ambos 26.220 pies cúbicos de agua por minuto, correspondiendo 13.120 al *Beni*, en las mayores crecientes, y mi-

(*) *Madera, Misericordia, Ribeirón, Araras, Pederneira, Paredão, Girau, Caldeirón del Infierno, Teotonia, etc.*

(**) Un ferrocarril parte hoy de Porto Velho, que ha reemplazado a San Antonio, y remata en la banda brasileña de la *cachuela* Guayaramerín, denominada "Ciudad Espiridión Márquez", después de recorrer 364 kilometros, siempre por territorio del Brasil. La estación del K. 33, atiende a la aduana boliviana de Manoa en la boca del rio Alamá, y Villa Murtinho a la antigua aduana de Villa Bella. Son imponderables los beneficios reportados al comercio por esta magna obra que evita el paso de las numerosas *cachuelas del* Madera y del Mamoré y el consiguiente tributo de vidas humanas, de exorbitantes fletes y de gabelas de todo género. Su construcción se debió al cumplimiento de una de las obligaciones contraídas por el Brasil en virtud del tratado de Petrópolis que puso fin a la cuestión del Acre. (Véase el Apéndice del presente libro.)

diendo éste un kilómetro de ancho, por novecientos que tiene la boca del *Mamoré*.

Frente a Villa Bella, hacia la margen derecha de este último río, se divisan las pocas habitaciones de la naciente población brasileña *Villa Murtinho*, destacándose al otro lado — orilla izquierda del *Beni* — una pequeña capilla, un caserón y algunas moradas modestísimas de que consta la *Gran Cruz*, propiedad del señor Delegado Extraordinario, don Lucio Pérez Velasco.

El día 14 incorporósenos el personal que había quedado a órdenes del doctor Araníbar en la *Bananera*, y prosiguió el viaje el 18 con rumbo a Riberalta, *arribando* penosamente en los pesados batelones las corrientes del río *Beni*.

El señor Delegado acompañado de su Secretario y dos empleados que habían quedado en el puerto, partió el 20, quedando yo, por atenciones que reclamaba mi empleo, hasta el 22, para seguir el viaje en un batelón del señor Ignacio Becerra que se dirigía a Riberalta, llevando mercaderías recientemente importadas a Villa Bella.

Penosa es en los primeros días la *arribada* (ir contra la corriente) de un río, después de haber navegado rápidamente otro, aguas abajo. Los mosquitos que no se presentan en el segundo caso, a causa de la veloz traslación, siguen en el primero muy de cerca a los viajeros, girando como negros nubarrones alrededor de la embarcación. No es posible contar con un momento de descanso dentro del rústico camarote, en el que, agazapado el pasajero, sacude fatigosamente un abanico de plumas de cuervo (*puputa*) para alejar la plaga que lo hostiga. El sol ardiente del medio día y la atmósfera pesada y húmeda abisman en el mutismo y la inacción al navegante,

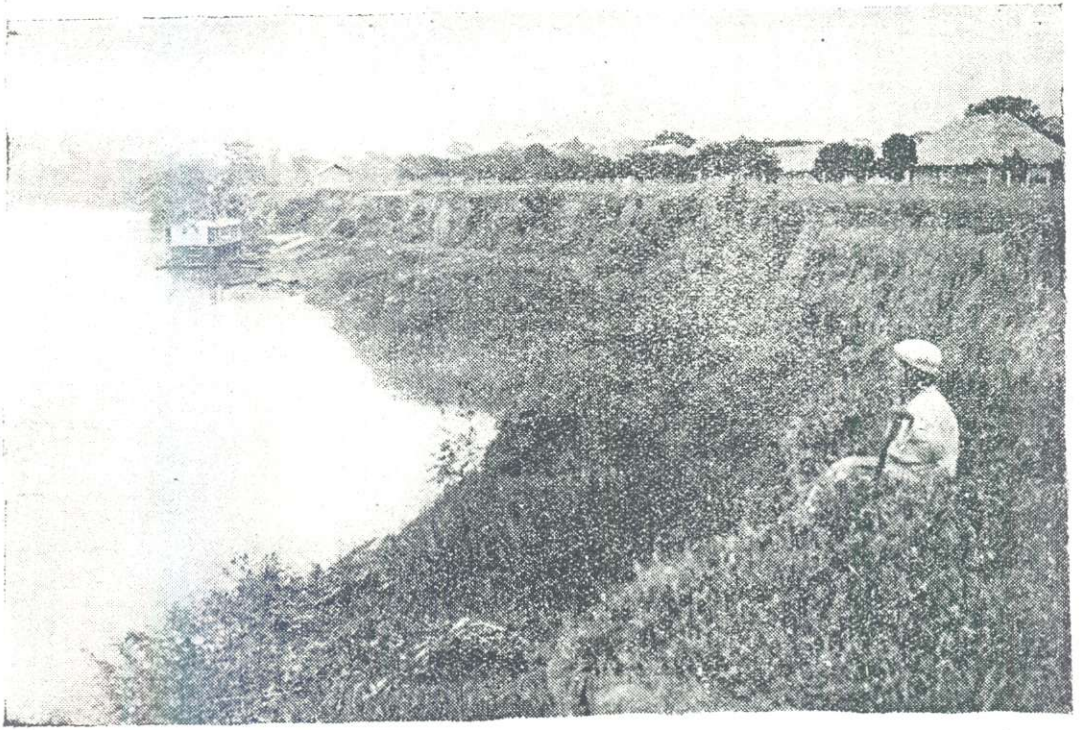
que desde el interior del camarote contempla indolentemente el paisaje fijando los ojos a momentos en las espaldas cobrizas de los tripulantes que se sumergen en el agua para volver a empuñar el remo, mientras el batelón avanza pesadamente cortando los turbiones que rechazan su débil impulso.

Después de almorzar en la barraca *Porvenir*, próxima al puerto de Villa Bella, navegamos todo el día, hasta acampar en las primeras horas de la noche en *Gran Portento*, propiedad del señor Antonio Chávez, para seguir al día siguiente hasta la cachuela *Esperanza*, en cuyas proximidades atracó nuestro batelón a las 12 m., sacudido con violencia por el oleaje debido a la rompiente.

La *Esperanza* es intransitable, siendo por lo mismo más hermosa y temible que las del *Mamoré* que permiten, no sin gran peligro, el paso de las embarcaciones por sus caprichosos canales. Tiene un declive de 20 pies en 1,000 de longitud, desatándose con estruendo por sobre su granítico álveo, en el que asoman cubiertos de espuma algunos riscos angulosos y negros, como salpicaduras de lodo sobre una túnica blanca extendida en un matorral.

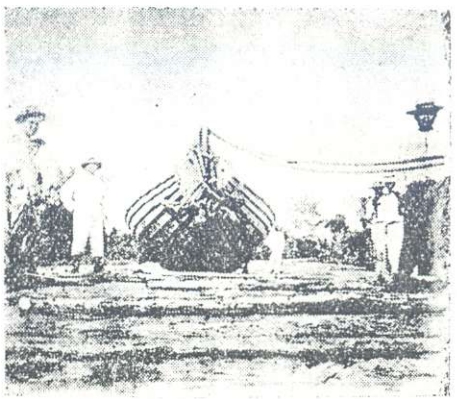
Encima de la rocosa margen derecha se destaca el gran barracón del señor Nicolás Suárez, con algunas moradas que se alzan en hilera sobre una vía proyectada, distinguiéndose en la prominencia más cercana a la *cachuela*, un mausoleo de mármol consagrado a la memoria de la compañera del rico propietario.

El resto del día y los dos siguientes fueron dedicados a la descarga del batelón, para trasladarlo arrastrado por sobre las rocas de la orilla, con ayuda de numerosos trabajadores, previo abono de cincuenta bolivianos al administrador del establecimiento.



El establecimiento de **Suárez Hnos.** en la "Cachuela Esperanza".

A las 3 p. m. del 26, dejamos la *cachuela*, en compañía de otro batelón en el que viajaban con igual destino el señor Pastor Suárez, al que ya hemos presentado antes de llegar a Villa Bella, y el señor Federico Melgar.



Pase de un batel n por tierra en las "cachuelas"

La fiebre, cuyos primeros síntomas me habían debilitado desde mi permanencia en el puerto de Villa Bella, hacía rápidos progresos en mi organismo, causándome un malestar moral del que en vano procuraba distraerme, conversando con mis compañeros, o paseando la mirada incierta ante la sucesión monótona de las orillas. Presentimientos absurdos y recelos sin causa razonable, anonadaban mi voluntad que permanecía inerte al constante reclamo de una energía ficticia!.....

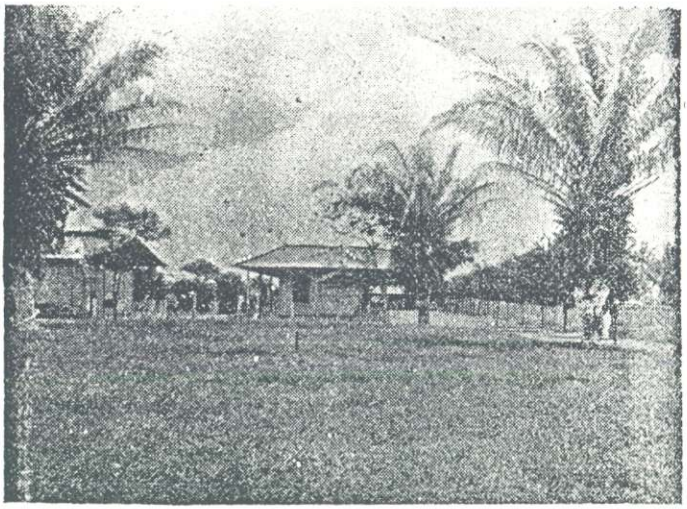
De esos días data la siguiente canción que es tan conocida en el oriente y el noroeste de la República:

En las playas desiertas del Beni,
un viajero de pálida faz,
al mecerse en su hamaca pensaba
en su amor y su tierra natal:
y mirando las ondas del río
donde duerme el temible caimán
y espumosas se ven las cachuelas
con sus tumbos sepulcros cavar,

ante el negro horizonte decía:
—Tal vez, niña, no vuelva jamás!—;
y el rumor misterioso del bosque
contestaba:— ¡Ya no volverás!...

Sumergido en honda tristeza navegué el Bajo Beni, acampando la primera noche en las cabeceras de la *Esperanza*, para continuar al siguiente día hasta *Perseverancia*, después de haber vencido durante la mañana el peligroso paso de *Correnteza*, en el que el río toma un impulso colosal, debido a los primeros declives de su álveo al entrar en las mencionadas *cabeceras* de la *cachuela*.

Perseverancia, propiedad del señor Montero, es una hermosa barraca, situada a la margen izquierda del Be-



Una barraca importante

ni, frente a una isla. El edificio principal se divisa a una altura de 15 metros sobre el nivel del río, y domina una gran extensión de la llanura líquida con un fondo de bos-

que secular. Existen sólo en la parte desmontada que circunda las construcciones, algunos almendros gigantescos (*amygdalus dulcis*, que en los climas tropicales adquieren un desarrollo superior), y otros árboles útiles.

Según los informes que nos dieron, de este punto arranca un camino que por medio de las estradas gomeras que se explotan, remata en el río *Negro* o *Abunacito*, no siendo difícil ligarlo a los senderos del *Abuná* y el *Iquiry* para comunicar entre sí los resguardos aduaneros que precisan esos ríos sobre la frontera.

La buena suerte nuestra, nos brindó la oportunidad de trasbordar el día 29 a la *Lancha "Sernamby"* que atracó la víspera para proveerse de leña. Su Comandante señor Terrazas, nos recibió amablemente, y a las 8 de la mañana zarpamos de la barraca en la que habíamos permanecido los dos días anteriores. A horas 3 p. m., pasamos frente a *Santa Cruz*, perteneciente a los señores Aponte Hermanos, sobre la margen izquierda, y, después de una hora, por *Etapa*, en la orilla derecha, llegando con el crepúsculo a la barraca *Florida* que se alza a 30 metros de altura, siendo el importante sitio en el que remata el camino de Guayaramerín cruzando el río *Yata* (14 leguas), que había seguido la fuerza militar, para continuar a Riberalta navegando el Beni, después de algunos días de permanencia.

Al cabo de tres horas de navegación pasamos el día 30 por la boca del río Orton (10.° 50' 15" L. S. y 66.° 1' 30" O. de G.), para desembarcar en el barracón del mismo nombre situado a 2 millas más arriba, sobre una ribera alta y despejada.

Este establecimiento, que es uno de los más importantes y ricos del río *Beni*, cuenta con un hermoso edificio ocupado por la administración, y con varias construcciones alineadas sobre la orilla, donde se extiende una

avenida de árboles corpulentos. La parte desmontada es extensísima y parten de ella multitud de senderos hacia los centros de explotación de goma que corresponden a *"The Orton (Bolivia) Rubber C.° Ltd."* en el ángulo formado por los dos ríos.

Mi sorpresa fué grande al encontrar en el barracón al ingeniero García de Valdivia, que había quedado en él, esperando los batelones que debían volver de Riberalta para tomar la vía del *Orton*, en la traslación de los víveres destinados al *Acre*.

Con el propósito de pedir nuevas instrucciones del Delegado, o aburrido con la separación, Valdivia resolvió embarcarse conmigo en la *Lancha Tahuamanu* el 1.° de setiembre, hacia Riberalta, a donde llegamos en la tarde, después de cuatro horas de navegación rápida.

Esperándome en la playa estaba mi cariñoso compañero de viaje Pérez González, al que después de estrechar en mis brazos, dejé acompañado del Ingeniero, para buscar al Delegado y darle cuenta de mi cometido en la aduana de Villa Bella.

Alejáronse ambos cojidos del brazo, a empinar una copa en la cantina próxima, y desaparecieron doblando alegremente una esquina y dejándome oir aún las carcajadas y chanzonetas que interrumpían su entusiasta conversación.

Mi entrevista con el Delegado y algunos de mis amigos, se prolongó hasta las 9 de la noche, hora en la que, rendido de cansancio, me dirigí hacia el alojamiento que me habían destinado. Una detonación de revólver llamó mi atención a los pocos pasos, y presa de un presentimiento doloroso cambié de rumbo, encaminándome al sitio del que me pareció proceder el estampido. A la luz de los fósforos que encendieron algunos transeúntes, descubrí un cadáver junto a un charco de sangre, en el centro de

la vía; y, atraído por los gritos de algunos vecinos, pude ver la silueta de un hombre que con la cabeza descubierta y el brazo levantado, se internaba presuroso en la selva para perderse en ella disparando su revólver repetidamente contra sus perseguidores.

La multitud había rodeado el cadáver mientras los soldados de los Piquetes que se encontraban fuera del cuartel, corrían por el bosque en desordenados grupos, produciendo a lo lejos, un ruído de ramas que se rompían en todas direcciones.

En la faz lívida y ensangrentada de la víctima reconocí las facciones enérgicas de Pérez González, y una lágrima que silenciosa brotó de mis ojos, cayó amarga sobre mis labios!

A consecuencia de una discusión acalorada y de ofensas mútuas, había perdido la vida mi caro compañero. Nada he vuelto a saber del ingeniero García de Valdivia. Unos españoles, compatriotas suyos, me aseguraron que fué a dar a la República del Paraguay, llevado de un injusto rencor.

1.— D. H. Salazar. 2. A. Velasco. 3.— J. C. Achá. 4. J. Aguirre Achá. 5.— Comandante Pérez González. 6.—Mayor Schuhkraft. 7. C. Aguirre. 8.—Teniente J. M. González. 9.— Benjamín Velasco. 10.— Roberto Velasco. 11. W. Baluarte.

Sus construcciones son análogas a las de Villa Bella, y, como ésta, no cuenta aún la población con plaza alguna. Pocas de sus manzanas están completas, permaneciendo sólo trazados varios de los sitios que se destina a las nuevas habitaciones.

Riberalta, contaba en 1882 con dos o tres casas que se establecieron en la selva virgen; pues hasta el año 1880, sólo era conocida la parte alta del río *Beni*, desde donde se exportaba la goma elástica por la vía del *Yacuma* (véase el capítulo XII), y la parte baja hasta las proximidades de la *cachuela Esperanza*.

El doctor Edwin R. Heath, que exploró en ese año toda la extensión intermedia que se suponía intransitable, abrió una nueva vía al comercio de esas regiones, atrayendo hácia la sección hasta entonces desconocida, numerosos industriales que hoy explotan sus productos, habiéndose internado muchos de ellos al *Madre de Dios*, al *Orton* y luego al *Acre*.

Tiene Riberalta más de 1,200 almas, y es, por su situación, el principal centro del Noroeste. Su clima es sano y según cálculos del General Pando, se encuentra a 159 metros sobre el nivel del mar, con una temperatura anual media de 24.° C. (*)

A partir del día de su llegada, el Delegado Extraordinario habíase dedicado a las disposiciones necesarias para continuar el viaje desde una barraca del *Madre de Dios* hacia Mercedes, en el *Orton*, mientras los víveres y parte del armamento, fueran trasportados al mismo punto, na-

(*) Riberalta cuenta al presente con 4,000 habitantes. Está provista de un astillero en que se arman o componen las embarcaciones fluviales cuyo número ha aumentado considerablemente desde el año 1900, no obstante la prolongada crisis de la industria gomera. Un hidroavión que fué armado recientemente en el citado arsenal, acaba de comprobar las ventajas de este medio de comunicación cuya mayor bondad consiste en el inmediato y sencillo acuatizaje, ya que se sigue el rumbo de los ríos con el objeto de disminuir los riesgos de la navegación aérea.

vegando este último río en los dos batelones. Así fué que a los seis días de mi llegada, partió el personal que debía seguir el viaje por el *Orton*, y se hallaba lista la expedición, engrosada por el contingente militar de Apolo, que se encontraba esperando a la Delegación en Riberalta desde veinte días antes.

El Piquete "Abaroa" constaba de 48 soldados a órdenes del Comandante Pedro Salazar, el Capitán Estrada y los Tenientes Antequera, Monasterios y Alaiza. Había hecho un viaje rápido y feliz por el río *Beni*, y con un entusiasmo frenético, se preparaba à continuar el viaje, para conquistar un laurel más, sobre los que obtuviera en los combates de la revolución última.

Pedro Salazar frisaba entonces en los 45 años, y, dotado de una constitución fuerte y una energía notable desde joven, tiene una "hoja de servicios" honrosa, embellecida con su actuación en la Campaña del Acre. Es de mediana estatura, cargado de hombros y bien musculado. Su frente surcada por algunas arrugas, es elevada; sus ojos claros y vivos de un color verdusco indefinible; su nariz ligeramente chata; su boca grande y su bigote rubio y lacio. De carácter comunicativo y animado siempre, se hace simpático desde que se le vé. Era querido como un padre por sus soldados, que casi todos jóvenes de 18 a 25 años, obraban como un solo hombre a la primera orden de su jefe.

Pedro Salazar

A consecuencia de la muerte de Pérez González, refundiéronse los Piquetes "Cochabamba" y "Santa Cruz" con el nombre de Columna "Pérez Velasco", a órdenes del Comandante Ascui, y hacían con el "Abaroa" un total de 130 hombres, que era el que llevaba al Acre la Delegación Extraordinaria.

Desde Villa Bella, corría el rumor de que el Ministro de la Guerra había salido de La Paz á la cabeza del Batallón "Independencia" 2.° de línea, por haberse agravado la situación del *Acre;* y en el viaje a Riberalta, el Delegado había recibido un oficio que confirmaba dicha noticia, anunciando la próxima llegada de parte de esa expedición, mientras el grueso de la tropa marchaba desde un punto del *Beni* por el interior de los bosques, para darnos alcance en Mercedes. La noticia que recibiéramos en Santa Ana y parte de nuestros temores sobre la situación del *Acre* resultaban fundados.

No era posible dudar ya: de la mayor brevedad de nuestro viaje, dependía tal vez la suerte del noroeste de la patria.

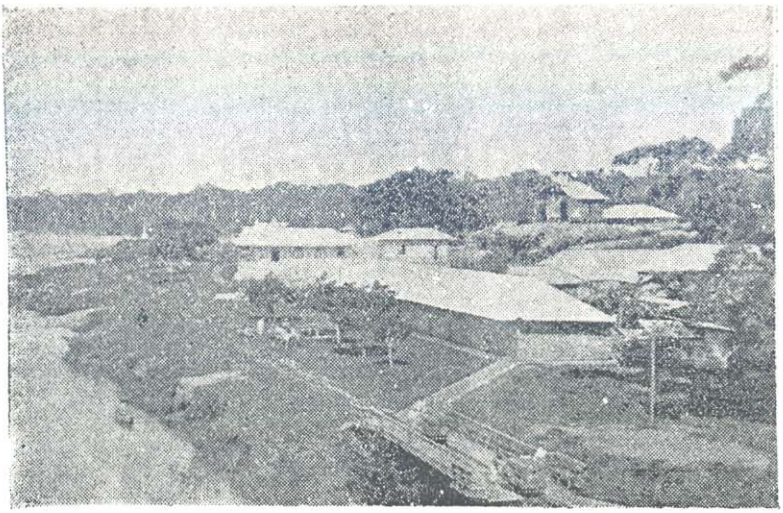
El 13 de setiembre a horas 2 p. m. zarpaba de Riberalta la lancha "Campa" remolcando dos batelones, para entrar en la boca del *Madre de Dios*, agitando enarbolado el pabellón tricolor que la expedición llevaba al Acre. Todo el pueblo, de pié sobre la orilla, nos despedía con sonoros ¡hurras! sacudiendo innumerables pañuelos en el aire!..... A los pocos minutos, la rueda de la "Campa" batía con tenaz impulso las ondas del nuevo río.

Al alejarme del *Beni*, para seguir mi viaje *arribando* el *Madre de Dios*, debo mencionar siquiera los afluentes de aquél, ya que, tanto mi propósito principal como la extensión de mi libro, no me permiten cansar la atención del lector con disgresiones constantes.

Los nevados de la Cordillera Oriental de los Andes, que contemplé al partir de La Paz, alimentan las quebradas en las que se origina el río *Beni* con el *Chuquiapo* que nace en *Chacaltaya* y, después de cruzar la población, toma el nombre de *Río de La Paz*, recibiendo en su curso los tributos de las quebradas de *Palca*, *Caracato*, *Luribay* y *Araca*, y más allá los del río *Miguilla* y el *Suri*, así como los del *Tamampaya* y el *Río de los Cajones*, con los que toma el nombre de *Bopi*, al que afluye el *Cotacajes*, y a gran distancia más abajo, el caudaloso *Río Kaka* (15° 9' L. S.) que está formado a su vez por el *Mapiri*, el *Caranavi*, el *Tipuani*, el *Challana* y otros. Desde este punto se llama propiamente *Río Beni*, y continúa engrosado por la margen derecha por los ríos *Quiquibey*, *Negro*, *Cavinas*, *Biata*, *Genesguaya e Ivon*; y por la margen izquierda por los ríos *Quedeque*, *Apichana*, el caudaloso *Tuiche*, *Enedere*, *Tarene*, *Enapurere*, *Tequeje*, *Undumo*, *Emero*, el muy importante *Madidi* (12.° 33' L. S.) y el *Ethea*. Muchos otros riachos de orden secundario fluyen a él de uno y otro lado; pero los más numerosos descienden del oeste, donde se encuentran las cordilleras y contrafuertes andinos que alimentan este río de cuatro nombres, que debería llamarse simplemnte *Río Beni* desde la ciudad de La Paz.

El *Madre de Dios*, en el que entrábamos en ese momento, explorado por el Padre Nicolás Armentia, y después con éxito espléndido por el General Pando en 1893, se origina en la Cordillera de Vilcanota y recibe entre otras, las aguas del *Manu* y las del *Chandless* por la izquierda, y las del *Inambary*, *Tambopata*, *Heath* y *Sena* por la derecha. Es una inmensa vía fluvial de más de 500 kilómetros, sin contar sus poderosos afluentes, interrumpida sólo en cierta época del año por las *cachuelas Camacho* y *Vásquez*, próximas a desaparecer por el trabajo

corrosivo de la corriente. El porvenir de la región que baña es halagüeño, prometiendo ser en día no lejano las



Barraca "El Carmen" en el Madre de Dios

vegas del *Inambary* el asiento más rico de las poblaciones del Noroeste. (*)

Las embarcaciones que actualmente prestan reducido servicio en las hoyas del *Beni* y del *Madre de Dios* son las lanchas "Campa" "Luis Ernesto", "Sernamby", "Roca", "Braillard" antigua y la nueva, "Esperanza" y "Tahuamanu" de 34 a 58 toneladas; la última de hélice y las demás de rueda.

Después de esta somera referencia, prosigo la narración de mi viaje.

(*) A consecuencia del arbitraje pactado con el Perú, el laudo del Presidente de la República Argentina, en 1909, privó a Bolivia de la posesión de la mayor parte de la hoya del Madre de Dios. El límite internacional sigue hoy, el curso del río Heath y continúa desde la boca de él hasta el arroyo Yaverija en el Acre. (Véase el mapa del Apéndice.)

A las cuatro horas de navegación desde Riberalta, nos detuvimos a pasar la noche en la barraca *Valparaíso*, situada a la margen izquierda del *Madre de Dios*, para continuar al día siguiente, 14 de septiembre, efemérides boliviana, cortando las corrientes turbias del anchuroso río que, de menor fondo que el *Mamoré* o el *Beni*, describe inmensas curvas dejando en las convexidades de las orillas, grandes playas en cuya arena juguetean los rayos del sol tropical con extraños cambiantes.

Eran las 7 p. m. cuando atracó la "Campa" en una playa extensa y uniforme de la margen izquierda, y, prevenidos los soldados por los conocedores de la región, lanzáronse a buscar en la arena, removiéndola en todas direcciones, los huevos de *tortuga "tracayá"* (*Quelonius Emidis*, Cuvier) que en cantidades fabulosas se encuentran en esas playas, constituyendo el alimento más sustancioso y barato.

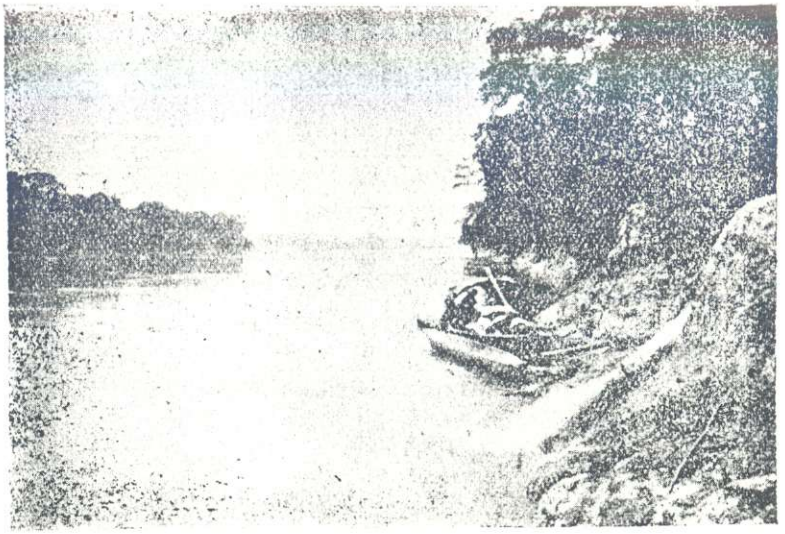
El día 15, habiendo navegado 14 horas sin más inconveniente que la incertidumbre del piloto en las dos primeras de la noche, arribamos a la barraca *Genichiquía* (*río-chico* en el idioma de los naturales) que era el término de nuestro viaje por el *Madre de Dios*, para cruzar desde la banda opuesta las selvas que lo separan del *Orton*. (Véase el mapa de la página 172.)

Genichiquía cuenta con doce casas de palma agrupadas alrededor de una plazoleta reducida que remata por el norte, en la orilla del río.

Nuestra permanencia en esta barraca fué de los tres días siguientes, dedicados a la distribución de víveres y equipaje en pequeñas porciones; pues, no contando con otro medio de trasporte que las espaldas de cada uno, era indispensable reducir la carga a la cantidad necesaria para llegar al *Orton*.

Unas bolsas impermeables que habíamos comprado

en Riberalta, encerraban todo nuestro equipaje compuesto únicamente de la hamaca, el mosquitero, varias piezas



Una "pascana" en el Madre de Dios

de ropa interior y algunas conservas que alcanzaban a pesar 30 a 40 libras. Asegurado semejante bulto sobre nuestras espaldas por medio de dos tiras de cuero que formaban cruz sobre el pecho, y empuñando un largo báculo con la mano derecha, mientras la izquierda sobre el hombro respectivo cuidaba de la correa del fusil, abandonamos el 19 la pequeña barraca de Loreto a la que nos trasladáramos días antes desde Genichiquía atravesando el río.

El Piquete "Abaroa" tomó la delantera, internándose por la nueva senda que toda la tropa desde el día anterior abriera en una legua de extensión en busca del

camino de Maravillas a Palestina. (*) En seguida partimos los empleados civiles, quedando atrás, dividido en tres grupos el Piquete "Pérez Velasco", y cerrando la marcha el Delegado, acompañado de varios oficiales y soldados que debían cuidar de los bueyes portadores del resto de provisiones para el viaje.

La senda tortuosa y estrecha se internaba en el bosque interrumpida constantemente por seculares árboles e impenetrables enredaderas que como redes enmarañadas, se asían fuertemente de los ramajes próximos, ofreciendo tenaz resitencia al machete de monte, con el que nos abríamos paso, para seguir el viaje, uno a uno, dando voces a momentos, para orientarnos en aquel imponente laberinto de las selvas.

Al oscurecer, agrupados todos en un *claro*, amarramos las hamacas cubriéndolas con los mosquiteros y encendimos una inmensa hoguera en el centro del pequeño campamento, para descansar de las fatigas del día, después de saborear la frugal cena de costumbre que consistía en el plato de *lagua* de harina de trigo, con un pedazo de *charque*. Unas pocas latas de sardinas, que habíamos recibido al separarnos de los demás grupos, completaron nuestro alimento de ese día.

En vano, apesar del cansancio, tratábamos de conciliar el sueño en la rumorosa selva, meciéndonos acompasadamente en las hamacas para ahuyentar los insectos. A través del mosquitero, y por los pequeños espacios que dejaban las frondas sobre nuestras cabezas, asomaban pedazos de cielo estrellado, penetrando ténues rayos de luna por entre las elevadas copas de los árboles, en tanto que un sordo rumor animaba con misteriosa vi-

(*) Ruta seguida por el Coronel Labrea en 1887.

da los negros senos de la montaña virgen, surcados a momentos por luciérnagas vagorosas. Extraños gritos, interminable vocerío de diversos animales, llegaban confusos a nuestros oídos, mientras el chisporroteo de la hoguera interrumpía la tranquilidad del reducido paraje.

Mi pensamiento se dirigió al hogar, tan lejano entonces! Quizá ante mis ojos, en el insomnio de esa noche, osciló tenazmente una imagen querida.....

El orto, seguido de una alborada hermosísima, despertó a la naturaleza tropical, animándola dulcemente con las brisas del río. Asomó, por fin, el sol, y otra vez en hilera, los diez compañeros, nos pusimos en marcha.

Corta fué la travesía del día 20, a causa de la carencia de víveres. En espera del resto de los expedicionarios acamparon mis compañeros a medio día, mientras volvía yo a solicitar recursos del Jefe del Piquete que se encontraba a poca distancia, a orillas del *Madre de Dios;* pues el camino, en busca de Maravillas, corta el bosque para descubrir nuevamente el río. Pasé la noche en este sitio, turbado mi sueño constantemente por el grito del caimán semejante al gimoteo de las criaturas, y por el sonido que producía en la corriente el desplome continuo de los barrancos gredosos.

El 21, resolví seguir adelante con los compañeros a los que volví a incorporarme, confiados todos en que el Delegado nos daría alcance o nos remitiría víveres ese día; pero, después de tres horas de marcha, agotáronse nuestras fuerzas y nos detuvimos a comentar nuestra situación, ya que las ollas vacías, aunque mudas, nos anunciaban bien claro la inutilidad de su servicio.

El hambre se presentó por primera vez ante nosotros, y la consiguiente debilidad dió mayor vuelo a nuestra imaginación que descubría en torno, ya los peores presentimientos de un fin funesto, ya una esperanza de

auxilio. Tan pronto resolvíamos aguardar a los grupos que debían seguirnos, como optábamos por redoblar la marcha hasta llegar al *Orton*, temiendo que el Delegado y los grupos del Piquete "Pérez Velasco", hubieran retrocedido por algún inconveniente imprevisto.

Privados del único guía que consiguiera la Delegación y que se había adelantado con el Piquete "Abaroa", dudábamos del rumbo seguido, cavilando en varios parajes en los que las bifurcaciones de la senda indicaban diferentes direcciones. La orientación era imposible por las tupidas frondas del bosque, a través de las cuales los rayos del sol no lograban penetrar hasta las umbrías cavidades por las que vagábamos indecisos.

El cansancio nos obligaba a menudo a dejarnos caer sobre los troncos ásperos y nudosos del camino. Gruesas gotas de sudor se desprendían de nuestra frente, para rodar por nuestras sienes calenturientas y agitadas. Un triste silencio reinaba entre nosotros, toda vez que nos reunía el descanso en la fatigosa marcha; y a la voz de ¡adelante! echábamos nuevamente nuestras pesadas cargas sobre los hombros, volviendo a empuñar el largo palo.

La fiebre obligó a Bilbao La Vieja a quedarse en el camino esperando al Delegado; y nosotros, privados de todo recurso para ofrecerle ayuda, dejámosle el resto de nuestras provisiones. Por suerte, llegó a pocos momentos un soldado enviado por el Delegado Extraordinario, trayendo un papel que aun tengo a la vista. Dice así: —

"Pascana de los Apuros, setiembre 21—1900.

"Doctor Araníbar:

"Saludo a Ud. y a los compañeros.

"Estamos estancados con la carga y los equipajes, a una legua del puerto. — Luchamos con millones de dificultades para llevar los equipajes y carga. — Los bue-

yes *chocan* mucho. — Uno se nos escapó ayer y traje la carga en hombros.

"Sigan Uds. como puedan a Mercedes.

"Nos faltan víveres por la mala disposición de reparto hecha por Ascui. — Yo consumo los pocos que traje.

"Le mando un poco de arroz y *charque* y su bolsa de *agua*. — Sus conservas quedaron en el puerto.

"En este momento envío hasta Genichiquía a traer 2 @ de arroz y 2 de *charque* para tener hasta Mercedes.

"Los mosquitos y tábanos nos abruman. — Hemos caminado una legua en un día. — Tal vez tenga que dejar el archivo y algo del equipaje.

"Paciencia y barajar! Por el amor a la Patria, nos pagarán los sufrimientos con cargos, acusaciones, etc. etc.

Suyo — *Velasco*".

En la tarde nos detuvo un torrencial aguacero, que nos obligó a recoger hojas de palma y *platanillo* para construir precipitadamente, ligeras chozas, en las que, a gazapados y con al ropa húmeda, esperamos la aurora del siguiente día, para seguir el viaje después de haber cazado un enorme mono *manechi* (*aluate stentor*) que alivió nuestra hambre. La jornada se redujo a cinco o seis leguas recorridas, habiendo pasado en las primeras horas de la mañana por el centro gomero abandonado de *Maravillas* y cruzando después por tres lodazales extensos (*curiches*), sumergidos hasta la cintura, y arrancando los pies del fango con desagradable sonido y merced a esfuerzos fatigosos. Otra tormenta interrumpió nuestra marcha en la tarde, y acampamos en un *claro*, para proseguir el 23, después de secar nuestros vestidos al calor de inmensas fogatas que encendiéramos en la noche.

Pasando un "curiche"

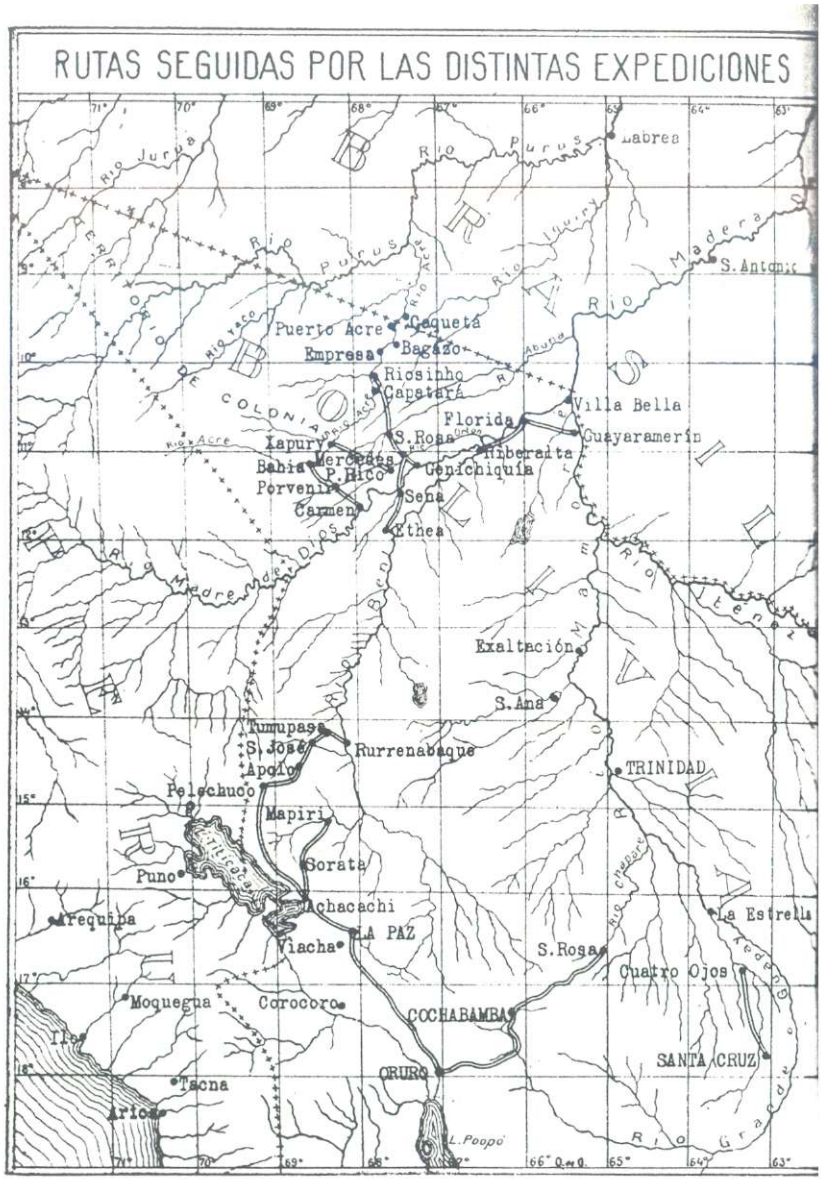
Al medio día, llegamos a *Navcada*, centro gomero en el que pasamos la noche y pudimos proveernos de yuca y plátanos, no sin haberlos buscado largo tiempo por el campo que empezaba a cubrirse nuevamente con el bosque.

El día 24 arribamos por fin a *Palestina*, barraca situado a la margen derecha del *Orton* y perteneciente a los señores Suárez y Co. con 150 pobladores distribuídos en 15 o 20 casas que forman un pueblecito alegre sobre las barrancas altas que desmorona constantemente el río. Está rodeada de grandes y exuberantes chacos, y su clima es sano.

El 25, apareció el Delegado seguido de la gran caravana que formaban los distintos grupos del Piquete,

atendiendo a los cansados bueyes que trasladaron hasta allí las provisiones y archivo.

Completo el personal, y sabiendo que el Piquete "Abaroa" había pasado sin novedad alguna a Mercedes, nos dirigimos a ese punto al día siguiente, 26, atravesando el río *Orton* para recorrer por la otra banda las cuatro leguas que aun nos separaban de aquella barraca.



Las líneas dobles indican los caminos por tierra